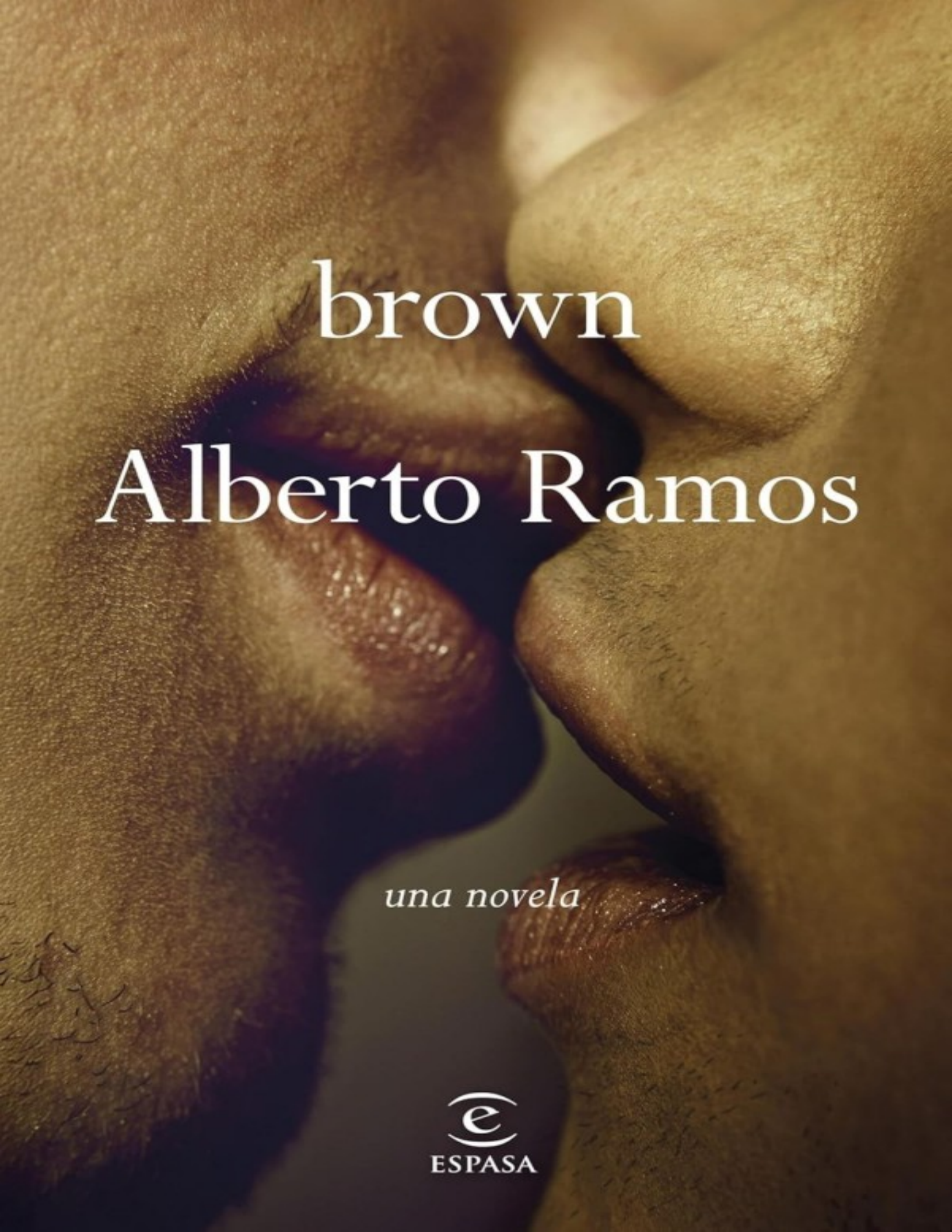

brown
Alberto Ramos
una novela
ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Nota del autor

I

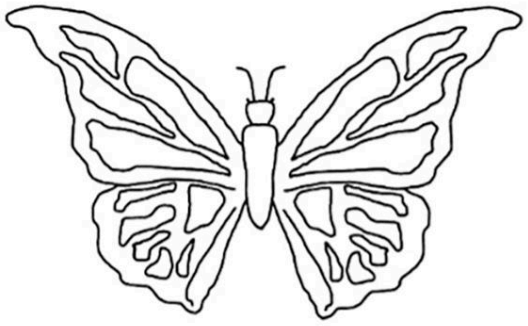
II

III

IV

Epílogo

Créditos



brown

escrito y vivido por

ALBERTO RAMOS



Para Isak habibi,
لللي قبل وللللي بعد

I begin with love, hoping to end there.

—Jericho Brown

Nota del autor

Esta obra está basada en hechos reales. Algunos aspectos han sido modificados para proteger la identidad de quienes formaron parte de esta historia. Especialmente, la de Isak Baydoun.

brown es la versión narrativa de mis poemarios *baydoun* y *alpha.*

I

Me dejará ir mi pasado
me dejará ir y seguir viviendo
todo a la vez.

—BAYDOUN

21 de junio, 2019

Querida Sofie,

Ayer me lo tiré.

Ya estaba harto de actuar como si fuera una vergüenza, pero solo para mí por ser "la chica", sumisa y que se entrega y pierde algo que el otro gana al tener sexo. Y me da igual que todo su entorno viva en el autoengaño y se crean que soy un hereje o que para ser capaces de "aceptarme" esperen que o bien finja ser solo su amigo *especial* o, con "suerte", tome el papel de chica con el consiguiente sexismo de ser menos capaz o digno que él, menos fuerte, menos asertivo, menos dominante, o cualquier mierda de esas. Siempre a riesgo de ser demasiado fácil, demasiado rápido, demasiado brusco, demasiado *yo*, para él. Para la relación. O para lo que coño sea.

¿Y dónde queda lo que *yo* quiero? ¿Lo que yo siento al respecto? ¿Lo que yo de veras soy, debajo de toda esa mierda?

Yo no le di nada que no obtuviera por hacerlo con él. Al fin y al cabo, solo tomé lo que yo quería. Y si Isak obtuvo algo, fue incidental.

Con cariño,
Alberto

II

Tu pasado reposa en calma cuando duermes y oigo
el sonido de tu respiración
subir y bajar
desde el espacio de tu pecho
cada nota, cada palabra, cada sílaba que escucho
a veces trato de responderte
solo mientras duermes
y me siento como un animal salvaje
tratando
de aprender a hablar
por primera vez.

—ALPHA

1 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Las dos últimas semanas han sido un caos. Con la preparación del viaje, las estancias, los vuelos y trenes, y que una vez me lancé a hacerlo con Isak estábamos que no nos soltábamos, no caí en decirte que ya estoy en Noruega, donde empieza el viaje Interrail con mi hermana por toda Europa durante unos dos meses.

Este verano con Isak ha sido tan intenso que no he tenido tiempo para procesar nada, solo me he dejado llevar, ser y sentir. He sentido estar en una nube todo el rato, donde perdía la noción del tiempo, y las semanas parecían horas, aun cuando el tiempo que pasaba con él nunca parecía suficiente.

Me voy a tomar este viaje para replantearme lo mío con él, sea lo que sea. No sé, me quita mucha energía y tiempo y a veces digo ¿me merece la pena toda esta mierda por un tío?

Pero es que qué tío.

Luego caigo en que su presencia en mi vida, en mis planes, en mi cuerpo, es de las cosas que más energía y vida me han dado en mucho tiempo, y claro, pues uno se lo piensa. Yo ya sé tu opinión al respecto, pero bueno, estamos en tablas, porque a mí tampoco me cae bien el imbécil de tu novio.

Si es que tendríamos que haber sido novios nosotros. Siempre intento encontrar a alguien remotamente parecido a ti, y me es imposible, y sé que siempre me dices lo mismo. Solo quiero algo parecido a esa honestidad, lealtad, cariño, amor y respeto que sentimos nosotros, pero es que la gente hoy en día es súper desleal

y egoísta… Es como que esperan todo eso, pero sin darlo ellos mismos.

Ojalá fueras un tío.

Me casaba mañana.

Por otro lado, anteayer tuve el primer seminario en la universidad. No te conté esto con demasiados detalles, pero al final este semestre no lo voy a hacer presencial, sino online, porque como la editorial Espasa, de Planeta, me contactó este verano para publicarme, en lugar de estar en Suecia o volver a mi pueblo en Málaga, cuando vuelva de este viaje (y cuando Isak acabe el curso de PT que hace en Marbella en noviembre), voy a vivir una temporada en Madrid con mis primas para estar en contacto en el proceso de la firma y negociación del contrato, la reedición de *eighteen*, revisiones, conocer a los editores y demás.

Sigo sin asimilarlo, la verdad.

Aún se me encoge el corazón al pensar en cuando recibí esa llamada de mi editora aquel día de julio, al salir del gimnasio, para decirme que le interesaban mucho los libros que había autopublicado el año pasado y les gustaría contratarme y relanzarlos, si me parecía bien. *Si me parecía bien.* Cariño, diseñé la portada de *eighteen* dejando debajo de mi nombre un hueco para poner vuestro sello cuando me llamarais para publicarlo, ese es el nivel de lo *bien* que me parece.

Ya sabes que me han contactado muchas otras editoriales desde prácticamente los primeros días después de autopublicar *eighteen*, pero a pesar de siempre escuchar qué ofrecían, tenía claro que quería mi primer proyecto con Planeta. Y como no tenía problema en seguir autopublicando, no sentía presión a "ser publicado" que es lo que creo que empuja muchas veces a muchos escritores a aceptar contratos basura.

Miro atrás un año, cuando aún no había lanzado *eighteen* siquiera, y me da vértigo todo lo que ha ocurrido y todo lo que he cambiado desde entonces. Y miro atrás dos años, cuando estábamos en Los Ángeles, y aún nadie sabía nada de lo del bullying, y pienso en la manera tan absolutamente radical en la que puede cambiar tu vida en tan poco tiempo.

Me da un poco de miedo, que todo sea tan volátil. A veces pienso que, año tras año, lo único que sigue igual contra viento, marea, y tempestades varias, somos nosotros.

Y la verdad es que eso es todo lo que necesito.

Con cariño,
Alberto

4 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

No me gusta mi nariz. Es demasiado grande. Es fea. La mires por donde la mires. El resto de mi cara no tengo problema. Pero las narices bonitas que veo son finas y acaban de manera fina también, con orificios pequeños y finos. Toda esta gente de los países que estoy visitando: Noruega, Suecia y Dinamarca (incluso a veces España) tienen la nariz de la que te hablo.

Bueno, pues mi nariz parece la madre de todas esas narices juntas. Como si las hubiera dado a luz o algo.

No sé. Quizá ahorre y me la opere.

Igual te quedas pensando "qué le pasa a la marica de mochilero por Europa y pensando en narices" pero sí tía, pienso en narices, porque me recuerda a otras tantas maneras en las que siento que no encajo. Porque no solo siento que no encaje en este sitio, sino en

ningún otro, la verdad. Sé que tú sabes lo que es eso, pero desde que pasé tantos años viviendo allí contigo, hay un montón de cosas que viví y aprendí y que ahora no puedo desaprender solo porque en otros lugares, como mi pueblo, donde he estado una parte de estas semanas, no sean relevantes. Además, sé el efecto que tienen en las vidas de tanta gente a nivel sociocultural entre muchos otros. Ahora evidentemente, no hablo de narices, sino de procedencias, etnias, costumbres, culturas, orígenes, colores de piel, rasgos y razas.

Me recuerda a Isak, y cómo, este verano, una vez que hablaba árabe por teléfono en la playa, un señor mayor le llamó "moro de mierda". Aparte del insulto, ignorando que Isak no es "moro", porque no proviene del Magreb (norte de África; Marruecos, Libia, Argelia...), sino de Arabia (península arábiga; Siria, Irán, Líbano... lo que sería Irak de lo que fue Mesopotamia, en su caso).

Bueno, y eso que a Isak no suelen decirle nada nunca (ni a mí cuando estoy con él) porque es un tanque de casi 2 metros y casi cien kilos. Como mucho, un abuelito como los de este verano, que le sueltan cualquier cosa a cualquiera porque saben que son mayores, no tienen nada que perder y les da igual la vida abe.

Pero, sus primos, los más normalitos, sí tienen que aguantar más comentarios y gilipolleces así.

Otra cosa que suelen asumir de él, de su familia, primos y amigos, es que son todos musulmanes o islamistas por ser árabes, cuando Isak y prácticamente todo su entorno es syrianer, o sea, árabes cristianos en sueco (como prácticamente toda la gente de Södertälje).

Pero me parece curioso cómo esa vez que le insultaron solo fue una más de las veces en las que, o bien a él o a gente como él, parecen solo empezar a respetarles cuando les ven vestidos de Gucci o básicamente ven que tienen dinero o que viven en Estocolmo. Pero

cuando están de vacaciones, sin camiseta en la playa, en chanclas, como todo el resto de gente, son "moros de mierda".

En fin, quizá lo que más me inquieta de todo esto es que literalmente nadie habla del tema, ni en mi familia, ni grupo de amigos, ni en mi entorno, y tampoco es que me lo enseñaran mucho en clase cuando iba en España (en Suecia es otro rollo).

Pero ahora, en clase de literatura, en la uni de Lund, me están enseñando sobre la esclavitud, la descolonización, el racismo estructural, las razas y, en resumen, todo lo que nadie más se ha molestado en enseñarme a pesar de llevar toda la vida "aprendiendo".

Estoy empezando a leer autoras y autores, escuchar cantantes, seguir cuentas, con narices, pieles e historias como la mía, o como la de Isak, que hablan de estas cosas.

No sé, a veces parece como que todo el mundo es igual. Y el mundo a nivel racial se divide en gente blanca, con sus rasgos finos, claros, piel tersa y demás. Y luego la gente negra, con la piel oscura, rasgos más marcados y anchos, piel a veces brillante.

Pero, durante mucho tiempo, sobre todo desde los 13 años que empecé a ir y venir de Suecia para finalmente mudarme allí, ha habido una incógnita ¿y la gente entre medio? ¿Que no es ni blanca ni negra? ¿Dónde queda? Las personas con diferentes raíces, o simplemente rasgos diferentes; muchos andaluces de ascendencia árabe, la gente gitana, asiria, ¿qué hay de todo el resto? Me gustaría entender un poco más allá de la sociología de las razas/etnias. Lo sentí (y siento) sobre todo cuando salgo de España.

En mi pueblo, en Málaga, y Andalucía en general, donde nací y he pasado una parte de mi vida, me integré mejor evidentemente, pero es salir de España y ser automáticamente otra persona: latino para los estadounidenses, árabe para los suecos, o local para muchos

latinos, árabes y mediterráneos. A veces es un regalo sentirse en casa en distintos lugares por la manera en la que nos vemos, al igual que puede ser lo contrario el ser percibido como algo ajeno o extraño. Como siempre estoy para arriba y para abajo, en un lugar y en otro, a veces acabo sin saber dónde encajo en todo esto. No sé, creo que es importante sentirnos vistos, y qué parecemos es evidentemente una manera importante de cómo nos percibe el mundo y, por consiguiente, nosotros mismos.

La gente actúa como si no importara pero yo creo que sí importa. Creo que te ayuda a entender quién eres. Que no tienes que tener la nariz "bonita" de la gente nórdica porque esa no es tu belleza, porque no eres ellos, y tu belleza es diferente, o, en tu caso, que no tienes que tener el pelo de la gente blanca porque tu melena indomable corresponde a tu belleza, no a la de la gente blanca.

Evidentemente a una persona que viva en un pueblo de gente generalmente morena, no viaje, no se mueva ni conozca otras culturas y razas, no va a tener la misma experiencia que una persona que sí lo haga, en absoluto. Eso es sentido común. Pero como nuestro caso es, definitivamente, el segundo, supongo que es algo que, desde luego, nos importa.

También pienso que cada vez el mundo está más globalizado y se va a complicar más y más eso de vivir en un pueblo aislado del cambio y choques interculturales y sociales, así como no conocer a nadie nadie nadie a quien le afecten esos choques. Por lo que más que "nuestro caso" es algo que creo que a todo el mundo, individualmente, le deberían enseñar. De esa falta de educación y empatía, de hecho, es de donde estoy aprendiendo que se nutre el racismo.

Durante estos próximos meses, aparte de Suecia y Noruega, iremos a Dinamarca, Luxemburgo, Suiza, Croacia, Eslovaquia,

Alemania, República Checa, Austria, Italia, Hungría y Grecia. Así que ya te contaré qué tal. Lo único que llevo son un puñado de libros y el ordenador para conectarme a los seminarios, básicamente. Quiero tratar de estar presente. De ver las cosas, vivirlas. Participar en ellas, y no ser un mero espectador. No sé si me explico.

Espero que tú estés bien.

Con cariño,
Alberto

7 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Aprovecho mientras voy en tren de una punta de Noruega a otra para escribirte un poco. Son las 2 de la mañana, y es un tren nocturno. Mi hermana lleva horas dormida, y ya han venido a clicar el billete así que no tengo nada más que hacer aparte de dejar pasar las horas y ver por la enorme ventana del vagón de tren las estrellas que iluminan la costa de Noruega.

Quería contarte que, este verano, estaba cenando una noche en un restaurante con Isak, y me dijo que él nunca podría haber dejado que tanta gente entrase en su vida, sus pensamientos y sus experiencias, como yo hice al publicar mi diario. Me dejó caer que por qué lo había hecho, que le parece muy valiente, pero se pregunta si no había otra manera. Desde entonces, he estado pensando en por qué lo hice. Por qué decidí dejar la puerta abierta de mi vida a todo el mundo.

Y creo que fue como soltar un peso que me atrapaba, como que, si no lo soltaba y le gritaba al mundo, a mi mundo, quién era, iban a terminar por borrarlo, y yo acabaría por olvidarlo.

Creo que, de no haberlo hecho, sentía que mi historia se convertiría en una versión edulcorada creada por mis padres biológicos y personas más cercanas, con la que más cómodos se sintiesen, obviando quien de veras soy y cuáles fueron mis verdaderas experiencias. Temía que mis padres biológicos; Juan, incluso mi hermana, queriendo o sin querer, pudieran acabar borrando mi vida, mi identidad, simplemente por no entenderla o no estar preparados para asimilarla en algunos casos.

Yo no soy el bullying, ni todos los interrogatorios y procesos judiciales, ni lo que me hicieron en ese baño, ni ninguna de las cosas tan horribles que pasaron esos años en Estocolmo.

Pero en parte sí. Y creo que necesitaba sentir que quedaba alguna clase de constancia de lo que quise hacer, de lo que fui, y que no se lo cargasen, lo destrozaran y deshumanizasen como habían hecho hasta entonces.

Quería poder mirar atrás el día de mañana y sentir que superé ese capítulo con la cabeza alta y, sobre todo, con honestidad sobre lo que pasó y cómo me sentí al respecto. Y no con un puñado de personas a mi alrededor no teniendo ni idea y diciéndome que "no es para tanto".

No necesitaba que nadie lo entendiera, pero quería entenderlo yo mismo. No pensaba permitir que borrasen ninguna parte de quien era, de quien soy, aunque para ello tuviera que abrirme en dos y mostrarle al mundo lo que había dentro de mí. Lo bueno y lo malo.

Supongo que ese es el motivo por el que lo hice.

No se lo he dicho a Isak, no estoy seguro de si lo entendería.

Pero yo sé que tú lo entiendes.

Por eso te escribo, älskling.

Con cariño,
Alberto

8 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Oslo me recuerda un montón a todo lo que pasó en Estocolmo, a Isak, y a ti.

Me recuerda a cuando paseábamos por el lago al lado de casa, en el bosque, a los reportajes que nos hacíamos en la naturaleza, a Liam, y también a lo que me hicieron.

Se me ha removido un poco todo estos días, pero supongo que en el buen sentido. Me hace sentirme vivo.

Ayer mi hermana y yo nos sentamos horas en un lago enorme, rodeado de un bosque lleno de árboles, con pájaros cantando de fondo y algo que espero que fueran peces moviéndose por el agua. La cosa es que me he acordado de Liam, y todo lo que me hizo sentir en medio del peor momento de mi vida. Y luego he pensado irremediablemente en Isak. Siento como si todo lo que he sentido parecido al amor con Liam hasta ahora ha sido autoengaño fruto de la desesperación de no encontrar nada auténtico, como una especie de rendición en la que queriendo a la otra persona, forzosamente he debido descuidar partes de mí, partes importantes, ya que no encontraba a nadie que se quisiera lo suficiente como para ser capaz de quererme a mí por lo que era, y no por lo que le daba o cómo le hacía sentir.

La verdad es que a veces se me olvida, literalmente, mi propio pasado cuando estoy con Isak. Y creo que a él también. No sé si es porque, en realidad, el suyo nos ocupa tanta energía (cosa que a veces hasta agradezco) y actuar como si una parte de nuestras vidas fueran un secreto por su familia y amigos (pero sobre todo por su familia) hace que mis problemas pasen a un segundo plano. Es decir, a veces se me olvida que durante mucho tiempo no he dejado que

nadie me tocara porque no me he sentido cómodo con lo que pasó en Estocolmo. Por no decir traumatizado y odiando sentir a un hombre siquiera cerca de mí.

Con Isak se me bajan las barreras, y siento una reciprocidad y unión que no he sentido antes, quiero tocarle, y que me toque, y abrazarle, y que me abrace. Pero no siempre estoy preparado, y a veces me vienen recuerdos de repente que es como si bloquearan mi cuerpo. Creo que hasta eso es algo que ambos obviamos, sobre lo que siempre acabamos priorizando que no nos vea nadie, ser discretos, disimulados. En definitiva, escondernos.

Le pregunté solo una vez, hace unos meses, por qué no quería decir que era bisexual, y enfatizando mucho que no tenía por qué responder mi pregunta. Él, como de costumbre, le quitó hierro al asunto y automáticamente se fue al tema de las chicas, en lugar de su familia. Me dijo que siempre le han dicho que a las chicas les dan asco los hombres bisexuales, y que no quiere que si algún día tiene una relación con alguna, estuviera latente el pensamiento de que es un depravado o que le podría poner los cuernos con cualquier persona.

Me da mucho coraje que la gente sea tan paleta y sigan existiendo personas que piensan de esa forma. Pero me limité a hablarle de ti y de las muchas amigas que tengo que no harían asco a ningún chico por ser bisexual. Y que, si lo hicieran, no serían mis amigas.

También me contó que nunca le ha gustado una chica.

Con cariño,
Alberto

9 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Ahora mismo estoy saliendo de Noruega, atravesando Suecia, de camino a Gotemburgo. Y no sé si será el aburrimiento en el tren, la nostalgia, la naturaleza sueca, o las tres a la vez, pero estoy sintiendo un remix de cosas ahora mismo.

Una de ellas, es que nunca me paré a pensar por qué seguí escribiéndote cartas después de irme de Estocolmo, aunque para mí fuera obvio y natural. Pero ahora, mientras cruzo Suecia en tren, viendo ciudad tras ciudad en la misma ventana, lo estoy pensando.

He concluido que seguí escribiéndote porque me hace feliz. Sólo pensar en la idea de que, simplemente por haberme mudado y que ya no vivamos juntos, no sigamos en contacto, me hace sentir un dolor en el pecho que básicamente solo desaparecía al escribirte. Y por eso lo pienso seguir haciendo.

Dicho esto, sigo con las otras cosas que andan por mi mente.

He leído en un libro de la uni un concepto que me ha hecho reflexionar: brown. Me da la sensación de que es un término que capta el intermedio, los millones de personas racialmente ambiguas que podrían ser mediterráneas, árabes, andaluzas, latinas, gitanas, o una mezcla. Las personas que no son negras, ni birraciales, ni asiáticas, pero en realidad tampoco son blancas. Me parece bonita la palabra, es como un homenaje a lo que existe en el centro pero no tiene nombre—incluso más allá de las características raciales.

Cuando era pequeño, en el pueblo, no pensaba mucho estas cosas, aunque solieran pensar que yo era marroquí. Pero, cuando me mudé a Suecia, un país donde el estándar es el pelo platino, los ojos azules, y la tez profundamente blanca, supongo que mi percepción de mí mismo acabó siendo alterada, ya que dejé de ser la norma. No sé si eso me hace brown, o a Isak, pero me alegra saber sobre, más que la palabra, la intención de la que nace.

Lo he aprendido a través de un curso de la universidad que trata de etnias, clase, raza y literatura, en la historia de las ideas. Nos recomendaron elegir un libro entre tres para el próximo examen sobre estos temas, pero yo voy a leérmelos todos porque realmente es algo que me interesa, que me hace sentirme bien. No siento que esté estudiando siquiera, sino conociéndome.

Me ha recordado a cuando vivíamos allí en Estocolmo, en el segundo año de bachillerato, y hablamos largo y tendido de tu padre biológico y tu ascendencia palestina. Y a cómo te has sentido perdida y ahogada entre tantas identidades, siendo española al haber nacido en España, a pesar de no tener sangre española; ser sueca y afroamericana, y que a la vez la mayor parte genética en ti, es palestina, un lugar que llevan intentando borrar del mapa durante décadas, lo que también explica en parte la historia de tu vida y tu familia. Me recordó a tu acento malagueño, a tu perfecto sueco, a tu ambigüedad racial, y a cómo fue la bandera española la que usaste como manto con el que cubrirte, el día de tu graduación allí en Estocolmo.

Es como que nuestra sangre y ascendencia se entrelazan con la accesibilidad, la religión, la diáspora, la separación… creando un remix que, aunque desconocido para muchos, ha dado forma a gran parte de tu vida e identidad. Por ejemplo, con tu padre David, que sin ser tu padre biológico, ha sido un padre que te ha sostenido, visto crecer, y abrazado. Creo que a veces lo que más importa es el amor y el cariño que recibimos en esta vida, más que el porcentaje de sangre que compartimos con quien nos lo brinda.

Me recordó a cuando hablamos de lo importante que es sentir que pertenecemos, que formamos parte de algo. De alguien. De alguna parte, lugar, o persona. Que es una cualidad humana intrínseca, y una profunda necesidad. Hoy más que nunca creo que teníamos

razón. Es una necesidad humana intrínseca saber quién eres. Sentir que perteneces a algún sitio, de forma física o abstracta. Conocer tu pasado, sin todas las capas ni lo que nos hacen creer que somos. Y sentir que ese sitio es respetado. Y que puedes visitarlo en paz. Creo que quizá la vida consiste un poco en eso. Conocer el mundo hasta que te veas en él. Sea a través de personas, lugares, sentimientos, culturas o lo que sea.

Por otro lado, hace más de cuatro años ya que me mudé a Estocolmo, no puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Han pasado muchas cosas estos últimos meses, hasta tal punto que no sabría por dónde empezar a contarte.

Ahora se me cierran los ojos, y tampoco tengo intención de escribir un libro en mitad de la madrugada, pero puedes dar por seguro que en cuanto tenga cualquier hueco, lo primero que haré será escribirte. Si no puedo antes, lo haré en el próximo trayecto de tren. Ya te iré poniendo al día de todo. Como siempre.

Con cariño,
Alberto

10 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Gotemburgo me ha recordado también mucho a Estocolmo, pero de una manera diferente. En Oslo, ya que estuvimos a las afueras, en el bosque, recordé mucho la naturaleza, el vivir en medio del bosque, rodeado de vistas preciosas, juntos, viendo animales cada vez que andábamos hacia el bus, y todo lo relacionado con eso.

Al haber ido al centro, Gotemburgo me ha recordado más a Estocolmo ciudad, al sueco, a los suecos, y al instituto. Me parece

interesante lo diferente que actúa la gente según la cultura, y cómo las culturas son capas de personas que forman un conjunto más o menos diverso—según el lugar. También en Gotemburgo escuché a mucha gente hablando árabe el tiempo que estuve, y eso evidentemente también me trajo muchos recuerdos, buenos y malos.

Gotemburgo me ha hecho pensar en lo amable y educada que es la gente en Suecia, en lo cómodo que me siento muchas veces con ellos, y en lo incómodos que parecen sentirse a veces muchos de ellos conmigo.

Recuerdo, en Estocolmo, cómo sentía que quería encajar con todas mis ganas, pero por mucho que lo intentara, no lo lograba. Si quería realmente encajar en Södertälje como alguien con un trasfondo cultural muy distinto tenía que irme con la gente asiria o árabe, cuya cultura (en parte), piel, ojos, rasgos, barba y demás se parecen más a mí, y al lugar de donde vengo. Y quienes por otro lado me odiaban la mayoría por ser abiertamente gay, así que me dejaba eso siempre en mitad de ninguna parte.

Había como un montón de pequeñas barreras invisibles muy difíciles de definir e incluso identificar, y solo era capaz de reconocerlas, principalmente, cuando dejaban de estar. Siempre acababa sintiendo que de alguna manera era demasiado para ellos, y no demasiado de valor, sino demasiado *yo*. No sé si tiene sentido. Pero me sentía así.

Recuerdo una vez en el instituto, cuando volvía del almuerzo y vi una planta entera de estudiantes siendo llamada fuera de sus aulas, desfilando en filas llena de profesores que, para variar, se mostraban como alguien a quienes tomar en serio. Recuerdo que esa imagen me hizo pensar por un momento que había llegado la hora, ya que esa misma mañana había hablado (una vez más) con la directora

sobre lo que me hacían. Que ya estaba. Que habían cruzado la línea (otra vez) e iban a señalar y expulsar a todos los que habían contribuido a lo que ocurrió.

A día de hoy, un año y medio después, recuerdo el alivio que sentí cuando pensé, por unos minutos, que alguien me había escuchado, realmente. Que se avecinaba un cambio.

Pero nada más lejos.

Eso fue un simulacro de incendio.

Más tarde, a lo largo de los meses descubrí que estaba solo, aunque en palabras pareciera tener el apoyo de tanta gente. Que, o me salvaba yo, o no me salvaba nadie. Y si algo he aprendido es que nadie, absolutamente nadie, debería sentir que está solo ante la vida cuando se la están quitando.

Yo necesitaba que me oyeran, y no pasó hasta que todo el país se hizo eco de la brusquedad de mi historia. Pero no todos tienen esa "suerte". No todos terminan encontrando su voz, menos aún son capaces de amplificarla de tal manera que alguien más la oiga, ya ni hablar de tomar acción al respecto.

Creo que ese es el problema.

El mirar para otro lado. El no tener coraje de enfrentar, como profesor o institución, a los matones. El dejar que la gente se apague, en lugar de ayudar a que dejen de asfixiarles. Y no que "no se puede hacer nada" ya que "los árabes son malos" y "la inmigración solo trae problemas", simple y llanamente, porque ninguna de esas cosas es cierta.

Me ha hecho pensar también en la familia de Isak, su iglesia, su situación en general, y se me ha revuelto el estómago de repente al imaginarme cómo hubiera podido actuar él de haber sido otro chico más en mi instituto. Si me hubiera insultado, también. Si me hubiera agredido. O si se hubiera reído cuando otros lo hacían. Si no hubiera

hecho nada para evitarlo. Aunque él diga que jamás habría hecho cosas así cuando hemos tocado el tema, o incluso que me habría protegido. Pero no puedo evitar preguntarme a veces hasta dónde le habría llevado la imposición cultural y la presión de grupo que movía a tanta gente allí, y que lo sigue haciendo.

No es que no me importen sus circunstancias. Pero creo que no quiero seguir siendo esa persona. Jugando ese rol en mi vida, ni en la suya, ni en ninguna otra. Ya no quiero seguir escondiéndome, ni viviendo con miedo solo por alimentar el miedo de otra persona. Respeto que su decisión sobre su vida sea la que sea, que lo lleven a esconder quien es, pero eso no es lo que yo quiero ser, donde yo quiero estar, ni como yo quiero vivir. Esto es inevitable y personal, y por propia definición no necesito del permiso de nadie, menos suyo, para sentirme como me siento, pero la verdad es que me encantaría que él fuese capaz de entenderlo.

Por otro lado, todo esto también me ha traído a la memoria todos esos "pequeños incidentes" de tu madre, bueno, nuestra madre Melissa, en el trabajo, por su color de piel, cómo la trataban diferente por teléfono (hablando sueco perfecto) cuando no la veían ni conocían y eso cambiaba cuando la veían en persona y la identificaban como una más del "problema" (a pesar de ser sueca) por ser negra. Y tu hermano en el cole por su pelo tan afro—aun rubio—tan raro para lo que todos esos chicos con pelos lisos como una plancha estaban acostumbrados a ver, y por lo tanto motivo de burlas. Luego tus incidentes en general, y tantos babosos mirando tu piel como si fuera un espectáculo de cine, llamándote cosas como "la negra, pero guapa", "no muy negra"; "la exótica" como si fueras un espécimen en peligro de extinción. Y bueno, los míos en cualquier plano o contexto burocrático, sea con Edukera, contextos

laborales, oficina de inmigración y hasta el dentista, en los que a veces les faltaba decirme directamente "mejor vete a tu país ya".

Creo que conocer estos detalles ayuda principalmente a empatizar y sensibilizar a las personas con lo que serían los primeros síntomas del racismo, lo que las personas experimentan como sugerencia de que sencillamente existe un trato diferente a las personas según sus apellidos, sus rasgos y su color de piel y, aunque no sea este extremo en todos los casos, es un "adelanto" de lo que puede ocurrir en casos de racismo con síntomas más graves.

Estoy aprendiendo esto en parte a través de las novelas de una autora nigeriana que estamos leyendo en clase, Chimamanda Ngozi Adichie, en particular su obra *Americanah*. Ella, en sus historias, ilustra cómo incluso a las personas negras las tratan de forma muy distinta según la oscuridad de su piel, y la gente negra de piel oscura (dark-skinned black) se lleva la peor parte. Esto es algo que la gente quizá no suele percibir, y solo perciben lo que ocurre después como fruto de todo esto; que matan a tiros a la gente negra la policía de EEUU, y todos (los seres humanos mínimamente decentes) se llevan las manos a la cabeza diciendo que la gente está loca.

Pero escuchando a la gente que lo vive, conociendo sus historias, descubres que eso no empieza así.

La gente no te mete un tiro de hoy a mañana así porque sí, hay una historia, toda una serie de patrones de comportamiento más leves en los que la persona te trata de forma despectiva, inferior, mal, y que escala según tu contexto sociocultural y tu tono de piel (a más oscuro peor) hasta llegar a estas cosas. Es por estas horribles consecuencias y todo el daño que hacen a la sociedad de tantas maneras que creo que nadie debería ser ajeno al concepto del racismo y lo que esto genera, y el porqué, también, todos

deberíamos ser antirracistas, y no meramente espectadores pasivos del racismo (nonracists).

Me llama la atención que, al menos en mi pueblo, a mi generación (la generación Z) nos llaman muchas veces "la generación de cristal" por señalar estos patrones de comportamiento que otros a menudo pasan por alto, y que, a la larga, desencadenan en acciones mucho más severas, sea para con el racismo, la homofobia, bifobia, transfobia, el calentamiento global…

Y con eso dan a entender que somos unos "ofendidos", que ya no se puede decir "puto gay" a tus colegas de broma porque las nuevas generaciones te dirán que dejes esa homofobia paleta en 2012, de donde no debería haber trascendido.

Pero lo que a mí me parece más de cristal aquí, si acaso, es ponerse a patalear y lloriquear como tanta gente de mi pueblo hace cada vez que se les reniega de su supuesto "derecho" a decir gilipolleces que han hecho mucho daño a otras personas. Es como, me pongo a llorar si no me dejas ser homófobo, o racista o tránsfobo, y le doy la vuelta a las cosas para dejarte mal a ti por señalar que lo estoy siendo.

Hay gente que vive muy cómoda en su ignorancia porque siempre lo ha hecho así, y cualquier disrupción en esa confortable y frágil realidad distorsionada, les rompe sus esquemas de cristal tan bien creados para beneficiarles solo a ellos e ignorar al resto.

Yo creo que la generación Z a menudo rompemos con esos esquemas mentales de autoengaño en los que otras generaciones (generalmente) tan a gusto viven, ¿y eso es ser una "generación de cristal"?

En fin, si te soy sincero tampoco me sorprende. A veces siento que el pueblo en el que me crie parece otro universo ajeno, una realidad paralela a todo lo que he vivido en Estocolmo y otras partes

del mundo. Algo totalmente ajeno a todo lo que conozco ahora, he conocido, y en lo que con el tiempo me he convertido. A todo lo que soy. O casi.

Me recuerda a cuando Juan me dijo que tendría que alegrarme de que saliese la ultraderecha en España (en mi pueblo salió la primera fuerza más votada, siendo mi familia directa sus primeros adeptos, cómo no) porque yo sé mejor que nadie que los inmigrantes me hacen bullying. Obviando completamente que, en el contexto en el que "inmigrantes me hicieron bullying" el único inmigrante (prácticamente) era yo, ya que los syrianer y árabes pertenecen a diásporas que se integraron en Estocolmo hace mucho tiempo, y por lo tanto no son inmigrantes, sino ciudadanos suecos de trasfondos culturales radicalmente distintos, muchos de ellos hijos de refugiados o inmigrantes, pero no inmigrantes ellos mismos.

Pero es curioso porque de todas las desventajas y tratos particulares que a menudo lo hicieron todo peor para mí (incluso para él como padre), ¿en serio cree que añadir a eso esas políticas racistas y antiinmigración ayudaría en algo a alguien? Quizá ni me hubieran dejado estudiar en Suecia, y mucho menos gratis, si fuera por la gente racista a la que mi familia apoya. Y básicamente de no haberme podido mudar y ser adoptado por tu familia, me hubieran hecho bullying igualmente por ser gay, pero en mi pueblo de Málaga en lugar de en Estocolmo, siendo este último la ciudad con uno de los mejores sistemas educativos del mundo.

Y bueno, por otro lado, el "argumento" más común y favorito de mi pueblo: la edad y "los tiempos". "Los gays no se pueden casar y punto", "en mis tiempos era así y así debía ser". "A mi edad no voy a…". Mira, conozco personalmente y también he leído sobre personas que tienen, no solo tu edad, sino que vivieron hace más de doscientos años, y ya abolían la esclavitud, los prejuicios raciales

contra las personas de piel oscura, y la discriminación a afecto, cariño y relaciones del mismo sexo. No es justificable la falta de empatía o de adaptación personal al contexto en el que vives con tu edad. Tu cerebro sigue aprendiendo hasta el día que te mueres, creo que eso se llama neuroplasticidad. La cosa es que no te conviertes en un guiñapo obsoleto que no aprende solo por hacerte mayor o por vivir en un pueblo, a no ser que eso es lo que elijas ser.

En fin, yo realmente no tengo demasiada esperanza en que estas personas dejen de vivir cómodamente autocompadeciéndose de su edad y "sus tiempos" como excusa para no adaptarse al mundo en el que actualmente viven. Al fin y al cabo, hay gente que habla por hablar y tener razón, no por debatir y aprender, y estoy aprendiendo que no merece la pena perder el tiempo y energía *en ellos*, aunque sí en esos mismos temas con personas que sí que están dispuestas a aprender, y disminuir así el impacto negativo que esas personas pueden tener sobre el resto con su falta de humanidad y empatía o ignorancia. Sí que tengo esperanza en muchas otras personas que están entre medio, y que quizá por desconocimiento, o por la información incorrecta, pueden aferrarse al lado erróneo. Yo creo que mi hermana es un ejemplo de esto último.

Creo que las sociedades más avanzadas de Europa, que son básicamente las nórdicas, una de las muchas cosas buenas que tienen es que, generalmente, les dan voz a los jóvenes. Les toman en serio. En mi experiencia estudiando en un pueblo de Málaga, los profesores a menudo literalmente se reían de mí y de mis inquietudes.

Tras haber informado al instituto al que iba sobre mi idea de mudarme a Estocolmo, una profe me solía decir "¿tú a Suecia a estudiar te vas a ir? Si no vas a entender ni las clases", otro de EF

me dijo “como seas igual de malo con el inglés que haciendo saltos no vas a llegar muy lejos”.

Y, aparte de lo de Suecia, muchas otras veces hasta me decían “oye, quítate las lentillas para venir a clase, ponte gafas si quieres”, “esa ropa no te queda bien” o “esas uñas no son apropiadas para el instituto”.

¿Qué coño? ¿Quién eres tú para decirme a mí qué debo poner en mis ojos o en mis manos? ¿De qué manera afecta a tu clase de geografía, francés, educación física o lo que sea el color de mis ojos o el largo de mis uñas? Y, evidentemente ¿quién es nadie para decirme, encima en calidad de profesor, que voy a ser incapaz de hacer algo? Especialmente, además, cuando era más que capaz pero esa profesora me subestimaba probablemente porque no me interesaba lo más mínimo su asignatura (que, hasta día de hoy, unos cinco años después, no he vuelto a darla).

En Suecia, por ejemplo, ha sido otro mundo, algo completamente diferente, y me consta que ese sistema educativo predomina, como mínimo, también en Noruega y Finlandia. Nunca se me ha cuestionado por ser quien era, por expresar mi opinión, y, es más, se ha alentado que la expresara, sobre todo cuando era diferente al resto. Es lo que llaman “critical thinking” y está presente en el currículo escolar como algo absolutamente fundamental.

Una vez la profesora de mates allí en Estocolmo nos alzó un poco la voz y se disculpó al rato diciendo que no debería haberlo hecho, no volvería a pasar—y no volvió a pasar.

No he escuchado, literalmente, en toda mi vida a un profesor disculparse en todos mis años estudiando en el pueblo, en Málaga.

Me han castigado, mandado fuera, y hasta expulsado del instituto en el pueblo por decir lo que pienso y no regalarle el oído a nadie. A veces me portaba mal o no iba a clase, tú lo sabes mejor que nadie,

pero por eso ni me castigaban. Es más, ¿te acuerdas cuando nos pillaron saltando la valla para escaparnos del insti a última hora? Quitando la tontería que fue el intentar irnos media hora antes de poder oficialmente irnos, ni nos castigaron.

Sin embargo, en otra ocasión, me llevaron al despacho del director por un problema que había tenido con ese profesor tan maleducado, y le dije que me parecía un maleducado que no me respetaba ni a mí ni al resto de la clase (a mi amiga Rosa le dijo que una silla era más útil que ella). Pues me expulsaron una semana del instituto, y encima se lo dijeron al profesor y cuando volví dijo delante de toda la clase para humillarme "Alberto le ha ido diciendo a los profesores que yo trato mal a la gente".

Surrealista, si te paras a pensarlo, pero sobre todo si lo comparas con la educación que he recibido en Estocolmo. Ni que decir tiene que, al menos que yo sepa, tanto el término "generación de cristal" como el debate que lo rodea ni existen en los países nórdicos, creo que eso es algo muy español (o muy de mi pueblo al menos) y de demás países en los que aún mucha gente ve el progreso como algo a lo que temer. La cosa es que me parece que esto es bastante representativo de muchas otras formas en la que se descarta lo que la gente joven dice o siente, y se prioriza sobre eso siempre a la gente mayor simplemente por el hecho de serlo, a pesar de, en ocasiones, ser también soberbios, maleducados y poco inteligentes.

Creo que, a muchos países, no solo España, les vendría bien hacer un poquito de autocrítica en sus sociedades y dejar de ignorar tanto las ideas de la gente joven, llamándonos erróneamente "la generación de cristal" cuando nosotros y nosotras somos, literalmente, la definición del progreso y del futuro.

Con cariño,
Alberto

14 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

No sé por dónde empezar a contarte. Pero tiempo tengo de sobra, porque el tren de Dinamarca a Luxemburgo acaba de salir y no hay trasbordo hasta dentro de tres horas.

Copenhague fue una pasada. En el tren de Suecia a Dinamarca, mi hermana y yo le dimos un sándwich cada uno a una chica sueca que se llama Felicia, y nos lo agradeció un montón. Pasamos un buen rato hablando, contándonos nuestras vidas. Ella había estado ahorrando para comprarse un pase Interrail ilimitado con el que viajar dos meses a cualquier parte de Europa, porque no era feliz en el trabajo que tenía en el norte de Suecia, y quería un cambio de aires. Italia era donde más ganas tenía de ir. Yo le conté por encima nuestro plan de viaje Interrail, que incluía Italia, y también algo de mi historia en Estocolmo.

Al cabo de un rato me preguntó que si me gustaría salir en un programa de podcast que dirige sobre gente inspiradora. Me dijo que podía hablar de mis experiencias y lo que había hecho de ellas, que seguro que inspiraría a mucha gente de distintas partes del mundo. Le dije que encantado, y lo hicimos.

Nos fuimos a un vagón aparte, ella traía incluso las mezclas esas de sonido para editar y quitar el ruido, micrófonos, altavoces, cascos y de todo.

Me gustó mucho hablar con ella.

También fue la primera persona fuera de mi círculo cercano a quien le conté lo que aún es un secreto por un tiempo: que he firmado con la editorial Espasa, Planeta, para relanzar *eighteen* en español en todo el mundo. Me ha llenado mucho sentir el orgullo y el cariño en su cara, en sus gestos, aún sin conocerme, por algo que

había hecho. Creo que, a pesar de ser muy consciente de la gente que me inspira y significa algo para mí, no soy consciente del todo de lo que mis vivencias, mi manera de llevarlas, mi arte, pueden inspirar a otros. Y me parece precioso.

Llegamos a nuestro Airbnb de las afueras de Copenhague a las doce de la noche, yo estaba bastante resfriado (me lo pegó mi hermana, que vino resfriadilla) y al día siguiente me levantaba a las 7 de la mañana para un seminario online de la uni sobre la historia de las ideas a través de la literatura americana y británica. Muy intenso todo, como siempre. El caso es que después de andar con las mochilas 35 minutos hasta nuestra habitación (cheap hoes for life) llegamos directamente para caer muertos en la cama. A la mañana siguiente, mientras yo estaba de seminarios, mi hermana quiso investigar la zona y ella toda chula se fue sin chubasquero. Llegó a los 20 minutos empapada a (y empapando) la habitación, olvidando supongo que yo seguía de seminario online, mientras toda la gente de mi clase nos miraba, hasta el profe preguntó que si estábamos bien.

En fin, los siguientes días en Copenhague fueron una fantasía, aunque el tiempo no acompañara. Íbamos todo el tiempo con chubasqueros y cerca de edificios para meternos corriendo si caía de la nada un chaparrón, porque allí aparentemente nunca se sabe. En una de esas que buscábamos desesperadamente refugio de la lluvia, encontramos una especie de centro recreativo subterráneo que tenía una librería enorme, y estuve un rato mirando libros mientras ella cargaba los móviles.

Lo que más nos gustó de Copenhague fue Nyhavn, con diferencia. Me lo recomendó mi amiga Kanya, que estuvo hace poco, y no defrauda. Hay un montón de barcos, puestos y tiendas, y como una especie de paseo precioso a través del cual recorres toda esa calle

por encima del agua. El paseo entero está lleno de historias, de bicis, de comidas diferentes, y de mucha vida.

Como siempre, estuvimos explorando los diferentes centros comerciales de la ciudad, que también nos venía bien para recargar baterías y comprar la comida en los supermercados, que sale más barata. Como te digo, no tuvimos mucha suerte con el clima los días que estuvimos, pero igualmente me encantó conocer la ciudad. Hasta ahora, las ciudades y países nórdicos que he conocido se han parecido mucho entre sí, principalmente Noruega y Suecia. Copenhague, en mi opinión, es más europea, no creo que tenga ese toque extra nórdico, esa naturaleza en absolutamente todas partes y ese futurismo y miras tan igualitarias. De hecho, he leído que algunos políticos de aquí son de los más racistas de todo el norte de Europa, lo que tampoco es fácil.

Además, leí en un ensayo sobre política nórdica en la universidad hace unas semanas que la narrativa con el racismo aquí es la de siempre, parece que los políticos hacen un copia/pega obviando la individualidad de cada persona y situación. No me parece bien que aparentemente nadie sea capaz de reconocer la dignidad de un grupo de personas, pertenezcan a una diáspora, sean inmigrantes, de distinta etnia/cultura, o lo que sea, sin simplemente analizar lo que entra en conflicto con ello. A veces parece que, en estos temas, hay dos tipos de personas. Por un lado, los racistas que abanderan el mensaje "no queremos inmigrantes" (asumiendo que su ignorancia les hace llamar "inmigrante" a todo lo diferente a ellos, aunque no lo sean) y por otro lado, los happyflower de la vida, que no reconocen nada malo que alguien vulnerable haga con tal de no exponerlo ni darle la razón a los racistas en ningún aspecto.

La familia de Isak, por ejemplo, como otras decenas, si no cientos de miles, que provienen de las diásporas asiria y árabe en

Estocolmo, es profundamente homófoba. Son personas cuya patria de origen (principalmente la región de la antigua Mesopotamia) ha sido destruida, y ahora su única patria es a menudo su cultura, su lengua y su religión. Y al menos dos de esas tres cosas les suelen dictar un odio a lo no heterosexual bastante fuerte. No es sorpresa que sean así de homófobos, si lo piensas, pero eso no significa que sea aceptable.

Ahí pienso que está el problema.

Demonizar a todo un grupo de personas, sobre todo tan extenso, porque muchas de ellas perpetúen un comportamiento extremadamente homófobo, como si fueran seres humanos despreciables por ello, no le hace bien a nadie.

A mí me parece más despreciable que alguien en Copenhague, o en Estocolmo, con un trasfondo cultural nórdico, donde también hay homofobia, diga algo como que los gays le parecen repulsivos, porque esa persona lleva años, sino décadas, expuesta a sociedades que progresivamente han aceptado la homosexualidad y no la ha demonizado, pero ha decidido mantener los ojos y el corazón cerrado a ello.

No es lo mismo que una persona que ha crecido oyendo cómo se debía asesinar al demonio que eran las personas homosexuales, que eran el anticristo, el enemigo. Que ha visto cómo las apedreaban y asesinaban públicamente en nombre del bien común, cómo entraban en la cárcel porque es adonde pertenecen, y etcétera. O, simplemente, una persona que ha crecido en ese entorno familiar, a pesar de haber nacido en Dinamarca o Suecia (hijos de inmigrantes, vaya; provenientes de la diáspora).

Es algo completamente distinto, de manera estructural, y no se puede pretender tratar como que viene del mismo sitio. Es lo que literalmente han aprendido, lo que se les ha sido enseñado.

Y lo que tendría que hacerse es que esas personas humanicen por una vez en su vida a personas gay, bisexuales, lesbianas, trans, etc. Que escribiesen redacciones sobre por qué la homosexualidad es natural, que vieran y leyeran sobre cómo estas personas se sienten cuando las maltratan, que fuesen educados al respecto, que, si en casa la cultura que predomina es la antigay, que al menos en otras partes se haga un esfuerzo por enseñar más allá.

Y, sobre todo, proteger a las personas, aún más a la gente joven, que se ve en una situación como la que yo me vi en Estocolmo durante el instituto o como en la que se vería Isak si sus padres descubrieran quien de verdad es, lo que de verdad le gusta. Me da la sensación de que en Suecia era siempre muy happyflower vibe, que no pasa nada porque bastante tienen ya, y eso casi me cuesta la vida.

Veo que ahora en Dinamarca para muchos el enfoque es, como suele pasar, 180 grados distinto, no parece haber punto intermedio, y el mensaje viene a quedarse en "los inmigrantes son malos". Parece que muchos olvidan que todas estas personas, esos a los que erróneamente llaman "moros de mierda", esos inmigrantes a los que se connotan como ajenos, extraños con mala fe, también tienen una historia. Una familia, o alguien que pasaría la noche en vela esperando su llegada. Un pasado que explica quienes son, y un futuro que les aguarda. Creo que eso es importante.

No hacen a nadie un favor metiendo a todos en el mismo saco, ni tampoco lo hacen cuando miran para otro lado ante cosas como la homofobia por evitar problemas adicionales.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, debería la vida de una persona ser un problema adicional; algo que es mejor ignorar para no descuidar o faltar el respeto a una cultura. Las vidas valen más que las culturas.

No puede defenderse la tradición asiria-árabe cultural y/o religiosa de la homofobia por "respeto a una cultura o religión". Las vidas de las personas valen infinitamente más que las promesas de las religiones y las tradiciones de las culturas. Eso no debería olvidarse nunca en la era tan global en la que estamos viviendo. Ni aun a costa de parecer estar en contra de toda una cultura y/o una religión. No hay que olvidar—o, mejor dicho, hay que aprender—que, si esa religión y/o cultura está en contra de la vida de las personas, es algo que debe ser abolido.

Hay que castigar y condenar esa homofobia y a quien la perpetúe, sea quien sea, y sean los motivos que sean porque, aunque es cierto que se origina por distintos motivos, a la persona que la sufre no le va a importar por qué la odien, solo que la están odiando.

Y que, además, es un hecho que la homofobia proveniente de una cultura en la que matan a los gays es muchísimo más fuerte, severa y peligrosa que la homofobia de una cultura en que muchos intentos fallidos de machos patriarcales nostálgicos del pasado preferirían que los gays siguieran escondidos.

Ambas son repugnantes, pero el grado de peligro no tiende a ser el mismo, la cultura afecta eso, y no queda otra que aceptarlo y tratarlo de manera contundente.

Me ha encantado Dinamarca, esto no lo cambia, porque pienso que Dinamarca es mucho más que los políticos racistas que gobiernan partes de ella. Con todo y eso, prefiero Suecia. Supongo que tampoco soy del todo imparcial (aunque para ser justos incluso antes de mudarme a Estocolmo, Suecia era mi país del norte favorito).

La cosa es que, inevitablemente, siempre encontraré más vida en un sitio en el que me he sentido vivo, dijera la gente lo que dijera. Un lugar que, entre ponerlos a todos de malos o a todos de buenos,

elija lo segundo, por incorrectas que sean ambas opciones. Un sitio que ha sido y es mi hogar desde hace tantos años, en lugar de otro que visito tan solo por unos días, por increíble que sea.

O quizás no. Supongo que para eso hago estos viajes.

Para descubrirlo.

Con cariño,
Alberto

15 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Isak no suele hablarme nunca de su familia, sobre todo de su padre Youssef, pero una tarde este verano, en la playa bajo el balcón de Europa, me contó que para su padre, los gays han perdido a dios para siempre. Me dijo que Youssef siempre critica cómo en Suecia se dejan pervertir por el supuesto progreso y el modernismo cuando gente así debería simplemente ser ejecutada. Que hacen daño a las familias, pervierten y confunden a los niños, y solo traen enfermedades y "oscuridad" a la sociedad. Que son una plaga de la que hay que deshacerse, como la gripe.

Youssef está convencido de que los syrianer no son gays. Que en Siria, Irán, Irak y demás, no hay gays y, si los hubiera, sería porque vienen de países como Suecia, que fomentan que la enfermedad y el vicio se propaguen al tratarlas como algo humano y decente. Que Suecia sería un lugar mejor sin tanta diplomacia y más mano dura hacia estas patologías, y deberían aprender de Oriente Medio donde rápidamente los ejecutarían, y dejarían de extenderse infectando a nuevas generaciones llenas de ingenuidad y curiosidad por la

perversión. Que él mismo lo haría con sus propias manos, fuera quien fuese y viniera de donde viniese.

También me dijo que para su familia, no hay diferencia entre gay, afeminado, homosexual, bisexual, y etcétera. Todo es lo mismo. La misma enfermedad, perversión; el mismo problema, igual de grave. No importa que seas un chico femenino o que te acuestes con hombres, eres antinatura igualmente; eres gay. Me contó que su padre no entiende, literalmente, por qué no los matan como harían en Oriente Medio. Que es la única manera probada de erradicar esa epidemia que constituye un crimen contra la sagrada naturaleza.

Youssef dice, también, que es importante para la cultura mantener lo que la hace única, que los hombres tienen que ser hombres de verdad, y no dejarse infectar por nociones tan peligrosas traídas de sociedades occidentales débiles.

Él piensa que la biblia lo puso bien claro con Sodoma y Gomorra, los corintios y Levítico, y que el que no lo vea es porque no quiere.

Isak se sabe el verso de Levítico de memoria: "Om en man ligger hos en annan man såsom man ligger hos en kvinna, så göra de båda en styggelse; de skola straffas med döden, blodskuld låder vid dem" (Mosebok 20:13) cuya traducción en la biblia hispana es "Si un hombre tiene relaciones sexuales con otro hombre como lo haría con una mujer, ambos han cometido un pecado abominable y serán condenados a muerte. Ellos mismos se buscaron su propia muerte" (Levítico 20:13).

Fue la primera y única vez que me contó más en profundidad sobre estos temas de su familia, ya que, las pocas veces que habla de las opiniones de su familia (o de Youssef, que parece ser el único con opinión o cuya voz cuenta en su casa), siempre suele ser mucho más por encima y, más que explicándome, tan solo dándome a entender, y luego rápido cambiando de tema.

Yo, por mi parte, a menudo suelo sentir una especie de necesidad de salir a la defensa o tener una actitud reaccionaria ante conversaciones así, como si no hacerlo fuese faltar a lo que soy. Pero mientras le escuchaba, no quería que dejara de hablar. No quería que nada le parase, mucho menos yo. Tan solo quería entenderle, a él, a Youssef, a su madre Najwa, y la dinámica que le hace comportarse como lo hace; que le hace, en parte, ser quién es.

Mientras hablaba, aparte de entenderle, también quería abrazarle todo el tiempo. Abrazarle para cubrir todos los huecos de sí mismo que su familia ha dejado abiertos tantos años, para sanar todas las heridas afectivas que llevan supurando desde hace décadas, para hacerle sentir que hay espacio para ser sin culpa ni vergüenza. Pero mientras más me contaba, más me abstraía. Más me costaba acercarme naturalmente a él, más sentía que la poca espontaneidad que nos caracterizaba se definía a la vez que se apagaba.

Y al final no lo hice. Solo le escuché y, cuando terminó, pensé unos momentos en qué sería lo más apropiado de responder. Estaba intentando ordenar mis pensamientos; que mis gestos le expresaran cariño, respeto, y comprensión, pero a la vez empatía y aversión hacia lo que le habían enseñado y, mientras divagaba entre qué decir, se me abalanzó y me abrazó más fuerte de lo que lo había hecho nunca, como si soltarme fuera a hacerme desaparecer. Fue mucho más fácil devolverle el abrazo que dárselo y, por primera vez en toda la conversación, sentí que estábamos hablando el mismo idioma.

Con cariño,
Alberto

16 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Me estoy dando cuenta de que cada vez me siento más ajeno a todo el mundo cuando estoy en el pueblo, en Málaga. Como si mis amigos de toda la vida y yo perteneciéramos a mundos distintos. Y lo viéramos todo con ojos completamente diferentes. Con algunas de mis amistades de la infancia siento que, más que amigas, son más bien personas que han estado en mi vida mucho tiempo y siguen ahí casi por inercia.

Supongo que eso es algo que tiende a pasar con las amistades de la infancia. Como siempre han estado ahí, sea por haber estado siempre en la misma clase o lo que sea, se tiene una especie de preconcepción de que siempre van a seguir ahí, y se dan por sentado. Se descuidan. Un poco por eso de que "siempre ha estado ahí, y siempre estará". Y a mucha gente parece funcionarle. Mucha gente, quizá la mayoría, allí en mi pueblo, parece no tener problema con esa dinámica de relaciones.

Pero yo no soy así. Yo no pienso quedarme en un sitio en el que no se me cuida, o incluso ni se me respeta, solo por inercia. Yo no vivo por inercia.

Con cariño,
Alberto

17 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Cuando estoy en el tren horas y horas con mi hermana, recorriendo Europa con los mochilones encima, mirando por la ventana pueblos, ciudades, y países, pienso en si Isak y yo seríamos más felices en otra parte, juntos o por separado. Y, con feliz,

realmente quiero decir ser más *yo*, que él sea más *él*, en otro lugar, individualmente, y juntos ser más *nosotros*. Yo ya procuro, al menos, ser yo en cualquier parte, porque me han dejado de importar (o eso intento) las opiniones de otras personas. Pero ese, por desgracia, no es el caso de Isak.

Creo que la diferencia entre nosotros es que yo nunca tuve opción de estar en el armario. Mis padres biológicos (me sacaron del armario ellos, de hecho) sabían que era gay. Mi vecina del final de la calle sabía que era gay. Mi profesora de inglés sabía que era gay. El hijo del frutero del mercado del pueblo que me había visto una vez en su vida sabía que era gay. Era conocimiento popular, aun cuando yo no dije nada, incluso cuando yo ni lo sabía (lo que hacía doblemente doloroso que me gritaran cosas como "puto gay" y tal, pero ese es otro tema) y la cosa es que, aunque mi condición me ha expuesto muchísimo más a la homofobia de la gente, no podría, aunque hubiera querido, no aceptar lo que era (o hubiera sido muy, muy difícil. Como negar que la tierra es redonda).

Pero Isak es otra historia. Nadie se imagina que pueda ser algo más que hetero. Su cuerpo, su actitud, su manera de sostenerse a sí mismo, absolutamente todo en él parece estar pensado para potenciar esa hiper-masculinidad que le desasocie de cualquier cosa remotamente "gay", entendiendo por gay, en un pueblo y con una familia muy católica y andaluza por un lado, y en un contexto cristiano-ortodoxo y de homofobia extrema, por el otro; ser afeminado, bisexual o no hetero (aunque en realidad no sea así). De bisexualidad ya ni hablemos, eso es como hablar en ruso ya o algo así parece. Y matizo, no es que ser femenino signifique ser gay y ser masculino no, pero para mis años de "salir" del armario, hace ya un tiempo, no había tanta conciencia social sobre esa línea entre ser

gay o bi y ser afeminado, al menos en mi pueblo. Sinceramente dudo que la haya a día de hoy tampoco.

Bueno, pues me he preguntado si esa vergüenza se lleva a todas partes, y, una vez está en ti, la llevas contigo allá donde vayas, porque lo que otros han proyectado tanto tiempo en sus nociones de ti, de lo que sus prejuicios le señalaban que eres, se ha convertido en literalmente lo que eres. Aunque no sea así, o no lo fuera en un primer momento.

No sé. Ahora por ejemplo Isak está en Estocolmo, y no baja a Málaga hasta casi noviembre, cuando vuelva a ser lo de Tränare Sverige, el programa ese de entrenadores personales en Suecia que hacen en Marbella todos los años, en otoño.

Pero es curioso cómo tenemos ambos esa conexión entre Estocolmo y Málaga y sin embargo nuestras experiencias son totalmente distintas. Él siempre que va a Málaga suele ser en Marbella, hablando sueco o incluso árabe, rodeado de extranjeros como él, sin apenas interactuar con algo más que eso, y, cuando está en Estocolmo, es remix de cultura asiria y sueca, ahora conmigo un poco española, también.

Por otro lado, el problema de tener esa parte de su trabajo aquí y que tengamos ambos esa conexión entre Estocolmo y Málaga es que, al haber estado viniendo aquí tanto tiempo, ya tiene muchos conocidos, no es un destino turístico cualquiera, lo que se traduce en que tampoco puede desinhibirse como el que se va solo a un país lejano de vacaciones. Es como que siempre está presente la fachada de ser algo que no es, y solo puede ser él cuando el aislamiento del resto del mundo es total y prolongado.

A veces, mientras sigue abrazándome después de hacerlo, en una conversación cualquiera, se le escapa señalar que sólo le gustan las mujeres, o referirse a sí mismo como hetero. Cada vez que habla de

su familia, su voz, sus gestos, su cara, cambian. Se "masculiniza". Vuelve la voz unos tonos más grave, o lo intenta, endurece la cara y se mueve casi como un robot intentando desesperadamente hacer movimientos espontáneos que no le surgen como tal. Es como que una pena enorme se apodera de él, como si supiera que, en el fondo, debería estar en otra parte, con otra persona, pero a la vez no quisiera, y se sintiera mal por ello. Es la típica persona que piensa dos veces antes de hablar, como si temiese a las palabras.

Como si cualquier cosa que dijera, de no ser meticulosamente pensada, pudiera potencialmente cambiar su vida en un momento. A veces una parte de mí se olvida de todo eso cuando me besa después de acostarnos, y me habla de planes futuros, juntos, como recorrer Europa en su coche, o viajar por ahí, bien lejos, solo nosotros. Pero siempre suele implicar el factor huida.

Como si, más que tener interés en descubrir el mundo juntos, lo que implicasen sus viajes es simplemente escapar de donde estamos, estar en cualquier parte menos cerca de su familia, de sus amigos, de su vida. Como si, a todos los efectos, no pudiéramos ser felices donde estemos. Como si esa felicidad la hubiéramos perdido, como unas elecciones, y no nos quedase otra que marcharnos a otra parte, si realmente aspiramos a ella, o a una versión efímera que dura lo que tengamos para pagar el Airbnb y la comida.

No me suena tentador como plan de vida, la verdad. Yo quiero vivir intensamente, siendo yo, en cualquier parte. No quiero vivir interpretando un papel como él hace. Pero las cosas no son tan sencillas, y supongo que cada uno tiene su tiempo para decidir sobre su vida y sobre sí mismo. Mientras tanto, tengo una vida por vivir, un mundo por recorrer, mil cosas que aprender, que escribir, que sentir, por mi cuenta. Así que, por ahora, supongo que no me importa "esperar".

Con cariño,
Alberto

18 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

No te conté de Luxemburgo. Ahora mismo estamos saliendo en tren de Luxemburgo, de camino a Suiza; los Alpes suizos concretamente, donde nos quedaremos unos días (es uno de los destinos donde más ganas tengo de ir).

La ciudad, Luxemburgo, me ha recordado mucho a las vacaciones que he pasado con mi familia de Holanda y Bélgica. Es un país pequeño (*muy* pequeño) así que tampoco había demasiado que ver, pero nos ha venido bien para descansar y recuperar energías.

Cuando estábamos pasando por el centro de Luxemburgo, cerca de un puente lleno de cristales donde se veía un parque enorme a nuestros pies, mi hermana me ha contado por primera vez lo sola que se sintió cuando su ex la amenazó con suicidarse si lo dejaba. El miedo que sintió. Cómo, hace solo unos meses cuando estábamos juntos en un centro comercial, la llamó cientos y cientos de veces para ocupar su atención y controlarla con un rango de excusas y pretextos distintos, a veces sin siquiera eso.

Me ha contado la impotencia que sentía cuando le decía una y otra vez que se suicidaría, a veces entre las líneas de "pero no es tu culpa", otras más ambiguo, pero siempre dejando sobre sus hombros el peso de su supuesto suicidio (que nunca llegó a ocurrir).

Y me parece horrible que le hayan hecho eso.

Que alguien juegue con su vida de esa forma.

Fingir emociones suicidas, culpabilizando a literalmente la única persona que te sigue, aprecia, y quiere por lo que eres, como si esa persona tuviera culpa de algo por darte nada más que su compasión y su cariño. Como si el suicido fuera un juego, un arma que se capitaliza para conseguir lo que uno quiere a través de chantaje emocional. Como si no fuera algo por lo que millones de personas realmente mueren, acabando para siempre con sus respectivas vidas.

Parece haber una tendencia en mi pueblo (que no he visto en otra parte) de multitud de personas que, al cortar con sus novias, recurren a las redes sociales para lanzarles públicamente indirectas de que, en otras palabras, si no vuelven con ellos se suicidarán. Odio decir esto, pero es que siento que este puñado de gente inmadura e irresponsable hace daño a la gente que tiene problemas mentales de verdad. No puedo parar de pensar en cómo se puede tener el coraje de amenazar así y culpar de esa forma a una persona que no te ha hecho ningún daño, que procura entenderte y te acepta como eres, responsabilizándola de algo tan serio como tu muerte (además estando vivo) por cortar contigo después de que la acosaras y maltrataras.

He conocido, durante los años en terapia, a gente con comportamientos y tendencias suicidas—yo mismo. A gente depresiva, a quienes le habían robado sus cuerpos, su dignidad, sus vidas. Gente que no podía con el peso que la vida echaba sobre sus hombros, y acababa a menudo, si no intentándolo, quitándose la vida.

Suelen ser gente normal.

No te lo esperas la mayoría de las veces. Pero nunca conocí a nadie que amenazara a alguien con suicidarse para conseguir algo de él o ella, y acabara haciéndolo. Supongo que no tendría sentido

en su paradigma mental: si usas la amenaza con suicidarte para conseguir algo de alguien, la sumisión de otra persona a tus deseos, evidentemente no disfrutarías de ese beneficio estando muerto. Yo no sé a ti, pero a mí me suena más a "quiero manipularte muy desesperadamente" en lugar de "quiero morir". Sencillamente no es un comportamiento suicida. De hecho, es más bien lo contrario. La gente suicida-depresiva no tiende a querer beneficiarse de quienes les quieren a través de la manipulación, por muy difícil que sea su relación con el afecto y el cariño. Y por desgracia nosotros sabemos de eso para rato.

En fin, yo evidentemente no soy psicólogo por haber estudiado psicología unos años. Lo que hablo, en este caso, es por la propia experiencia, no por los años estudiados, y a veces eso importa mucho más que esto último. Al fin y al cabo, los libros de texto no te enseñan empatía ni humanidad. Las vivencias, sí.

Finalmente, mi hermana quiso cambiar de tema, se enfadó de que le dijera que pensaba que había sido acosada y me entrometiera, me llamó "puto maricón de mierda", y se fue a dormir.

El caso es que, aun ahora sentados en el tren de camino a Suiza, con mi hermana durmiendo en frente mía con la cabeza apoyada en la ventana que va cambiando de país, estoy inevitablemente pensando en cuando éramos pequeños y jugábamos juntos a las muñecas y a las cocinas. Cuando cantábamos en el *Sing Star* y yo siempre escogía a la chica, y a ella no le quedaba otra que escoger al chico.

En la primera vez que me probé un vestido suyo, pensando en lo fácil que habría sido todo de haber nacido en su cuerpo. En lo feliz que habría sido.

En la primera vez que me llamó maricón. En la primera vez que le pegó a un niño por llamarme maricón.

En que, hasta hoy, llevaba más de dos semanas sin llamarme maricón, lo poco que lo pensaría, y lo que significaba para mí cuando, hace justo un año, me lo gritaba casi a diario.

En cómo las personas cambian y eligen caminos que les acaban formando, que acaban creando quienes son, a día de hoy, y lo diferentes que pueden ser todos esos caminos, toda esa infinidad de posibilidades.

En si con Juan será así algún día y avanzará en lugar de seguir andando hacia detrás. En si sabrán, ella y él que, en el fondo, a mí tan solo me habría gustado poder haber avanzado con ellos. Que ellos avanzaran conmigo. En si les importará más eso que sus propios miedos y elecciones. Y en si me importará a mí eso menos que las mías.

Con cariño,
Alberto

19 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

La primera vez que Isak y yo lo hicimos fue en su coche. No pensábamos hacerlo. Habíamos pasado el día juntos, hablando de la vida, pero de verdad. Él es de las personas que cuando le hablas, suelta lo que está haciendo y te mira directamente a la cara mientras te escucha. Si no está del todo pendiente a ti te pide que por favor esperes un minuto hasta que pueda poner toda su atención en lo que le estás diciendo. Cuando termino de hablarle, me responde a todo lo que le digo, y no solo a lo que le interesa.

Me parece bonito, además, que se acuerde de las cosas que le cuento, y a menudo haga referencia a algo que le conté hace mucho

tiempo y que ni yo mismo prácticamente recordaba, y yo no pueda evitar sonreír. No me adelanta nunca cuando andamos juntos (a pesar de que su ritmo normal con esas piernas me dejaría atrás fácilmente) de manera que parezca que le sigo, que le pertenezco o que voy detrás de él. Siempre vamos a la par, juntos. Siento que, dentro del contexto, prefiere asumir el riesgo de que nos vean juntos a hacerme sentir descuidado. Y la verdad es que no entiendo cómo hace siquiera todas estas cosas cuando su familia parece haberle enseñado literalmente todo lo contrario. Supongo que algunas personas lo llevan por dentro.

No voy a mentirte diciendo cosas como que me hace sentir que mi voz importa porque eso es algo que ya sé, pero me gusta que sus delicadas maneras, su respeto, sus pausas tan apropiadas, sus gestos, sus sonrisas, me lo recuerden.

Tú sabes que desde que pasó eso no he vuelto a sentirme igual referente al sexo, y aunque con mi alter ego *queen*, mis mecanismos de defensa y mi sarcasmo lo sobrellevo, a veces me da verdadero pánico abrirme y dejar que alguien "entre" dentro. Confiar en un chico, algo que realmente creo que no he terminado de hacer nunca.

Bueno, pues, después de unos meses hablando de nuestras vidas, dando paseos, yendo al cine (me doy grima de lo cliché que sueno) y, básicamente, siendo la persona con la que hablamos a todas horas, en quien confiamos y a quien le contamos cada pequeña cosa que nos pasa, decidí que sería él, que lo íbamos a hacer y lo más importante, que no iba a sentirme culpable por ello.

¿Sabes cuando supe exactamente que nos íbamos a acostar ese mismo día?

Estábamos en una playa que siempre está vacía, con dos toallas sobrepuestas juntas y un tupper de pasta con atún. Era una mañana de principio de verano, así que no hacía tanto calor como en julio o

agosto, y al ser bastante temprano, menos todavía. Así que estábamos en esa playa perdida abrazados, mirando el mar y comiendo pasta con atún (a las 10 de la mañana sí, muy sueco todo).

La cosa es que pensé en cómo prefería estar ahí antes que en cualquier otra parte del mundo, haciendo cualquier otra cosa, con cualquier otra persona. Pensé en lo feliz que me sentía, en la sonrisa de tonto que ponía para hacerme reír mientras masticaba la pasta con atún, y cómo cuando me veía reírme, se le emblandecía la mirada y su sonrisa se volvía más tierna que divertida. Sentí que le quería tanto, que me quería tanto, que merecía la pena afrontar esa parte tan traumática del pasado. Y le besé. Nunca le había besado en público (aunque fuera un sitio aislado) y cuando nos besábamos, solía ser siempre él quien lo empezaba. Pero ese día quise besarle con fuerza, abrazarle y empaparme de él; sentir todo lo que me hacía sentir, aún más cerca de mí.

El beso le pilló desprevenido y se dejó caer de espaldas, conmigo encima, abrazándole y entrelazando mis piernas en su muslo. Me podría poner más zalamera aún y decirte que el beso me supo a gloria y poesía, pero la verdad es que me supo a los batidos de proteínas asquerosos esos (o creatina o BCAA, ya ni sé cuál) que se toma todo el tiempo.

Pasamos el día juntos, haciendo ni sé qué, y fue a la noche tras cenar cuando lo hicimos en su coche. Después de hacerlo, le estuve contando lo mucho que me gustó siempre hacerme las uñas, y hacerlas en general, y me dijo que podía practicar a hacérselas a él. Bueno, en realidad yo se lo sugerí y él accedió casi a regañadientes. Así que antes de que se arrepintiera pillé el kit y le hice una manicura francesa de 3 centímetros, que me quedó preciosa. Él se puso a hacer el tonto con las uñas, a bailar con las manos y fingir

que hacíamos un vídeo de ASMR. Es uno de mis momentos preferidos que hemos pasado juntos hasta ahora. Me sentí realmente bien, nos reímos un montón, y antes de quitárselas para volver a casa, lo hicimos otra vez.

Con cariño,
Alberto

22 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Suiza es, quizá, el país más bonito que he visto en mi vida. No para de llover, pero es que a mi hermana y a mí nos da totalmente igual. Los paisajes son espectaculares, la sensación del aire es tan pura y profunda que hasta cuesta respirarlo. Hay ardillas, vacas, ovejas y demás en los prados, que son increíblemente extensos. Hemos estado básicamente paseando de un sitio a otro admirando las vistas y haciendo vídeos.

En una de esas, un abuelito nos ha gritado de malas maneras "putain d'immigrés" mientras andábamos por una acera al lado de la carretera, entre el asfalto y el bosque.

No sé si es ilegal andar por la acera en esa zona de Suiza o el hombre tenía algún problema psicológico, pero mentiría si no te dijera que me asustó un poco. Mi hermana, como no tenía ni idea de qué decía el hombre, seguía andando como si nada, haciéndole fotos a las vacas que se veían a lo lejos. Preferí no decirle nada, pero me ha dado qué pensar cómo dos personas que son insultadas lo procesan de manera tan diferente porque una de ellas ni siquiera sabe que la están insultando. Y cómo inevitablemente la experiencia vital de la persona que no habla más que español, va a verse

limitada para lo bueno y para lo malo. Cómo, a la vuelta, su recuerdo de ese momento será el de unas vacas felices pastando en el prado y el mío el de un abuelito delirando a pleno pulmón y acercándose a nosotros de manera amenazante. El abuelito en sí me es indiferente, pero, no sé, me ha parecido curiosa la situación, ya que tampoco es la primera vez que pasa algo así.

Bueno, y cambiando de tema (que me pongo intensa). Como ya te he contado, este último mes, desde que empezó la universidad, he estado leyendo, además de a Chimamanda, a Maya Angelou y Toni Morrison, entre otras. Yo ya había leído obras, particularmente poesía, de mujeres negras como Nayyirah Waheed, y su trabajo me había inspirado mucho, pero incluso ahora, las leo con otros ojos. Siento que, a través de leer a estas autoras, he descubierto un mundo que antes estaba intencionalmente oculto por parte de todo lo que leía, como si la literatura, a nivel global, excluyera a la literatura africana dejando así sin oír las historias de las personas africanas, y de las personas negras en general.

Me pregunto cuánta gente africana habrá leído literatura europea o norteamericana y cuánta gente europea o norteamericana habrá leído literatura africana.

Evidentemente lo primero es la norma (lo que enseñan en *todos* los colegios y está en *todas* las librerías de *todos* los países) y lo segundo la excepción, lo que es tan raro de encontrar, a pesar de buscarlo exhaustivamente, que lo hace casi imposible.

Y es horrible que niños y jóvenes africanos hayan tragado durante tantas generaciones historias que no son las suyas, vidas que no les pertenecen.

Me identifico en parte con no verse en las historias, en el mundo en el que vives, y creo que hay que cambiarlo, sobre todo dado que los que no tienen el problema de no verse en ninguna parte suelen

fingir que las cosas han sido diferentes a como realmente han sido. Y toda la mierda al final le cae siempre a los mismos.

Leí el otro día algo que decía que el privilegio consiste en pensar que algo no es un problema simplemente porque no te afecta a ti. Y me parece muy cierto.

Me ha cambiado la manera de ver el mundo, de verte a ti e, incluso en parte, a mí mismo. Siento mucha curiosidad por seguir aprendiendo del arte y el legado de las personas que no suelen tener voz, dejar de oír el exceso de ruido de las que tienen demasiada, y, con suerte, en medio de las dos, encontrar la mía.

No sé.

Hay ciertas cosas que hacen que no me sienta del todo cómodo en ninguna parte. En el pueblo, he crecido oyendo a mi familia biológica invalidarme, insultarme, no entenderme, intentando traducir todo eso como amor. Viendo cómo los alumnos en el instituto me humillaban, cosa que, por otro lado, solo empeoró cuando viví en Estocolmo, donde me convertí en el diablo personificado básicamente. Y encima ahora, con Isak, a veces siento como que lo nuestro no es digno de ser visto. Que tenemos que escondernos.

Pero, leer estos libros es como tener una conversación con esas personas que los escribieron, con gente a la que quiero oír y a quien me he pasado la vida sin conocer, gente que ha pasado cosas similares a mí de una forma u otra.

Y por eso me hacen sentir en paz. Me confortan, me enseñan. Ellas sí son modelos a seguir para mí. Me hacen sentir como que, si no pertenezco del todo, o hay algo diferente en mí, no pasa nada. Que hay millones como nosotros, aunque no los conozcamos.

Sé que tú sabes de sobra de lo que hablo, hayati.

Con cariño,
Alberto

25 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

El trayecto desde el que te escribo hoy es el más largo de todo el viaje (creo). Dura casi un día, y hemos empezado por salir de los Alpes suizos. Ahora estamos cruzando Austria, camino a Croacia, que es el final del destino. Paramos en Zagreb unas horas, pero es a Split a donde vamos, al sur del todo de Croacia.

Hace un rato, mientras mi hermana dormía, al poco de montarnos en el segundo tren, me cambié de vagón y hablé por primera vez en el viaje por FaceTime con Isak. Me alegró mucho oírle. No quería que nos pasáramos todo el viaje hablando a todas horas ni haciendo FaceTime todos los días porque quería replantearme lo que somos y darnos algo de espacio para ello, además de que me echara un poco de menos, que ha sido un verano muy intenso y pegajoso. Pero la verdad es que me encantó escuchar su voz y verle unas horas.

Entre que hablábamos de todo un poco, salió el tema de los idiomas, cómo me estoy comunicando con la gente según el país, y todo eso. Isak me ha preguntado que por qué hablo diferente a su profesora de español en clase, y a toda la gente española que ha conocido en Suecia, que son principalmente de Latinoamérica y de Madrid o Barcelona.

Para ponerte en contexto, Isak estudia español, y tiene dos modalidades a elegir, castellano y español latino. Él estudia castellano, pero dice que no suena como lo que me oye hablar a mí.

Me costó un rato entender por qué, la verdad, pero cuando le pregunté un poco más y me elaboró su respuesta, me explicó que le había preguntado a su profesora sobre el castellano en Málaga, que por qué sonaba diferente, si era por cuestión de dialectos según de dónde venían las personas o es que era un idioma diferente. Y ella le respondió diciendo que es que, en el sur, muchos españoles prácticamente no sabemos ni hablar. Entonces ya entendí que se refería a mi acento andaluz.

Al igual que con las uñas, alguna gente tiene una serie de prejuicios totalmente ajenos a mí (y a la gente andaluza) por tener un acento distinto, como si eso nos hiciera también heredar una serie de cualidades que nada tienen que ver con nuestro acento.

Le expliqué a Isak las diferencias del acento andaluz, y también que hay mucha gente que parece creerse que, por ser andaluz, o mejor dicho, tener acento andaluz, nuestro cociente intelectual se encoge o algo así, como que lo que decimos importa menos, es tomado menos en serio, por nuestro acento. Parece que no podemos tener el acento que tenemos y dar las noticias, recitar poesía, hablar en un debate nacional o no sé, hacer cualquier cosa considerada "seria". Como si nuestra manera de hablar fuera un chiste. Como si nuestra cultura, cómo yo y mi gente hablamos y lo hemos hecho desde siempre, cómo nos relacionamos entre nosotros, qué expresiones usamos; lo que somos, fuera inferior al estándar nacional.

Le conté también algo que creo que nunca hablé con nadie; que, más de una vez, me han encasillado de graciosillo, de vago, o hasta de analfabeto por, literalmente, mi acento, o por ser andaluz. Él me dijo "wallah menuda tontería, si eres la persona más inteligente que conozco". Y yo le respondí que ni así me libro muchas veces de que

gente como su profesora de español me traten de tonto por mi acento.

Como siempre te digo, a mí estas cosas no me quitan el sueño, la verdad. Que le den a quien se crea que soy menos capaz, o que "no sé hablar" por tener un acento distinto.

Pero sí que es verdad que me dejó pensando en lo mucho que yo mismo puteo a mi pueblo, por mis malas experiencias allí y lo mal que me han tratado por ser tan diferente. Y he pensado que no quiero asociar todo eso junto; no quiero asociar Andalucía y todo lo bueno que significa mi patria para mí con cómo me han tratado muchas personas en mi pueblo o en mi familia, porque sé que mi patria es muchísimo más que eso.

Quiero "trabajar" en ello.

En apreciar, sentir y amar mi cultura sin el ruido de fondo de nadie. En sentirme en casa, en paz, y no hacer caso a los que me dicen dentro de la misma, que yo ahí no pertenezco. Estoy aprendiendo a sentirme bien siendo el híbrido de las culturas andaluza, sueca y asiria en el que me he convertido (en ese mismo orden diría). Creo que es vital entender quienes somos y sentirnos bien siendo exactamente eso, y no otra cosa.

Pero supongo que, como todo, es un viaje.

Con cariño,
Alberto

27 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Echo a Isak de menos sin la necesidad de hablar todo el tiempo con él. Quiero decir, me encantó que habláramos por FaceTime de

camino hacia Split, y me alegra y me reconforta saber que está en mi vida, esté donde esté.

Pero, es tontería, estoy en Croacia con mi hermana living my best life, no voy a estar pegado al teléfono solo para confirmar su presencia en mi vida, para reafirmarme.

Es como contigo.

Tú y yo apenas nos vemos ya, casi nunca estamos físicamente juntos, y nuestras vidas están creciendo en direcciones distintas.

Quizá cuando estoy viviendo algo importante sin ti, no te lo voy retransmitiendo en directo, porque sino no lo estaría viviendo realmente. Pero una parte de mí está deseando llegar a casa para compartir contigo todo lo que he vivido, y de alguna manera, sentir que lo revivimos juntos.

Creo que estoy descubriendo que Isak es algo más importante, algo más fuerte de lo que me he permitido sentir antes. La ternura con la que pienso en él, lo recurrente de su presencia en mi mente, aun sin estar aquí, las ganas de compartir con él todas las cosas que me inquietan, aunque ya hayan ocurrido y no haya formado parte de ellas. Las ganas de vivir cosas así con él. De explorar cosas nuevas juntos. No había conocido algo tan "sano", algo tan limpio, tan parecido al amor sin dependencia o necesidad, tan exento de toxicidad y celos, tan lleno de vida. Es lo más parecido al amor puro que he sentido alguna vez, si es que tal cosa existe.

Y, ¿sabes qué?

Por primera vez siento que estoy preparado.

Estoy preparado para él. Para su presencia en mi vida, sea buena o mala, aunque evidentemente espere lo primero. Es como si toda la energía que nunca pude llegar a gastar en "relaciones" con chicos en mi pre-adolescencia, y más tarde hubiera estado bailando en la

espalda de mi garganta, rasgando, deseando salir, ahora empezara a brotar sola, por todo mi ser.

Creo que lo quiero de verdad, y siento que confío en él, o al menos quiero hacerlo. Se lo merezca o no.

Me hace feliz hacerlo. Es mejor idea a la alternativa en la que estaba de desconfiar sistemáticamente de todos los chicos, vivir esperando la puñalada. Prefiero vivir confiando, sin ser tonto tampoco, pero con capacidad de confiar, y llevarme la puñalada una sola vez—si es que ocurre, a vivir apuñalándome día tras día con dudas, incertidumbre, y desconfianza para, finalmente, llevármela igual.

Creo que he descubierto que no soy responsable de lo que otros me hagan, solo de lo que yo haga, de cómo yo sea. Ya no quiero ser quien era. Quiero confiar en Isak de verdad y tener la oportunidad de sentir algo real, sin capas ni fachadas de pretensión y desconfianzas infundadas. Para crear algo auténtico, siento que esa es la única manera.

Con cariño,
Alberto

30 de septiembre, 2019

Querida Sofie,

Hace un rato, en el primer tren camino a Bratislava, he estado a punto de contarle a mi hermana sobre Isak de manera anónima, inventándome evidentemente algún pretexto que no desvele quién es.

Tenía ganas de poder expresarme libremente, al igual que me cuenta ella de su pareja, y que comentáramos lo que sentimos,

escuchar otras perspectivas, sentir en voz alta, hacerlo así, de alguna forma, más real.

Pero no he dicho nada.

Tendría que pensar una trama demasiado compleja para que no me vuelva a preguntar sobre el tema ni sospeche ni indague ni pase nada que comprometa que el "secreto" se desvele. Y no merece la pena una cosa por la otra.

Con cariño,
Alberto

1 de octubre, 2019

Querida Sofie,

La primera vez que Isak me besó fue casi justo al año de graduarme en Estocolmo: antes de que empezara el verano, este año. Me pareció irónico que mi vida cambiara tanto de un año para otro y que, sobre todo, esto pasara con alguien a quien llevaba años conociendo.

A lo largo del verano, vi a muchos familiares y conocidos que llevaba mucho tiempo sin ver. Al principio, cuando tan solo hablábamos, y me preguntaban si me gustaba algún chico, o si había alguien especial, no me importaba fingir que no. Es decir, cuando era gente de confianza quizá me hubiera gustado hablar de él, pero poco más. Pero ahora lo pienso a menudo.

Justo antes de empezar el viaje, unos meses después, a mediados de septiembre, también ha habido veces en las que me lo han preguntado, y siempre cambio de tema o lo descarto diciendo que estoy centrado en otras cosas, cuando en realidad me encantaría hablar de él. De nuestros planes. Enseñar las pocas fotos que

tenemos juntos. Sentirme orgulloso de él. Creo que a una parte de mí le duele más el no poder hablar de nosotros y saber que es algo que debemos ocultar a toda costa, más que el anunciar nuestro amor. Incluso a veces, creo que es el saber que no podría aunque quisiera, más que poder *y* querer hacerlo.

Aunque no sé, por otra parte tengo ganas de darle la mano y que todo Bratislava nos vea. De compartir todo esto con él. De besarle en mitad de la estación más concurrida. De que sostengamos nuestras manos con orgullo. Pasar todas las horas de trenes, descubrir todas estas cosas, visitar tantas culturas y países nuevos, con él. Y sobre todo, no sentir que se me encoge el corazón cada vez que demostramos el mínimo cariño o afecto en público por quién podría vernos. Quiero sentirme orgulloso de él, de mí, de lo que somos y tenemos, porque eso es lo que de veras siento.

Pero no puedo, y una parte de mí tiene miedo y vergüenza de ver tan latentes esas mismas emociones en él. Sé que es muy tipo duro y lo disimula muy bien bajo esas capas de músculos, sonrisas confiadas y abrazos de oso, pero en el fondo sé de sobra que esa no es la realidad. Estoy empezando a descubrir que la vergüenza es contagiosa. Como una malla que te pones en la piel con otra intención y cuando quieres darte cuenta ya es parte de ti, y la llevas contigo siempre. Es como llevar la vergüenza a todas partes.

Con cariño,
Alberto

6 de octubre, 2019

Querida Sofie,

No tuve tiempo de escribirte esta última semana.

Después de Bratislava fuimos a Berlín, que nos la recorrimos con la mochila a las espaldas ya que no teníamos alojamiento allí, solo echábamos el día de paso.

La idea era pasar el día entero y dormir en el tren de camino a Praga, donde sí que nos quedábamos para todo el finde. Berlín me pareció bonita, me gustó mucho visitar el muro de Berlín y los dos monumentos que conmemoran a los judíos y a los homosexuales asesinados. Aunque no hubo nada en lo poco y breve que conocí allí que me invitara a quedarme.

Praga fue otra historia.

La ciudad es más bien pequeña, pero llena de vida. Estábamos cansadísimos al llegar allí después de tantos trenes, de casi dos días sin dormir apenas y cargando con las maletas, pero supimos que teníamos que echar un ojo el primer día, aunque fuera solo dar una vuelta, antes de irnos a dormir. Dejamos las maletas en el alojamiento al lado del centro, y dimos un paseo por la ciudad. Había gente de todas partes, espectáculos como un hombre tragando fuego (o algo así), un montón de niños haciendo pompas de jabón en el centro del casco antiguo (o como se llame), cisnes cerca del puente que conecta un lado de la ciudad con el otro, y hasta alguien haciendo música con bombillas de colores y copas de vino.

Tendrías que ir para verlo, para sentirlo.

Ojalá hubieras estado allí también. Me ha hecho pensar en todas las cosas que están ocurriendo, en todo lo que nos estamos perdiendo de nuestras vidas, separados. Quién nos lo habría dicho cuando nos despertábamos y nos íbamos a dormir juntos, día tras día, año tras año. Cuando dábamos por sentado nuestra presencia en nuestras vidas, cuando no pensábamos, o al menos yo no me paré a pensar, en que todo era efímero. En que acabaría. Y

seguiríamos nuestros caminos, una vez más separados. Sé que a ambos nos va bien, es solo que me gustaría que fuera juntos.

En fin, sigo contándote que me pongo intenso y me desvío. Después de un finde en Praga fuimos a Viena, donde, al igual que en Berlín, no teníamos estancia (dormíamos en Salzburgo), pero echamos el día allí igual. Paseamos por el centro de la ciudad, que es precioso, y luego nos tumbamos en un parque enorme a descansar un rato. El parque era una fantasía, lleno de bicis, gente haciendo deporte, niños jugando, y jóvenes reuniéndose; pasando tiempo juntos. Pensé en que ojalá Málaga tuviera más sitios así; kilómetros de césped en medio de la ciudad, donde poder abstraerte de ella sin necesidad de marcharte. No tuvimos mucho más tiempo hasta que salía nuestro tren a Salzburgo, a eso de las ocho de la tarde.

Llegamos bastante tarde a nuestro alojamiento en Salzburgo, y por primera vez tuvimos algo de tiempo para respirar, ya que Salzburgo es más bien tranquilo, nuestro alojamiento algo a las afueras, y la estancia relativamente larga.

Desde aquí te escribo, sentado en la terraza con el bosque de fondo; montañas de árboles que salen de todas partes y de ningún sitio, que están ahí, mires donde mires. Mi hermana sigue durmiendo porque aún es temprano. Anoche fuimos a un jardín conocido de aquí que está lleno de flores. El sol está saliendo y empieza a refrescar, se nota que el otoño ya está aquí.

Hemos dejado los países y ciudades donde hace más calor para el final, así que después de aquí iremos a Budapest, luego a Treviso, Venecia, Milán en Italia, después cogeremos un avión a Korfu, Grecia, y volveremos en barco a Bari, la costa italiana, para ir a Montesilvano, y de allí a Roma, donde cogeremos el vuelo de vuelta

a Málaga, desde Fiumicino. Y un tiempo después, yo volveré a Estocolmo.

Una parte de mí quiere que sea ya noviembre, llegar a casa, llamarte por FaceTime, reencontrarme con Isak. No tener que ir con la mochila de 15 kilos a casi todas partes.

Pero, otra parte de mí no querría estar en ningún otro sitio, haciendo ninguna otra cosa, que lo que hago ahora, cada día.

Estos días, en las larguísimas horas de tren (hemos llegado a pasar 19 horas seguidas de trenes, cuando fuimos de Suiza al sur de Croacia) aparte de escribiéndote y haciendo trabajos y exámenes de la uni, he leído *The Alchemist*, de Coelho, y me ha hecho pensar en la vida (la mitad de mi equipaje son libros, por si no te había quedado claro. Necesito un Kindle urgentemente).

He estado leyendo también a Noam Chomsky e Ilan Pappé, y su ensayo sobre Palestina, y he pensado mucho en ti. Incluso en Isak. Leí sobre los pueblos syrianer hace no mucho y no puedo evitar sentir similitudes entre tu historia, como hija de un hombre palestino, y la de Isak, como hijo de una familia syrianer.

Ninguno de los dos habéis estado en vuestra tierra, a ambos os ha sido imposible pisarla, físicamente.

En su caso porque ya no existe como tal, en el tuyo porque Israel quiere que no exista tampoco, condenando a todos los palestinos a ser gente sin patria, en medio de ninguna parte. He pensado en el privilegio que tienen todos los países que estoy visitando de tener una cultura, una tierra, y cómo se da por sentado tan fácilmente entre sus ciudadanos, como si todos lo tuvieran. Como si todas las personas tuvieran algo tan básico como una patria, un lugar al que llamar casa (más allá de un techo).

Cuando estuve en Berlín hace solo unos días, y vi el monumento a los judíos, pensé en la diáspora judía; lo que fue quizá la madre de

las diásporas: millones de personas esparcidas por el mundo, la cultura judía siendo rota en trocitos para huir de ser asesinada en el Holocausto, rota en mil distintos pedazos, cada uno en un rincón de la tierra, siendo un todo conjunto, o algo semirroto con una brecha irreparable en su identidad, según se vea.

He pensado en cómo nunca oí la palabra "diáspora" en todos los años que he pasado viviendo en España, y en cómo fue de las primeras cosas que leí al abrir un libro de literatura africana; the African diaspora. En cómo algunas palabras son tan esenciales en algunas culturas, y en otras pasan tan desapercibidas que se desconoce completamente su significado.

Y en cómo nos pasamos la vida ignorando el significado de cosas que no nos importan, mayormente porque no nos conciernen, siendo esas cosas la razón de la existencia de millones de personas en el mundo.

En hasta qué punto la ignorancia es inocente, hasta qué punto puede considerarse moral el ignorar algo porque no te incumbe, aunque incumba a otras tantas vidas, aunque vidas que sí te importan se vean afectadas en ello.

He pensado mucho en la equidistancia, y en esa gente que siempre mira para otro lado cuando algo no les involucra aun cuando hace daño a personas a quienes quieren.

En si sabrán que les hace daño pero no les importa, o se autoengañarán para pensar que no les hace daño. En hasta qué punto estarán dispuestos a autoengañarse, si hasta el punto de abrir la mente con una explicación razonable, o de cerrar los ojos ante la misma para seguir viendo oscuridad.

En la división que eso genera, y lo difícil que es a veces no ver ciertas cosas con odio. Y cómo algunas personas ven lo mismo y

para una significa tanto, cuando para la otra no es más que un montón de niebla y palabras.

Estoy trabajando en dejar de odiar lo que me odia, aun cuando no sea consciente de que lo hace. No me está resultando fácil, pero te mentiría si te dijera que es para alguien más que para mí mismo, únicamente. Sé que mierda va a haber siempre, y en mi dirección de una forma u otra acabará llegando, de la forma que sea. Es solo que quiero trabajar en que mis pensamientos sobre ello no me hundan más que el estímulo en sí; que no se combinen ambos; mi respuesta y el estímulo, y se convierta todo en una carga.

Creo que eso no es la vida.

El sol está saliendo tras las montañas de Salzburgo, unos ancianos pasean a un niño pequeño por la calle, y unos pájaros cantan de fondo, a lo lejos, sonido que se mezcla con el viento que está moviendo las ramas de los árboles.

Esto es la vida.

No quiero que eso se me olvide nunca. No quiero que tú te olvides tampoco, ni que nos olvidemos de esto. Por eso te escribo, habibti.

Con cariño,
Alberto

8 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Budapest es el sitio más peculiar que hemos visto hasta ahora. No he sentido que siguiese la línea semielitista que el resto de países europeos que hemos visto seguía, y la verdad que no creo que eso sea algo malo.

Esta es con diferencia la mejor estancia en la que hemos estado en lo que llevamos de viaje (y creo que van ya como diez países). La cama era incómoda y me caía por los lados (era como inclinada, de agua creo) y había muchísimo ruido por las noches porque el apartamento estaba en el centro de la ciudad y las ventanas parecían de papel. Pero estábamos junto a muchos otros viajeros que compartían las otras habitaciones del apartamento y nos reuníamos para desayunar, comer o cenar (cuando encartara).

Íbamos todos juntos a sitios y nos pasábamos la noche hablando de la vida hasta las tantas de la madrugada. El apartamento—y la ciudad—supuraban tanta vida, que todo lo demás daba igual. Mi impresión de Budapest saliendo del tren en una estación más bien antigua y cochambrosa, en comparación con mi impresión de la misma ciudad después de unos días, no tienen ni punto de comparación.

Después de Hungría fuimos a Italia; Venecia, y pasamos la noche en una estación de tren en Austria, haciendo escala. Dio un poco de mal rollo, pero se pasó bastante rápido. Estuve mirando ordenadores todo el tiempo (no para comprármelo, solo deseándolo). Bueno, mirando MacBooks, a secas. No me puedo creer que escribiera *eighteen* sin tener siquiera ordenador, solo con el iPad. Estuve pensándolo mientras miraba el precio de los Macs, y pensando en que no podría permitirme alguno aunque quisiera. Y cómo eso no me frenó de escribir *eighteen* en un iPad con más años que mi perro Nano (que ya es decir) y un teclado portátil de diez euros de Amazon. No pensé que fuera algo desafiante en el momento, si te soy sincero, solo sabía que quería hacerlo e iba a ocurrir de una forma u otra. No fue hasta luego de publicarlo, cuando en alguna entrevista salió el tema de manera casual, que entendí por la

reacción de la gente lo peculiarmente desafiante que había sido hacer todo eso con esa tablet anticuada y nada más.

En fin, que Venecia fue mágica, aunque estaba llena de gente. No creí que en octubre estaría todo esto tan lleno pero me equivocaba, tanto Venecia como Milán (donde estamos ahora) están llenísimos de gente, súper exagerado vaya. Treviso fue más tranquilo, y también precioso, fue como visitar a la hermana tímida de Venecia, aún por descubrir para el resto del mundo. También está lleno de canales, y mi hermana y yo pasábamos los atardeceres paseando entre ellos, viendo todos los animales que viven en sus aguas, que no son pocos.

Ahora estamos haciendo tiempo en el aeropuerto, vamos a pasar la noche aquí, ya que a las 7 de la mañana sale el vuelo a Korfu, la isla griega donde nos quedaremos más de una semana (nuestra estancia más larga de todas). Mi hermana está escuchando música y yo escribiéndote tirado en un rincón al lado de un enchufe para cargar el móvil. Hoy he visto a Zara Larsson en el centro de Milán y nos hemos hecho un vídeo para ti. Le he contado que la admiras mucho y que yo la conocí a través de ti, de cuando pasábamos las tardes en el bosque de Estocolmo con *Lush Life* a todo volumen. Una vez más he deseado con todas mis ganas (como cada día) que estuvieras aquí también. Que hubieras sido tú quien se lo dijera.

Me espera una noche larga, pero tengo conmigo el libro sobre la antigua asiria de Karen Radner que te dije este verano que quería leer. De alguna forma, leerlo me hace sentirme más cerca de Isak, más dentro de quien de verdad es y de donde viene.

Con cariño,
Alberto

11 de octubre, 2019

Querida Sofie,

A lo tonto a lo tonto, hace ya seis meses desde que Isak y yo hablamos, aunque sea un poco, prácticamente todos los días y, el día que no hablamos, siento que algo me falta, como que el día no está completo del todo.

Cuando no hablamos por FaceTime nos mandamos audios eternos contándonos nuestros días; me cuenta de la iglesia y de cómo prácticamente todos los días él y toda su familia se reúnen en su casa o casa de algún primo/prima para hacer una barbacoa o evento, todos juntos. En eso me recuerda a España, o al menos a Andalucía, el hecho de que cualquier pretexto les sirva para simplemente estar juntos.

Yo le pregunto de su pasado y él me responde con sinceridad, en ocasiones haciendo que lo que creía saber de él, cambie.

Por ejemplo, yo siempre le consideré syrianer o árabe-syrianer, y nada más, pero resulta que se considera árabe también, a secas, aunque muchos syrianer que he conocido no lo hacen.

Cuando estábamos empezando a conocernos mejor, hace ya tiempo, me preguntó que si yo era musulmán. Cuando le respondí que no, relajó el gesto con tal alivio que le pregunté que qué pasa con los musulmanes. Me dijo que los odiaba. Él, su familia, y todos sus amigos. Que los syrianer y los árabes cristianos no se llevan bien con los árabes musulmanes.

Yo en realidad eso era algo que ya sabía, después de haber vivido más de tres años en Södertälje donde más del 80 por ciento de la población vienen de las diásporas asiria y árabe. Pero quise que me confirmara si él también era así y, no sé de dónde me vino decirle lo que le dije luego, porque la verdad es que nunca antes se lo había

dicho a ninguno de mis conocidos o amigos que durante mis años allí me había hecho la misma pregunta con la misma connotación.

Le dije que yo no quería estar con alguien que odiase de manera sistemática a un grupo tan extenso de personas al que es imposible que conozca en su totalidad, menos aún, cuando esa persona pertenece ella misma a otro colectivo, a otro grupo de personas, al que su familia y una enorme porción de la población asiria y árabe también odian sistemáticamente: los hombres que se acuestan con otros hombres.

Le dije que era contraproducente sumarse a ese pensamiento en grupo que condena a distintos colectivos solo porque históricamente te hayan caído mal o incluso maltratado (en el caso de algunos musulmanes).

Si yo condenara a todos los que históricamente han maltratado a la gente como yo no me hablaría con prácticamente nadie, viviría pendiente de quién pensó o fue tal cosa en el pasado en lugar de poder apreciar lo que las personas son aquí y ahora.

Me dijo que yo no lo entendía y seguramente tenga razón, pero también pienso que a veces precisamente por no entender el motivo de ese odio histórico eres capaz de entender lo absurdo que es seguir preservándolo. Entonces me dijo que prefería cambiar de tema y que si podía darme un beso.

No sé, creo que una parte de mí está cansada de tantos años dejando que mi comprensión y empatía dejen mis propios valores y pensamientos en un segundo plano, donde vivían siempre escondidos, susurrando “ah vale, lo entiendo, lo entiendo”. Porque que lo entienda no significa ni que esté bien ni que quiera esa energía en mi vida (como si no hubiera tenido suficiente de ella ya).

Total, que ayer, hablando por teléfono, me dijo que tenía razón.

Que su familia odia profundamente a los musulmanes de la misma forma que odian a los hombres bi o gays, y, con sus palabras y divagaciones varias, me dio a entender que él no quiere seguir siendo parte de eso, argumentando que hay mucha gente inteligente y con buenas intenciones que es gay aunque nos enseñen lo contrario, y que lo había descubierto por primera vez al conocerme.

Entendí básicamente que había humanizado, por decirlo de alguna manera, al grupo al que solía odiar colectivamente por conocer a una persona perteneciente al mismo que no merecía ese odio. Y que por todas las demás personas así que pudieran pertenecer a esos grupos—musulmanes y gays/bi—no merecía la pena ni era justo odiarles a todos.

Me alegró un montón que me dijera esto.

Sigo con sus palabras, con su mensaje, en mi cabeza. He sentido alivio de escucharle, lo tomo como una prueba de que hasta personas que han vivido casi dos décadas escuchando lo mismo tienen la capacidad de cambiar de dirección y aprender a humanizar a las personas.

Por eso creo que es tan importante lo que siempre estoy diciendo de no meter a todo el mundo en el mismo saco, porque es como decirle "esto es lo único que eres y no espero otra cosa de ti". Es como escupirles en la cara. Y, en cambio, cuando invitas a la diferencia, estás diciendo "creo que aunque siempre te enseñaran que esto es lo que eres, tú eres mucho más que eso. Eres tú".

No sé.

Son detalles que a mucha gente les parecen insignificantes, pero para mí significan todo.

Sé que tú lo entiendes.

Con cariño,
Alberto

12 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Hoy es 12 de octubre una vez más y quiero contarte algunas cosas que mi clase y yo hemos estado comentando en un seminario online esta mañana sobre la historia de las ideas americanas, referente a este día. Yo ya había leído sobre el tema, pero ha sido interesante oír al profe (que es historiador) aparte de todos los alumnos de mi clase que son de alrededor del mundo. Además, mi hermana lleva horas durmiendo al sol en una orilla de Sidari (en un rato me acercaré a comprobar que sigue respirando) y yo pues estoy tumbado en una roca mirando las olas hasta que se despierte, así que no tengo nada mejor que hacer.

El caso es que hoy en España es un día súper importante, una fiesta nacional, día de la Hispanidad lo llaman. Yo siempre me he pintado la cara de los colores de mi bandera y a menudo incluso me he vestido con ropas rojas y amarillas y cosas así en este día, supongo que representando de alguna manera mi amor por mi cultura y mi tierra. Pero desde que descubrí lo que significa este día realmente, lo que conmemora (que no tiene nada que ver con lo que yo creía), me entran ganas de volver atrás y revolotear a mi yo del pasado por ser tan lerda e ignorante. Tampoco me culpo, ya que es lo que me habían enseñado.

Sé que a ti te encanta la historia, y cuando vivías en España, por mucho que la estudiaras, no ibas a aprender lo que no ponía en los libros. Y no fue hasta llegar a Suecia, y estudiar allí, que aprendiste la verdadera historia, o mejor dicho, la historia completa, de días como el 12 de octubre. Yo ha sido gracias a leer literatura que no sea norteamericana o española, que la he aprendido.

Resulta que el 12 de octubre Colón no descubrió América, ni "unió los dos mundos". Comenzó el genocidio de toda una población que ya vivía allí, violó, descuartizó, desmembró sus cuerpos y los expuso para que no hubiera revueltas y asustar a la población indígena que aún quedaba con vida. Les pegaron enfermedades que acabaron con millones de vidas, les impusieron su religión, su reino, y con toda su cara, a todo eso lo llamaron "traer la paz, educación y progreso a una América salvaje".

Para empezar, no puede "descubrirse" algo que ya existe.

Es como si yo, al mudarme a Estocolmo, hubiera ido junto a un ejército, matando a todo el mundo, imponiendo mis costumbres, y hubiera dicho que he descubierto Suecia. O Europa. Es absolutamente salvaje y descabellada la idea si lo piensas, pero como estamos acostumbrados a pensarlo de esa forma, como nos lo han enseñado así desde siempre en los colegios en España, en los libros de historia, tan solo lo hemos aceptado como la verdad.

Pero es como si leyésemos a Hitler como a un héroe porque los libros de historia lo hubieran tergiversado y hubieran justificado sus barbaries en nombre de un bien mayor, en su caso, la purificación de la raza. ¿No te parece increíble? Como hacemos de las mentiras más salvajes nuestra realidad, sin siquiera darnos cuenta.

He compartido en mis stories de Instagram enlaces de artículos sobre esto que hemos discutido en clase, y he buscado algunos similares en español también ya que me sigue mucha gente de España. Bueno, pues me han respondido como cincuenta personas, una de ellas junto a quien incluso celebraba este día antaño, llamándome *rojo*. No entiendo la ofensa que se supone que debo tomar al oír esa palabra, claramente dicha como insulto.

Es como que me "insulten" llamándome *progre,* que también lo han hecho mucho.

¿Desde cuándo el conocimiento, el saber y aprender; el valorar el progreso, se ha convertido en una ofensa? ¿Algo de lo que avergonzarse? ¿No es acaso lo que han hecho todas las civilizaciones antes de nosotros para llegar a donde estamos?

Lo que nos ha traído el fuego, la rueda, y consiguientemente la electricidad, el internet, los coches, los aviones… Lo que nos da la posibilidad de vivir como lo hacemos, de ser quienes somos, de expresarnos, de extender nuestra esperanza de vida más de 50 años de lo que un día fue… Todo eso y muchísimas cosas más es lo que el progreso significa. ¿Y ahora para algunos es un insulto?

No veo a esta gente que usa esas palabras como insultos cazando animales salvajes en taparrabos y comiéndoselos crudos y a bocados, ni tampoco viviendo en cuevas y tapándose por las noches con pieles de oso arrancadas con lanzas. De verdad que no lo veo.

Sin embargo les veo conduciendo sus coches, trabajando cómodamente en sus portátiles, y usando sus teléfonos móviles de última generación desde donde, a través de sus redes sociales (la digitalización también es parte del progreso) me responden a las stories de Instagram soltando estos "insultos" a mí y a otra gente que promueve abiertamente el progreso del que se benefician.

Me parece, como mínimo, irónico.

Me parece, además, que estas personas en particular solo quieren el progreso que les beneficie directamente a ellos, llegando a bloquear el que simplemente beneficie o reconozca a otros y no signifique nada para ellos.

Lo digo porque me suelen llamar rojo cuando hablo de lo que aprendo sobre la lucha de los derechos LGBTQ+ y quienes me llaman rojo/progre son heteros, cuando hablo de la lucha contra el racismo, y quienes me llaman rojo/progre son gente blanca, y

cuando hablo de los derechos de las mujeres y quienes me llaman rojo/progre son hombres.

¿Usar rojo o progre como insulto no es entonces una manera de mantener tus privilegios previniendo y evitando en el proceso que otros los obtengan también?

Me suena un poco nazi todo eso, la verdad. Yo no voy a dejar de expresarme, aunque cuando lo haga el tonto de turno me diga "muérete puto maricón" y luego "ahhhh, pero es que yo también tengo libertad de expresión para decirte lo que pienso".

Pero a veces tengo que confesarte que me falta energía para todo esto.

Es como que las bases están tan mal y podridas en tanta gente, que no sabría por dónde empezar a tener una conversación decente sin que lo tergiversen todo. Y luego recuerdo que no merece la pena discutir con gente que solo está dispuesta a malinterpretarte, aunque por otro lado la gente a la que pisan y dejan abajo para mantener sus privilegios merecen/merecemos que esa conversación se ponga sobre la mesa. No sé, a veces no tengo ni idea de qué hacer.

El caso es que siento que el 12 de octubre es una buena representación de lo jodido que está el panorama a nivel nacional, histórico y cultural, con casi todo el mundo menos España, parece, llamándolo genocidio, y en España la gente llamándolo "descubrimiento de América". La pena es que habrá muchísima gente radicalmente en desacuerdo con lo que ocurrió ese día pero que lo celebra porque entiende este día como un día de orgullo nacional.

Este día se llamaba antes "el día de la raza española" y marca un punto de no retorno en la historia de la colonización, la esclavitud, y la muerte y sufrimiento de millones de personas, un impacto tan

grande que se extiende hasta día de hoy ese sufrimiento y racismo en millones de vidas.

Cuando estudiaba en Södertälje, leí mucho ensayos políticos de Eric Blair (George Orwell), que había vivido en España durante la guerra civil española y decía algo entre las líneas de que nunca había visto a una prensa y un gobierno mentir tan descabelladamente como lo hacía la española en la época franquista. También señalaba que la historia la escriben los que están en el poder.

Y no es de extrañar, entendiendo eso, que la historia de España, al menos referente al 12 de octubre (y muchas cosas más, seguro) se escribió con la sangre de la gente indígena que fue torturada, violada y asesinada por Colón y sus secuaces, para pintarles de salvajes cuando, en el fondo cualquiera con un poco de humanidad y sentido común (y acceso a la historia completa), podría entender quiénes fueron los salvajes realmente. Por eso se tergiversan.

Con cariño,
Alberto

20 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Te escribo desde el ferry de camino a la costa de Italia.

Grecia ha sido increíble.

Solo hemos estado en Sidari, el norte de la isla griega de Korfu, así que poco hemos conocido de Grecia como país, pero las playas eran preciosas, estaban llenas de acantilados y rocas enormes sobresalientes en el agua, con arenas casi blancas.

Hacíamos un camino todos los días de costa, pasando por tiendas típicas de allí y la parte costera hasta llegar a la zona de las playas, donde había un montón de motos y turistas por todas partes. No había acera, así que en todo momento andábamos por la carretera, pendientes para pegarnos a los muros de los locales cuando pasaban los coches. Exploramos todas las playas del lugar, que no eran pocas.

Yo seguí leyendo el ensayo sobre Asiria, de Radner, pensando en Isak, y te juro que sentía que estaba leyendo una historia de su vida, de su familia. Su historia. Aunque fuera mucho más que eso en realidad.

Y he descubierto que quiero ver el mundo con sus ojos. Visitar los lugares que significan algo para él. Escuchar la música que le mueve. Las historias que le forman. Los libros que le gustan. Quiero empezar todo de nuevo, con él.

Me acabé el libro de Radner cuando esperábamos al barco en el puerto, donde hemos pasado la noche. Desde entonces he estado pensando sobre si Isak y yo seríamos más felices en otra parte realmente, una idea que nunca terminó de convencerme antes. De si, lejos de Estocolmo y de Málaga, posiblemente también de España y Suecia, pudiéramos tener una oportunidad de ser en paz, de sanar sin la constante interrupción de las expectativas de su vida, de lo que le gustaría ser y no es.

En si eso le haría redescubrir quién es realmente, sin nadie recordándole constantemente lo mal que está ser así. Quizá eso podría darle la oportunidad de redescubrir su propia fe también, dejarse sentir y creer, sin que le digan cómo sí y cómo no hacerlo.

Creo que algo así podría funcionar, que podría hacerle más libre, aunque parezca un plan de huida. Y tampoco me parece tan mala idea huir de un entorno que te trata de esa manera, que se apodera

de quien eres y no te deja ser otra cosa a no ser que te exilies. Quizá el exilio no sea tan mala idea si lo hacemos juntos. Y así se convierta en, simplemente, una nueva vida.

Quizá, si fuese él quien me hubiera acompañado a este viaje, no hubiéramos vuelto. Quizá hubiéramos descubierto que la libertad de no tener nada que perder nos da mucho más que todo lo que conocíamos como seguro, como estable, como estar a salvo. Y que quizá estar a salvo no sea tan importante, y tener un propósito supere la idea de la estabilidad y red de apoyo que a veces entendemos como felicidad. Quizá podríamos ser nuestros propios propósitos, juntos y por separado. Tal vez suene raro, pero creo que realmente podría funcionar. Es más, confío, plenamente, en que algo así funcionaría.

Pero bueno, en esto no ha consistido todas las esperas. En nuestros ratos libres, sobre todo cuando sentía que la cabeza me iba a explotar con tanto Isak y Radner (o con los movimientos del barco, no sé), mi hermana y yo también hemos jugado al Candy Crush hasta acabar con los ojos rojos. Y al Mario Kart, que justo ha salido el juego para el móvil, y tenemos una competición por ver quién de los dos sube más rápido de nivel.

Muchas otras veces mato el tiempo haciendo trabajos de la uni, viendo conferencias pre-grabadas y atendiendo a seminarios online. Supongo que lo que sea con tal de matar las horas de espera en el tren, básicamente.

Hemos estado haciendo turnos para dormir porque no tenemos camarote ni cama ni nada, sino que estamos en sillas todos en un mismo salón (el *lowcost* cari) y pues para que no nos quite nadie nada. Ya es de día, y he salido fuera a ver el mar, que me hace sentir tan poca cosa y a la vez tan vivo que creo que es lo que más me gusta en este mundo.

Para ser concretos, te escribo sentado en una plataforma con vistas al mar Adriático, azul y lleno de vida, que con tan solo mirarlo; los kilómetros de mar que nos rodean ahora mismo, me hace preguntarme la de millones de vidas que tendremos a los pies, imperturbables a nuestro paso.

Creo que el mar es la mejor medicina del mundo.

Siento una intimidad tan pura con él que una vez estoy cerca suya, no quiero irme nunca, ni que se vaya. Me hace sentirme tan a salvo. Y no puedo evitar pensar en lo afortunado que soy de haber nacido en Málaga y poder tener el mar tan cerca de mí, cada día del año (que estoy allí claro) durante tanto tiempo en mi vida. Es uno de esos privilegios que doy casi que por sentado pero no debería porque no todos lo tienen.

En unas horas llegaremos a Italia, donde directamente buscaremos la estación de Bari para coger el tren a Montesilvano, que es donde nos hospedaremos, también en la costa. Ya me siento más en casa, viajando por Grecia, llegando a Italia, que, por ejemplo, en Alemania. Sigo sin estarlo, pero a la vez me siento menos lejos. No sé si tiene sentido, pero es lo que siento.

Solo hablo con Isak por teléfono cuando mi hermana está ensimismada haciendo algo y puedo escabullirme un rato a pasear por mi cuenta sin que sospeche nada raro. Ojalá estuviera aquí conmigo, viendo el mar, sintiendo, como yo, que quizá donde estamos no somos nadie, pero a la vez podemos llegar a un lugar en el que ser algo más que todo ese miedo a ser libre.

Aprovechando la flexibilidad y descansos de la uni, he pensado en irme al menos unas semanas a Madrid cuando Isak acabe el curso de PT en Marbella. Así aprovecho para moverme por Madrid y trabajar los detalles del libro con la editorial. Mi editora es un cielo, y mi publicista también. Sé que, técnicamente, podría hacer esas

cosas a distancia (o la mayoría) pero quiero estar allí, en Madrid, mientras eso ocurre, moverme por eventos literarios, crear contactos, y vivir la experiencia preliminar a publicar/relanzar mi primer libro con nada menos que Planeta; que se dice pronto.

Además, Isak seguramente podría cogerse un Airbnb y venirse a Madrid también, que es lo más parecido a la intimidad que tendremos, aunque yo me quede con mis primas y no vivamos juntos.

Con cariño,
Alberto

22 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Esta tarde Isak tiene por fin el último partido del torneo antes de ir a Málaga. Ha estado preparándose para este torneo, y este partido en particular, desde hace meses, y estas últimas semanas el pobre estaba hecho un manojo de nervios. Recuerdo la primera vez que nos vimos en el vestuario hace ya casi cuatro años, y cómo en unos minutos con él sentí más cariño que en todo el año y medio que llevaba viviendo en Estocolmo. Solo quería quedarme en el equipo por él, aunque esa zona de Estocolmo estuviera a casi tres horas de casa y tuviera mil cosas más que hacer que me consumían el tiempo.

¿Te acuerdas cuando salí del primer entrenamiento casi llorando de alegría? Y cómo te alegró el oír lo simpático que era el chico que, nada más verme entrar al vestuario, había tirado todas las maletas del banquillo para hacerme un hueco y que me sentara junto a él. El mismo que al acabar el entrenamiento me había pedido el Snapchat

para ayudarme si lo necesitaba con cualquier cosa. Era como, ¿en serio llevo tanto tiempo viviendo aquí y solo encontré algo parecido a lo que buscaba tan aleatoriamente, tan lejos de donde siempre suelo estar? ¿Y cómo sabía que es lo que estaba buscando si nunca lo había pensado? Pero, ¿cómo podía no serlo, si me llenó tanto de una manera tan simple, tan pura?

Yo no duré mucho en el equipo, porque, mi vida, tan llena de intensidad como siempre, no me lo permitió pero, pensar que de no ser por haber sido asignado a ese club y a ese equipo, de no haber escogido esa hora, de no haberte tenido a mi lado apoyándome (y guiándome porque por aquel entonces seguro me hubiera perdido en esa zona de la ciudad), de no haber conseguido que me prestaran los patines sobre hielo y pasado semanas practicando horas y horas en las pistas de Kungsträdgården; que de no ser por todas esas cosas, nunca habría conocido a Isak, se me pone la piel de gallina.

Es curioso como lo nuestro fue tan instantáneo y a la vez tan extremadamente lento. Cómo encajamos desde la primera vez que nos vimos, pero por circunstancias necesitamos tanto tiempo para darnos cuenta. Para querer verlo. Miro atrás y me parece increíble todo lo que hemos pasado, por nuestra cuenta y juntos. Y, sobre todo, me viene a la mente cuántas vueltas han dado nuestras vidas para acabar así, juntos, cuando parecía tan absolutamente improbable, si no imposible.

El caso es que en unas horas acaba el dichoso torneo, que espero (por su salud mental) que gane. Si no ya tendré tiempo de subirle el ánimo la semana que viene en Málaga.

Esa otra, una cosa (más) que me encanta de Isak es que, como nosotros: siempre está a mil cosas. Es acabar el torneo en Estocolmo y a los pocos días empezar el programa de PT en

Marbella. Siempre tiene algo que le mantiene ocupado, moviéndose y avanzando, y eso me encanta.

Es como que, aunque hagamos cosas tan diferentes, el simple hecho de hacerlas nos une.

La cosa es que estoy deseando que ese avión aterrice en el aeropuerto Costa del Sol y verle, abrazarle después de tantos meses, contarle sobre el viaje de la manera que solo se hace en persona, que me cuente de su vida, el equipo y la iglesia y, sobre todo, comerle la cara a besos. Aunque para eso tenga que esperar a llegar al piso.

Con cariño,
Alberto

23 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Italia me está conquistando.

Siento que la estamos descubriendo dos veces, de dos maneras diferentes. Cuando subíamos por la costa de Bari a Montesilvano, un chico muy majo se nos sentó al lado a mi hermana y a mí y pasamos el camino entero hablando, sin apenas darnos cuenta. El chico hablaba español bastante bien, y no tenía teléfono (ni redes sociales, ni nada mínimamente digital), de hecho, se nos acercó en un principio pidiéndonos la hora. Decía que no quería que la tecnología le quitara la vida.

Es curioso, porque tenía 19 años como yo, y nunca había conocido a alguien de esa edad diciendo algo parecido siquiera.

Montesilvano y Pescara estaban en una zona rodeada de gente paseando en bici a cualquier hora, con el mar de fondo en casi

cualquier parte. Era un lugar tranquilo, donde parecía que la gente era feliz con lo que había y se respiraba un aura de satisfacción con la vida que no sabría describir con palabras, creo que hay que sentirlo. No era bonita tipo Nueva York, su encanto estaba en que, sin haber vivido allí más que unos días, parecía un hogar.

Ahora estamos en el tren cruzando toda Italia para pasar de la costa de Montesilvano a la costa del otro extremo del país: Roma y Fiumicino. Mi hermana está durmiendo (son las siete de la mañana) porque hemos tenido la suerte de encontrar un tren de esos que tiene puertas de cristal que se cierran y no te ven desde fuera, y, aunque no haya camas, tienes intimidad al tener esa especie de habitación, y puedes dormir tranquilamente. El lateral está totalmente cristalizado, así que todo lo que tengo por ver son ciudades y pueblos de Italia. Esta madrugada no podía dormir y me he quedado mirando por la ventana, las luces de las distintas ciudades, hasta que ha amanecido y todo, poco a poco, ha empezado a recobrar la vida.

Yo he estado pensando (para variar) en el viaje y lo mucho que me encantó la primera habitación en la que estuvimos en Italia, entre Treviso y Venecia, con esos ventanales que daban a los canales tan famosos, a la ciudad llena de vida. En las horas que pasamos caminando por esos canales, viendo todo tipo de plantas, de animales que no habíamos visto nunca antes (no todos eran monos; vimos unas ratas que parecían perros de lo grandes que eran, hasta nadaban. De hecho, sigo sin saber seguro si eran ratas u otra cosa por ser tan enormes, pero daban muy mal rollo). En el día que nos quedamos sentados en un banco viendo a unos cisnes lavarse en un canal algo más aislado, más a las afueras y rodeado de verde.

En cómo, detalles y cosas aparentemente insignificantes, son luego las que más recordamos, las que más se quedan con nosotros. También hubo una noche en la que decidimos salir a investigar Treviso y los canales por la noche nos dieron un poco de mal rollo, aunque nos gustó mucho la vida que había por la ciudad y la de gente que había en la calle de noche. Nos recordó a España. O al menos a Málaga. Me recordó al verano, que fue el estado en el que dejamos Málaga, aunque ya no lo sea, y que a su vez (como todo) me recuerda a Isak.

Una noche, este verano, Isak y yo habíamos ido a cenar a un chiringuito en la playa de Marbella. Por raro que suene, comimos kebab de pollo con patatas porque a ninguno nos apetecía pescado, pero los dos queríamos cenar en la playa.

Después de la cena, pusimos varias toallas en la arena (que ya sabes que no me gusta llenarme de mierda) y nos tumbamos en ellas, escuchando el mar de fondo, hablando de cosas que parecían no tener importancia. Me dijo que confía en mí de una manera peculiar; como no lo ha hecho antes con ningún familiar o amigo. Que disfruta abriéndose a mí.

Me dijo que soy el primer chico con quien se acuesta y no se siente fatal y culpable después de correrse. Dice que antes, con cualquier otro, se sentía horriblemente mal, se ponía hasta agresivo, distante y se solía quitar de en medio rápido. Y conmigo, dice, solo quiere abrazarme y protegerme. Que no se siente amenazado por mí, que le hago sentir como en casa y puede ser todos los Isaks conmigo, el de antes y el de después.

Yo no pensé más allá, solo le abracé y me tumbé en su regazo pero, ahora, en el tren, he recordado lo que dijo, y creo que es porque le gusta quién es cuando está conmigo; que sabe que puede ser quien quiera, a salvo.

No hacían falta las palabras cuando estábamos juntos, pero ahora que estamos lejos, espero que sepa que a mí también me gusta quien soy cuando estoy con él.

Al Alberto de antes, y al de después.

Con cariño,
Alberto

25 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Ya estamos en Fiumicino, después de unos días en Pescara y Montesilvano y cruzar toda Italia hasta Roma. Roma fue bastante espectacular aunque, como Venecia, estaba exageradamente llena de gente por todas partes, lo que de nuevo me sorprende estando en pleno octubre. No había visto algo igual antes, en temporada baja supuestamente, una ciudad tan llenísima de turistas en todos lados. Aún así, llenos de cansancio y con las maletas en las espaldas, nos pareció un sitio mágico y encantador.

Ojalá pudiera hacerte sentir todo lo que he sentido tan solo estos últimos días, ya ni hablar desde que empezó el viaje a principios de septiembre, hace ya casi dos meses.

Anoche, la última noche antes de volver a Málaga, mi hermana y yo nos separamos (es decir nos matamos vivos, me gritó una vez más "maricón de mierda") y ella se fue a una playa y yo a otra. Me senté en las rocas a ver el atardecer y llamé a Isak por teléfono.

Le dije que tenía muchas ganas de que estuviéramos en Málaga la semana que viene, para reencontrarnos. Que quería sentirle, abrazarle, olerle, besarle, despertarme junto a él y tenerlo en todas las partes de mi cuerpo.

Que quería escucharle, verle sonreír con esa mueca tan sexy que tiene cuando lo hace, hacerle reír, darle la mano y contarle todo el viaje, como le había prometido, en persona, mirándole a la cara. Que quería mirarle a la cara y no dejar de hacerlo, y que no me importaba nada más. Que la vida era demasiado corta y llena de complicaciones como para permitir, siquiera, que me importara algo más. Y en decirle todo eso, supongo que di a entender lo que sentía; le quiero. Y me da igual que nadie más lo sepa mientras lo sepamos nosotros.

Él me ha respondido diciéndome que nunca había sido tan feliz, que soy lo mejor que le ha pasado en la vida y se siente mejor que nunca cuando estamos juntos. Y que ha comprado un par de botes de vaselina para cuando nos veamos.

Ahora te escribo desde el aeropuerto de Fiumicino, con mi hermana durmiendo al lado (es una marmota, por si no te has dado cuenta aún). Vamos a pasar el día y parte de la madrugada aquí, hasta que salga el avión a Málaga.

Este superviaje por Europa ya se acerca a su fin, en unas horas ya estaremos de vuelta en España. Anoche, en la playa de Fiumicino, sentí más fuerte que nunca que quiero ambas cosas, irme y seguir aquí.

Volver y quedarme.

Todo ha pasado más rápido de lo que imaginaba, como siempre, pero en este momento mientras esperamos el avión entre tanto desconocido, una parte de mí está deseando llegar a casa, darme una ducha y tumbarme en mi cama con un buen libro. No es que no haya hecho eso un gran número de veces estos últimos dos meses, pero no eran mi ducha ni mi cama. Ni tampoco estaba en casa.

Así que supongo que no es lo mismo.

Con cariño,
Alberto

III

Eres un lugar precioso para ser libre.

—BAYDOUN

27 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Pasado mañana Isak llega a Málaga, pero su curso para especializarse en lo del advanced personal training no empieza hasta la semana que viene. Yo y mi hermana llegamos de Roma anteanoche, y fue una fantasía volver a pisar el aeropuerto de Málaga después de tanto tiempo a la aventura. Nos faltó lamer el suelo vaya. Sin duda la mejor parte muchas veces de irte es volver.

No sé.

Me encanta viajar, me encanta conocer el mundo, sus culturas y su gente. Empaparme de todo y volver lleno. Me encanta salir y vivirlo todo. Sentir que mi vida podría escribir libros, y que siempre faltarán hojas para llenarlas con la historia de mi vida. Me encanta sentirme vivo. Quiero vivir una vida intensa, rápida y a la vez casi a cámara lenta. Me encanta salir ahí fuera, vivir, y sobre todo enamorarme de todo lo que este mundo tiene que ofrecerme.

Pero a la vuelta, semanas, meses, o años después, me encanta conectar con mi tierra aún más. Apreciarla. Descubrir diferentes maneras de sentirme en casa, de encontrarme en casa, cuando me voy. Cuando vuelvo. Cuando me vuelvo a ir. Cuando lo estoy. Sentirme en casa, dentro y fuera de ella. Una y otra vez.

Con cariño,
Alberto

28 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Tú sabes bien que no me gustan las etiquetas (aunque no lo parezca, pero *gay* ha sido más como un tatuaje a fuego de los que les ponen a los pobres caballos en lugar de una etiqueta elegida).

La cosa es que he descubierto que, como básicamente he sido siempre, con mis idas y venidas de que hoy quiero vestirme de novia, hacerme las uñas, o me siento tan femenino, a mis momentos de machorra (o intento al menos), más todo lo que siento entre medias, de estar entre dos mundos, e ir fluyendo entre ellos según me sienta; que todo eso, tiene un nombre. Y se llama ser género fluido.

No estoy seguro que me defina, pero me recuerda a cosas que he sentido.

Nunca me he identificado así (con la palabra digo) aunque bueno, tú sabes que siempre me he sentido diferente al resto de chicos.

Pensaba que quizá sería una mujer trans durante casi toda mi infancia porque realmente no me sentía bien siendo chico una gran parte de veces. Pero otras veces sí. Y no sabía que podía ser así. Es como que en mi mente tenía que ser femenino o masculino. No podía estar entre medias, ni ser unos días mucho más una cosa y otros días más la otra. Siempre pensé que tenía que elegir, y que a la vez, no tenía elección.

Otras veces sentí presión por ser algo que no era, incluso de parte de personas con buena intención como mis amigas cuando me recomendaban series de chicos femeninos que transicionan, o narrativas trans, diciéndome que les recuerdan mucho a mí y que me querrán sea como sea, o incluso llegando a decirme "cuando des el paso". O cuando me dejé barba y me empezaron a decir muchas

personas que “no quería decirte nada, pero estás mucho más guapo ahora, pareces un chico”. O cosas como “pensé que algún día me dirías que quieres ser una mujer, no pensé que fueras a hacerte más hombre”. O también cuando me quité las uñas y un chico gay me dijo con un claro tono de decepción en su expresión: “antes eras un símbolo, qué pena que ya no las tengas”. Todo esto a veces me deja en un espacio en el que me cuesta entender lo que yo mismo siento.

No estoy seguro siquiera de cómo me siento a día de hoy al respecto, pero supongo que una parte de mí se sintió más en paz al leer sobre lo de género fluido y cuánta gente más se siente y se ha sentido de esa forma. Aunque no les conozca.

Con cariño,
Alberto

29 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Isak me está ayudando a entrenar, y no veas qué caña le da el cabrón. Yo siempre he sido la queen del gym porque solía ir con mis amigas y siempre levantaba mucho más peso que ellas, a veces hasta les ayudaba con los ejercicios. Pero con él yo soy mis amigas.

Estoy del Mr Olympia, el PT y el Schwarzenegger un poco hasta el pusi ya, pero bueno.

Hoy era su primer día en Málaga y aun así hemos ido al gimnasio, a uno al que ninguno solíamos ir, y se ha cebado conmigo vaya.

Yo creo que desfoga el cariño que no puede expresar en público torturándome en el gimnasio, tiene que ser un fetiche o algo, porque esto no es normal.

Esta tarde, a las pocas horas de recogerle del aeropuerto, estaba yo en las máquinas esas de piernas que tienes que sentarte y empujar con las piernas el peso que pongas, y él empezó a empujar con los brazos para que pesara más y yo tuviera que empujar más fuerte. Me entró la risa tonta de "verás cuando me baje de aquí marica" y al principio no podía, pero con tal de callarle la boca empujé y al final sí que pude.

Dice que me disperso mucho en el gimnasio. En el gimnasio y en todas partes abe. Me dispersa estar con él. Mi mente no lleva bien lo de dejar de pensar y siempre le termino contando cosas o haciendo preguntas. La primera vez, él empezó contestándome con sus típicas maneras educadas y sutilmente intentando meter las pesas en las barras y hacerme entender que nos pusiéramos al lío. Yo entender lo entendía, pero seguía hablando. Hasta que terminó casi que por meterme él de un puñado en la máquina y decirme "yallah marica, empuja y calla un rato" con una sonrisita para suavizarlo.

Es la primera vez que me dice "marica" creo, como yo siempre le digo.

Estaba pensando en eso mientras hacía el ejercicio hasta que, notando, supongo, que estaba disperso otra vez, volvió de nuevo para hacer fuerza extra con su cuerpo en la máquina para que me concentrara y me puse al lío rápido, antes de que le diera tiempo.

Lo último que pensé fue en que o dejaba de desconcentrarme, o lo hacía cuando no mirara. No volví a dispersarme más, aunque ese fue el último ejercicio que hice.

Después, como siempre acabo de entrenar antes que él, e Isak suele pasarse mucho tiempo ayudándome con los ejercicios, él casi que empieza en serio cuando yo termino, y me tiene de reportero para hacerle sus vídeos de bodybuilder levantando pesas. Levanta todo el peso en todas las máquinas casi. Me siento su hijo yendo

juntos al gym abe, pero bueno, me llevaba tiempo insistiendo en que le hacía ilusión que entrenáramos juntos en su primer día aquí. Él es la queen allí en el gym. O su novio, mejor dicho.

The queen and her husband.

Me gusta la idea.

Con cariño,
Alberto

30 de octubre, 2019

Querida Sofie,

Desde ayer estoy como en una nube. Anoche, al acabar el entrenamiento, Isak y yo nos bañamos en la playa (casi en noviembre, sí, porque viniendo de Suecia, cualquier cosa es verano) y después cenamos espetos en un chiringuito con vistas al mar. Pusieron la canción de *Young and Beautiful* de Lana del Rey y no sé qué fue más raro, bañarnos en noviembre en la playa o que en un chiringuito de Málaga pusieran esa canción. Pero me encantó. Me sentí como en un sueño, como en una película.

Supongo que es porque no estoy acostumbrado a moverme en mi ciudad por los sitios por los que me muevo con él, donde todos son extranjeros básicamente, y, cuando estoy con él aquí, parece que hasta estamos en otra Málaga distinta a la que yo siempre he conocido, a la Málaga de mi pueblo o a la Málaga del centro o incluso de la costa. Y me encanta que haya tantas Málagas, y unas sean tan distintas a las otras, y que las estemos descubriendo juntos.

Me encanta cuando hacemos planes solo los dos y, aunque sea solo por un momento, llegamos a parecer algo similar a una pareja

que no se esconde y se muestra tal y como es ante el mundo. Sin vergüenza, ni miedos. A veces creo, en instantes aislados, aunque sea, que incluso nosotros mismos llegamos a creernos la mentira que vivimos de no ser más que amigos. O bueno, mejor dicho, amigos que quieren ser algo más pero que no se atreven, ni a solas ni ante el mundo.

Cuando nos estábamos bañando anoche en el mar, a solas pero de alguna forma rodeados de gente, caí en la cuenta de que, en el fondo, eso es un poco lo que somos.

Anoche dormimos en el apartamento que tiene alquilado en Marbella. Estamos aprovechando los últimos días antes de que llegue el resto del equipo de Tränare para el PT, y tengamos que tener incluso más cuidado.

Hoy hemos paseado por un camino de madera que hay desde su apartamento hasta el sitio donde en breves estará entrenando todos los días; una especie de gym al aire libre. Es un camino casi entero por la playa, en una especie de puente de madera marrón muy bonito.

Después hemos comprado cosas y hemos cocinado en el piso. Bueno, ha cocinado él y yo le miraba y le hacía compañía. Tú sabes que cocinar no es lo mío (lo odio), pero la verdad es que hoy no me hubiera importado hacerlo. Lo que pasa es que a él le encanta hacer él solo la comida y tampoco me iba a pelear por cocinar, la verdad.

A la tarde entrenamos, y después compramos una tarrina de Ben & Jerry's Cookie Dough y nos la tomamos de una sentada en una toalla tirados en la arena. Al acabarla, dijo que solo toma helado una vez a la semana, que es su único cheat meal. Yo le miré con la mueca de media sonrisa y enarcando las cejas, mi cara de "eso no te lo crees ni tú".

A Isak le hace gracia que, a veces, cuando explico algo, lo hago dibujando en mi pizarra, y si no la tengo cerca, en cualquier papel o lo que sea que tenga a mano, incluso las notas del móvil.

Me sale solo, es una costumbre que tengo de hace muchos años. No sé si empezó en Södertälje o antes. Siento la necesidad de ilustrar mis palabras, mis ideas, mis sentimientos visualmente, y claro, a veces (sobre todo cuando lo hago en una pizarra) y lo tengo sentado en la silla, parece que le estoy dando una clase a un niño hormonado de preescolar que mide metro noventa. Y me mira con una mueca de sonrisa mientras yo estoy toda entregada a la labor de los dibujitos, cambiando de colores incluso, de formas y estilos, a veces simples garabatos, hasta diagramas de Venn, otras, bocetos, líneas, o incluso auténticas obras de arte a carboncillo.

Y mientras, de reojo, yo también le sonrío.

Con cariño,

Alberto

1 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Me pregunto qué es lo que hará que nos guste alguien. Que nos llame la atención o no.

Me causa eso incluso más curiosidad que lo que hará que nos enamoremos de alguien, porque en mi opinión el amor tiene más base en la construcción mutua, compromiso, cariño y respeto, y por lo tanto es más predecible que una simple atracción.

Pero la atracción está o no está, suele surgir de la nada, sin que nadie la ocasione ni condimente. Sé que hay muchos tipos, que

algunas surgen del aprecio y el roce, otras de la admiración y demás. Pero, por ejemplo, en muchos otros casos, una foto es suficiente para que esa atracción se dé. Y podría reducirse a "a mí me gustan los chicos con ojos azules y altos" pero no, porque no te van a gustar absolutamente todos los chicos de este mundo con ojos azules y altos.

Me pregunto qué nos hará decantarnos apasionadamente por algunos, obviando completamente a otros con las mismas características, aun sin conocer a ninguno de ellos.

No sé, me parece interesante.

Con cariño,
Alberto

2 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Me da que Isak se cree que soy alguna clase de experto en cuidados de la piel y esas mierdas (supongo que por ser marica) pero no se lo discuto porque siempre confía en que sé lo que estoy haciendo cuando me aburro y me da por echarle cualquier potingue que pillo/encuentro en un cajón. Él se cree que le estoy haciendo algún tratamiento con sentido o algo así y se deja hacer, modo sesión de belleza y todo.

Con la ropa igual, solo por hacerlo yo, lo ve bonito, aunque lo deje hecho un cuadro.

Aunque esto último tiene algo más de sentido porque soy la queen de styling, todo hay que decirlo. Pero lo de las cremas no tiene perdón vaya.

El gay privilege abe.

No sé por qué me gusta experimentar tanto con las cremas, la ropa y todas esas cosas. No es que me pase con todo el mundo, pero con él es exagerado. En verano cuando me daba la vena lo tenía que parecía un muñequito. Si no era con la ropa, con cremas, sérums, uñas, pelo, pestañas, cejas, cacaos... él solía simplemente sonreír y dejarse hacer.

Aparte de que lo pasamos muy bien, creo que a una parte de mí le atrae mucho la idea (sobre todo con él) de que sea capaz de dejarse ser un muñequito con todas estas cosas "femeninas" y que no pase nada, ya que estoy acostumbrado al rollo de los típicos niñatos idiotas de mi pueblo que van de machirulos con su "yo no me X que eso es de maricas / que yo soy un tío / macho" o cualquier otra burrada, cuando luego son los primeros que se rompen una uña y tiene que venir la UCI a por ellos.

Supongo que me da mucho gusto el hecho de que con él sea diferente, y que, aunque solo sea así cuando estamos a solas, no haya ningún muro invisible de falta de respeto o dignidad hacia lo femenino, o lo que no sea hipermasculino. Creo que él también es consciente de lo que eso significa para mí.

Por otro lado, desde que vine del viaje he estado usando una especie de sérum exfoliante corporal que me compré en Croacia. Bueno pues el sérum ese deja la piel súper suave y oliendo genial, que la verdad es que yo siempre he tenido la piel suave de por sí, pero no sé, me pareció curioso y me gusta echármelo. Además huele increíble, Isak se lo esnifa vaya.

Aparte, me dio la vena hace unos meses y me pedí por Amazon unas pastillas de fibra con aloe que le vi a un chico influencer y que se supone que ayudan a regular el tránsito. O como dice el chico, *not to stain the d*. Y también un aceite que hidrata la zona para que esté siempre popping. Y ya por último pues el enema.

Ahora que lo estoy pensando es injusto que yo tenga que hacer toda esta mierda para prepararme y él con un agüita va que chuta. No me hace ninguna gracia la verdad. Porque vale, sí, nos vemos relativamente poco, pero es tan intenso todo siempre que acabo pensando todo el rato en lo que como, en las pastillas de fibra, el exfoliante y todas esas mierdas, mientras él se come lo que le da la gana y no se preocupa por nada. Encima el enema es malo para la salud parece, he estado leyendo que daña los intestinos el usarlo demasiado a menudo.

No es que siga taaaan a rajatabla todas estas cosas porque si me pilla la vena perezosa le digo al niño que ajo y agua, pero aun así es exagerado lo mucho que tengo que hacer yo y lo poco que tiene que hacer él, que es prácticamente nada. Yo no sé si existen cosas mágicas aquí que les eviten todas estas preocupaciones a los que lo recibimos, pero si lo hay yo no lo conozco abe.

Alguna que otra vez, más bien durante el verano, me lo he tirado con algo de tirria, aunque no quisiera sentir eso; me salía solo del puto ritual que tenía que hacer antes solo para eso. No podía evitar pensar *you better fuck me good with all this fuss I made*. Otras directamente ni me lo he tirado aunque quisiera porque no me sentía limpio. Y la cosa es que no creo que sea posible de manera natural sentirte limpio por el sitio en el que, entre otras cosas, cagas, no sé. Llámame raro. Pero creo que, ya que no tengo acceso de ningún tipo a educación sexual gay y cosas así, tengo que tomarme estas cosas un poco por mi cuenta según mi juicio y experiencia, que quizá en temas de salud o que simplemente desconozco, no siempre es lo mejor.

Hemos hablado también alguna vez del poppers y cosas de esas, que resulta que son unos botecitos que huelen horriblemente mal y te dilatan. No me tomo esa mierda ni harto de vino. Como siempre,

todo enfocado a que me lo tome yo abe, que parezco un agujero andante.

En fin, a mí cuidarme no me importa, y es algo que me gusta, como por ejemplo los exfoliantes esos que me dejan la piel limpita y los aceites que hacen que me brille la piel como a la Beyoncé. Pero meterme ese repertorio de cosas, de agua a presión, y demás, no se siente siquiera como cuidarme. Me resulta, aparte de incómodo, raro, no sé, como que qué hago yo haciendo toda esta mierda si el otro no tiene que hacer nada.

Le voy a comprar una crema tipo desodorante que he visto en Amazon para que se la eche en los huevos, que se supone que mantiene sus partes más limpias y suaves contra el sudor, el paso del tiempo y esas cosas. Sobre todo con tanto entreno que a veces parece su ingle el Niágara. No sé si servirá, pero al menos es algo más que un agüita y nada más.

Con cariño,
Alberto

4 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Me he tenido que inventar que me gusta un chico porque ya estaba dando demasiado el cante con algunas de mis amigas. Cada vez que, estando con ellas, Isak me hablaba y se me ponía esa sonrisa de tontita, todas las veces que estaba ocupado día tras día sin poder hacer planes ni dar explicaciones, la cantidad de tiempo que pasamos juntos. A veces, incluso, oler a él.

Les he dado a entender que no quiero hablar del tema, pero que es Liam.

Me es fácil dar a entender eso porque ya lo he sentido antes, y como él ni se entera, no le hace daño a nadie. Hablamos a menudo, Liam y yo, nunca dejamos de hacerlo. Somos amigos, le aprecio y creo que él a mí también. Quizá algún día venga a Málaga. Cuando me mudé, esa idea me daba un vuelco al corazón "Liam visitándome, recorrer juntos Marbella, Nerja, el centro y la costa". Ahora simplemente siento que sería divertido y estaría guay verle y pasarlo bien juntos. Es alguien especial, no como un simple conocido o alguien que conoces de inercia. Nosotros sabemos por qué.

Así que por eso creo que es el indicado para, como te digo, no decir, pero sí dar a entender, que podría haber algo entre nosotros. Y que todo lo que se pudiera sospechar, pensar, o incluso preguntar, vaya dirigido ahí, y nos deje a Isak y a mí espacio para ser lo que nos dé la gana, sin sospechas de pasar "demasiado" tiempo juntos.

Con cariño,
Alberto

5 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Isak me está enseñando árabe, y yo a él español. Estamos usando textos básicos, prestándonos libritos o cosas que tenemos cada uno para practicar a leer y hablar poco a poco, y no nos está resultando tan difícil, porque yo ya sabía un poco de árabe de tantos años en Södertälje y estaba muy familiarizado con el idioma y sobre todo la cultura, y él también estaba familiarizado con el español porque lo estudió en clase de pequeño durante muchos años.

Yo me he puesto el móvil en árabe y él en español, y eso sí que nos está resultando bastante complicado. No paramos de

preguntarnos “qué pone aquí”, sobre todo, porque todo se nos traduce a mí a árabe y a él a español en internet, redes sociales y demás, y al menos a mí me cuesta a veces encontrar la información que necesito con la uni y demás.

A veces directamente cojo su móvil y él coge el mío y buscamos noticias o cosas que queremos saber pero que ahora a él le salen en español y a mí en árabe. Con todo y eso, me gusta.

Me recuerda a él cada vez que abro el móvil.

Me gusta cuando no estamos juntos y miro el teléfono, y sé que aunque no entiendo algo, él sí lo entendería, y me lo explicaría.

Es como llevarle a todas partes, y que todos puedan verlo, incluso cuando no estamos juntos y aunque nadie nos vea.

Con cariño,
Alberto

7 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Están siendo las mejores semanas de mi vida. No estoy haciendo nada especial, ni viajes de mochilero ni planes llenos de aventuras, sino que más bien estoy pasando mucho tiempo con Isak. Vamos a la playa con mi perro, y hablamos de todo un poco con el mar de fondo, a veces abrazados, otras, simplemente cerca.

Por las noches dormimos entrelazados, o mejor dicho, él me abraza y yo me engancho a su cuerpo como un koala salvaje, con el edredón tapándonos hasta arriba.

Otras veces nos acurrucamos en el sofá cuando no hay nadie, a ver películas con chuches, manta y palomitas, a veces con la lluvia de fondo. De vez en cuando también jugamos a la play, que se la ha

traído, y le encanta. Es buenísimo en todos los juegos que me pone, siempre intento jugar en su equipo para que no me apalice la marica. Pero a mí la play a la media hora ya me aburre la verdad, aunque muchas veces sigo jugando porque sé que él está en su pleno apogeo.

También hemos hecho repostería en forma de kuk, que tenía ganas, y me dijo que me las comiera de su cuerpo y él se dejaba hacer lo que yo quisiera. Me las comí (como si me hubiera costado abe) y lo tengo hecho un cromo. Ya le he hecho las cejas, las uñas, el bigote, mascarillas de princesitas Disney que pillé por Amazon, y hasta le he maquillado. Le pongo mi ropa, mis anillos y hasta algún tanga, y hacemos pases de modelo, a ver quién es más queen. O mejor dicho, los hago yo y él me imita como puede. A eso siempre gano.

La verdad es que me encanta que se deje hacer de todo. Yo en general ni me pongo algunas de esas cosas por mi cuenta, aunque me gusten, pero me gusta hacerlo con él, y la confianza ciega que pone en mí al dejarse hacer, como si yo tuviera idea de lo que estuviera haciendo, me enternece mucho. También leemos juntos en la cama, o más bien yo leo y le recomiendo un libro que él hojea y luego aparta para empezar a besarme el cuello y acariciarme la cara. El resultado es que ninguno acabamos leyendo y yo acabo preggers, pero bueno, los libros estarán ahí siempre y él se me va por las mañanas a sus entrenamientos de PT.

También entrenamos juntos, aunque a su lado me siento un soplo de aire, pero me ayuda a entrenar más fuerte y a comer mejor.

Estar con él me llena.

A veces, cuando estamos haciéndolo, y está encima—y dentro—de mí, sonriéndome, besándome, pienso en que nunca creí posible sentir cosas tan intensas, tan bonitas. Y en lo feliz y agradecido que

me siento por esta vida. Por él. Todo pierde importancia, y hasta lo más urgente, importa menos, cuando estoy con él. Te juro que nunca pensé que sentiría todas estas cosas, que tendría la oportunidad de sentir todo lo que estoy sintiendo, sobre todo cuando pasó lo que pasó allí en Suecia. Cuando sentía que esa sería mi vida.

Cuánto me alegro de haberme equivocado.

De seguir aquí.

Con cariño,
Alberto

8 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

A veces siento que estas cartas son mi refugio de todo lo que no me gusta, con él. Aunque no te enseñe fotos suyas, y no te hable demasiado de sus detalles personales. Pero francamente siento que si no lo escribiese explotaría.

A veces siento que todo lo que tengo para expresar mi orgullo de tenerle, de dejar constancia de que lo que tenemos es real, que lo que siento por él no es un sueño, son estas cartas. No podría llevarlo de la manera en que lo llevo, de no ser por eso. Creo que perdería mi esencia entre tanta mentira. Me olvidaría de la verdad, el vivir fingiendo con todo el mundo algo diferente a lo que es. No sé cómo lo hará él, y es un tema delicado que nunca quiero tocar sin que sienta que él está preparado. Que no suele ser nunca.

Creo que el problema es que nunca ha tenido amigos como tú. Y quien dice amigos dice familia, conocidos, personas que le quieren, alguien que le cale en esa posición de influencia mientras crecía.

Creo que la gran mayoría de personas, de hecho, tampoco lo han tenido. Que ni siquiera entenderían lo que tenemos, lo que hemos creado.

Nadie entendería lo que tú y yo somos. Nuestra relación. Nuestra manera de ser. Nuestra lealtad. Nuestra forma de ser uno. Tú no eres una mejor amiga, una hermana, o un alma gemela siquiera. Eres parte de mí, al igual que yo soy parte de ti. Nuestras vidas, nuestro ser, nuestra alma, está tejido junto, es inseparable. Compartir contigo es ser; no dar. Viene natural a mí ver todo de ti como algo mío, mostrarte todo de mí como algo tuyo.

Tú eres algo diferente, hayati. Nada que puedan entender.

Y por eso desearía algo así para él. Saber, o haber sabido, a lo largo de los años, que puede confiar en que alguien le apoye y le quiera indiscutiblemente por lo que es, por lo que le sale ser en todos sus aspectos.

No sé, cuando estamos juntos parece más feliz, más divertido, espontáneo, más vivo. Parece más él. Creo que sería mucho más feliz siendo así todo el tiempo, y no solo cuando está conmigo.

Espero—y creo—ser ese alguien para él, pero lo que de verdad quiero es que acabe encontrando todo eso en sí mismo, independientemente de si yo estoy o no.

Con cariño,
Alberto

9 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Me vas a perdonar porque me voy a poner ordinaria, pero es que estoy hasta el puto pusi de la mierda de "las buenas y las malas

personas".

De esa gente que finge que el mundo se divide en buenos y malos, como si no fuéramos todos un poco de ambas (algunos mucho más que otros, está claro).

No me toca el pusi porque sí, porque le tenga manía a la expresión, sino porque pienso que minimiza completamente la complejidad del carácter y personalidad humanas. Es esa falsa superioridad moral que Juan siempre usa contra mí, asumiendo que mis acciones son las típicas de "la mala persona" como si él tuviera algún derecho a decidir quién es buena y quién es mala persona.

Ejemplo práctico: cuando por mi cumpleaños acepté la opción automática de Facebook para crear una donación con motivo de mi cumpleaños, y elegí a un grupo de prevención contra el suicidio. Juan me llamó hipócrita y manipulador porque decía que, en el fondo, yo quería regalos de cumpleaños por su parte (él me había preguntado la semana anterior qué regalos quería: hace muchos años que nos hemos regalado mutuamente), y que solo ponía lo de la donación para quedar bien. Dijo también "mando tus regalos de cumple a esa caridad y no te regalo nada, ¿no?".

Ni que decir tiene, que cuando él me dice de ir a comer el día antes de mi cumple y me repite en mitad de la comida que soy "un maricón de mierda" y hace alusión a años de bullying que viví en Suecia como "tonterías que te inventas para vender libros", que él "también podría hacerlo", eso es desde su fibra de buena persona. Algo que las malas personas como yo, pues claro, no entendemos.

A otro perro con ese hueso marica. Es que es una gilipollez suprema, vaya. Típica de los que dicen que no ven color, o que comparten un vídeo en Facebook de un niño blanco y uno negro con el título "este vídeo acabó con el racismo" con emojis de corazones. La misma gente que dice que la única raza es la raza humana, y

todas esas cosas, como si en su mundo extremadamente simple, también conocido como el mundo de la piruleta, el racismo fuera un problema de daltonismo.

No he pensado mucho en él, pero desde antes del viaje, no le hablo a Juan. Él sigue hablándome para provocarme, amenazarme y demás, pero ya he dejado, literalmente, de responderle. Y la verdad, me siento mejor así.

En fin.

El otro día Isak y yo estábamos hablando de los tipos de relaciones, las relaciones abiertas, las cerradas, las mixtas o como se llamen (que solo se acuestan con otra gente juntos o algo así), las infidelidades, y demás.

Me ha preguntado que yo qué haría si él me fuera infiel, y yo le he confesado que le quemaría el coche. Me ha salido automático, como cuando el médico te da en el codo o la rodilla con el martillo ese y se te levantan solos, pues igual. No es ni una pregunta ni una respuesta que me esperase, pero te aseguro que me ha salido de lo más sincero del alma abe. Él se ha reído pensando que era una broma o algo, y cuando ha visto que no me reía, me ha preguntado que si hablaba en serio. Le he dicho que claro que sí.

Es que a ver. Imagínate. Tú y yo tenemos una relación basada en la confianza y el respeto. Nos queremos, compartimos nuestro tiempo y cariño, creamos proyectos de vida juntos. Y, a nivel personal, consigo confiar en un hombre después de toda una vida básicamente sin ser capaz de hacerlo. De traumas con el instituto, con ese cóctel de homofobia. Juan. No haber conocido hombres cercanos de confianza y que solo me quisieran usar para acercarse a amigas u otras cosas, y demás mierdas de esas.

Y ahora tú te pones cachondo y en un momento destrozas todo eso, después de haber concretado los límites de nuestra relación,

qué permitimos y qué no (y acostarnos con otros desde luego no es algo que permitiéramos nunca). ¿Se supone que ahora yo debo aceptar ese trauma, encajarlo como si nada, y perdonarte? O mostrarme "borde" o "distante" de vez en cuando, ¿como si eso fuera una penitencia por ser un cabrón de mierda que ha destrozado mi capacidad para entregarme y confiar realmente en mi pareja?

Sigue soñando marica.

Si es que decidiera perdonarte, fuera por la circunstancia o porque me diera la gana, querría que fuera en términos igualitarios, y no yo tragándome tu mierda y asumiendo la posición del profundo intensito que perdona porque ama tanto que su propia dignidad pasa a un segundo plano, y tú el cabrón rebelde que la lía y "comete errores", pero que tiene "buen fondo".

Y vamos, que le dije el coche porque sé que ama su coche, pero que si no le diría otra cosa que signifique algo importante para él. La imaginación no es un problema. También, ahora que lo pienso, tendría que asegurarme que no lo tenga a todo riesgo, porque sino es un follón y luego para nada, la verdad.

Luego pensé también que a veces soy un puto bocazas. Seguro que ahora por habérselo dicho si me los pone se coge un seguro a todo riesgo y tengo que pensar otra cosa.

En fin, luego hemos estado comentando lo común de las relaciones abiertas entre gente no hetero, y a ninguno nos va mucho la idea. No sé si cambiaré de parecer el día de mañana, pero por ahora no me va lo de compartir al churri. Mucho que podemos estar solo en secreto, como para además añadirle pasarnos por la piedra a quien nos dé la gana. Pero vaya, que entiendo perfectamente que otro tipo de parejas elijan hacerlo así en sus circunstancias.

Con cariño,
Alberto

10 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Toda la gente que le ve conmigo no para de preguntarme *¿es gay?* Y sinceramente, cuando me lo dicen me gustaría responder, o bien, *pregúntale a él*, o bien, *¿a ti que te importa si es gay o no?*

No puedo con la gente que va de inocente haciendo siempre este tipo de preguntas invasoras e inapropiadas y poniéndote en un compromiso porque, si digo algo del estilo de *pregúntale a él* o señalo que es una pregunta inapropiada, automáticamente van a asumir que es gay.

Y en realidad tampoco me gusta decir que no lo es ni dar a entender que no le gustan los chicos, porque aunque ya sea partícipe de su mentira de muchas otras maneras, siento que nos quitan algo que es nuestro cada vez que un extraño que ni le conoce (y que a veces ni me conoce prácticamente a mí siquiera) se entromete con preguntas de ese tipo, forzándome a mentir innecesariamente a una persona que posiblemente nunca trate con él siquiera, solo para satisfacer su curiosidad/morbo sobre algo que ni le va ni le viene.

Me gustaría saber por qué la gente piensa que es aceptable preguntar tanto esas cosas con la excusa de la curiosidad, como si con quién se acuesta cada uno fuera algo de debate popular (irónico porque lo es). Pero no debería serlo.

Por otro lado, nunca me han preguntado si es bi.

Parece que si a un hombre le gustan los hombres es imposible que también le gusten las mujeres, o al menos no se tiene siquiera en cuenta. A veces realmente siento que Isak, al no verse representado en ninguna parte, y sabiendo que no es gay, termina creyendo realmente que es hetero. Hay una especie de aura invisible en todo

lo que rodea a la bisexualidad (según mi experiencia) que a efectos prácticos parece presentar a un chico abiertamente bisexual como un gay reprimido, o, si lo lleva a escondidas, un hetero que en secreto se acuesta con chicos. No sé.

Pienso que, por otro lado, entre el plan que hay en el mundo con la homofobia y tal, nadie quiere realmente ser gay (si tiene elección), y eso hace que muchos chicos bi abracen su identidad que pasa por hetero mucho antes que la que pasa por lo más parecido a la gay o básicamente no normativa (LGBTQ).

Sé que puede parecer exagerado, pero todas estas cosas afectan más de lo que uno se imagina. Y, como te decía, cuando todo el mundo actúa así una y otra y otra vez, preguntándote si todo el que te rodea, es gay (con todas estas connotaciones añadidas), te terminas cansando.

Parecerá extraño, pero en mis años en Suecia, nunca me preguntaron si los chicos con los que iba y quedaba eran gays o no. La cultura sueca es completamente distinta con esas cosas, tú lo sabes. Allí cada uno va a lo suyo y a nadie se le pasaría ni por la cabeza coger de buenas y preguntarte sobre alguien a quien ni conoce, pero ve contigo "oye, ¿ese es tu novio? ¿Es gay?". Eso es *done in Spain only* parece.

Y a ver, hay muchísimas cosas de la cultura española que me encantan, sobre todo de mi cultura andaluza. Principalmente lo abierta que es la gente. Pero hay una diferencia entre ser abierta, cálida, amigable, etc., y ser maleducada. No todo el mundo es así evidentemente (menos mal) pero vaya. Y por otro lado la gente "nórdica" nunca me ha preguntado nada parecido. No sé. Al final todo viene con sus pros y sus contras, pero en estas ocasiones echo bastante de menos la discreción y prudencia de la cultura sueca. Creo que allí podríamos ser más libres. Si no fuera porque no

vivimos la cultura sueca cuando estamos en Estocolmo, sino la árabe-asiria.

Y con esta última cultura, la discreción y prudencia no son una opción; son *la* opción, si eres gay, bi, o lo que sea. Porque la *otra* opción a vivir escondiéndote, es temer por tu vida.

Con cariño,
Alberto

11 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Ojalá tuviera más fotos con Isak, y no siempre tuviera que pensar quién las ve, cómo se nos ve, qué sugieren nuestros gestos, nuestras miradas, y demás.

Es como que me lo quitan, el quererle, aun cuando no están presentes y aun sin saber exactamente quién es que me está quitando esos privilegios, esa libertad. No es que todo sea su familia. Ni la religión. Ni sus amigos. Ninguno ayuda, todos contribuyen, y posiblemente todos lo originan, pero señalar un culpable aislado me resulta imposible.

Estoy aprendiendo a ver su fe de otra manera. No es que no la respetara, porque considero que la he respetado siempre, pero quizá con algo de rencor dentro, en tiempos anteriores, por todo el dolor que me habían hecho en nombre de la fe cristiana. Creo que no pude evitar, durante un año al menos, sentir un pequeño nudo en el estómago cada vez que alguien mencionase siquiera la religión.

Y no es que ahora me vaya a convertir yo en algo que no creo, pero sí que estoy empezando a ver que la mayoría de personas en el

mundo no tienen ni tendrán nunca la oportunidad de experimentar la religión como lo hace Isak, su familia, y miles de familias más.

Es como que, una profunda carencia de su ser ocurre al no tener un país de origen, una sensación de pertenecer a algún lugar en la tierra, con las correspondientes culturas, costumbres y tradiciones que eso origina; al ser hijos de inmigrantes que han pasado sus vidas siendo refugiados, que han sido a su vez hijos de inmigrantes refugiados que han vivido en Oriente Medio, en lo que una vez fue Mesopotamia, y ahora son tantos sitios distintos, y a la vez ninguno concreto.

Es como que, esos huecos que ha dejado su historia, sus historias, borradas por guerras y diásporas alrededor de todo el mundo, son llenados de alguna forma aferrándose a la religión como si eso fuera también su tierra, su cultura, su país; su identidad.

Creo que yo al haber nacido en Málaga, y haberme criado en parte allí, nunca conocí a nadie para quien la religión significara tanto, ya hablo más allá de lo que la ciencia pruebe o no, sino en el contexto de la necesidad de creer en algo, de comunidad, de pertenecer.

En Málaga tenemos Andalucía, tenemos España, millones de personas con historias a menudo interconectadas, un colectivo a nivel cultural, un lugar al que llamar patria, en el que sentirse en casa. Ellos no tienen eso. Pueden haber nacido en Suecia, pero, al menos Isak, no se siente sueco ni muchísimo menos, a pesar de haber nacido allí. No solo porque la sociedad, en función de su color de piel, su barba, y sus rasgos se lo recuerde cada día, sino porque esa no es su cultura. Aunque su pasaporte sea sueco, y aunque en su DNI (sueco también) figure como "ciudadano sueco". Él no se siente así. Su familia no se siente así.

Encima el choque cultural entre Suecia y cualquier país syrianer o árabe es brutal. Es duro estar en esa situación, y todo lo que eso genera es cuanto menos complicado.

Es como cuando en la guerra civil de España tanta gente emigró a Alemania para ponerse a salvo, y tantísimos hijos de españoles nacieron en Alemania. ¿Acaso eso les convirtió en alemanes? Teniendo padres españoles y una cultura española en casa. Por suerte ellos al menos pudieron regresar a su tierra, y ese conflicto de identidad no fue tan severo generacionalmente. Pero imagínate que tu tierra queda dividida para siempre, destruida, en guerra, y a ti y a toda tu gente no os queda otra que pasar la vida esparcidos por el mundo, en un país que no tiene nada que ver con nada de lo que tú y tu familia sois, con nada que os represente. Y lo único que te recuerda a tu patria, que significa algo para ti, lo único que queda intacto de lo que puedes considerar algo parecido a una identidad en común compartida con personas como tú, a un hogar, es tu religión.

Pero en fin, qué te voy a contar yo a ti.

Con cariño,
Alberto

13 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Sigo sin hablar con Juan. Ya van más de tres meses.

No quise hablarle tampoco en mi cumpleaños y acabó siendo más dramático de lo que me hubiera gustado. Pasé el día evitándole más que disfrutando de mi día, y él, como de costumbre, persiguiéndome y forzando un encuentro que sabía bien que yo no quería tener, en lugar de respetando mi espacio.

Lo bloqueé, también, de todas las redes sociales, aparte de llamadas y mensajes. No aguantaba ver cómo lucía su "orgullo" de mis logros por un lado y los despreciaba por otro, siendo el primero el "público" y lo segundo lo "privado". Cómo me insultaba y me humillaba en casa pero por Facebook compartía mis entrevistas, mi página de autor, y demás, con corazones o palabras de orgullo, palabras que a mí, no me decía, porque eran para su público. Para él mismo.

Sea como sea, no quiero esa mierda más en mi vida, y no quiero que el paso del tiempo me reblandezca en aceptar algo menos que lo que me merezco como padre: alguien que me respete como soy. Que no me humille ni busque condenar cada cosa que hago diferente a como él la haría. Alguien como tú.

No quiero caer en el pensamiento de que soy mala persona por querer alejar a alguien de mí que no me hace otra cosa que daño; aun a riesgo de ser para todos los que no me conozcan el "malo", el hijo cruel que "rompe la familia" como si no estuviera rota ya. Como si hubiera sido yo algo más que el que ha pagado el pato por lo que otros llevan años destrozando, encima sin siquiera estar aquí. Como si no fuera lo más fácil echarle la culpa de todos los problemas a una sola persona (sobre todo la que no está presente porque vive en otro país) en vez de intentar entender y solucionar de alguna forma esos problemas, y no creer ingenuamente que si esa persona se marchase para siempre, los problemas desaparecerían con ella.

En fin. Como te digo, el yo no hablarle a Juan no quita a Juan de seguir hablándome a mí (especialmente dado su nulo respeto a como pueda sentirme yo, o a mis decisiones, en general).

Aunque le tenga bloqueado de todas partes y esté fuera de mi vida y de mi mente, él sigue tratando de contactarme para básicamente amenazarme para que vuelva a hablarle o le

desbloquee. Lo último fue algo de que este año no me regalará nada por navidades porque según él no me lo merezco. Tuve casi que contener la risa. Como si eso me importara abe.

También dice que yo siempre soy complicado y lo lío todo más, cuando lo único que él pide es que cambie la "actitud", aun queriendo realmente decir la personalidad entera o todos los aspectos de ella que no le vienen bien o disgustan.

Es, literalmente, como si creyera que mi propósito en la vida es ser lo que él quiere que sea, y no lo que yo quiero ser. Como si mi vida fuera suya, y no mía. Él quiere creer que dejé de hablarle por orgullo. Pero la verdad, yo pienso que a estas alturas simplemente hablamos idiomas completamente distintos.

Los encontronazos más fuertes que he tenido con Isak, con diferencia, han sido referente a nuestros padres.

Él piensa que yo les hago mejores personas al básicamente tragarme su mierda una y otra vez mientras ellos cambian (si es que lo hacen) muy muy ligeramente a lo largo de los años y a costa de mi salud mental.

Como si "hacerles mejores personas" significara algo al lado de no ser respetado. Como si fuera la misión de mi vida sacrificar mi tiempo y energía en personas que no me respetan, todo por hacerlas "mejores personas", o creer al menos en su potencial para serlo aunque ni lo sean ni muestren intención de querer serlo.

Me parece enfermizo.

En esa misma línea de pensamiento, Isak cree que debería "perdonar" a Juan y que la familia es solo una y está ahí siempre. Yo le digo que se equivoca, y que yo tengo dos familias, mi familia adoptiva de Suecia (tú y tu family, básicamente), y la biológica. Y que aparte, yo le perdono, pero no le quiero en mi vida porque sigue haciéndome daño. Que le odio, porque necesito odiarle. Y a la vez le

perdono, porque necesito soltar cualquier cosa que me ate a él; liberarme. Me perdono a mí, y por eso supongo que perdono a cualquiera que me dañe.

Pero no soy imbécil. Y son muchos años con los mismos patrones de comportamiento, los mismos insultos, desprecios y victimismos que acaban en las mismas amenazas y malos tratos. Yo no quiero eso para mi vida, por mucho que por ello quieran dejarme de mala persona o como el "rompe-familias". Prefiero ser eso al que las mantiene unidas aun siendo familias falsas que no se quieren en realidad.

Isak piensa que los padres (biológicos) son lo más importante en la vida y yo pienso que pueden serlo, o no. Que ese tópico no habla por todos, y desde luego por mí no lo hace, y no porque a mí no me gustaría que hubiera sido así. Parece no entender que yo no elegí a Juan, como nadie elige a sus padres biológicos, y fingir que son los mejores aun cuando no te tratan bien, son abusivos y te faltan el respeto, es, aparte de falso, muy dañino para tu salud mental y tu autoestima: aceptar como amor esos tratos de mierda solo porque provengan de alguien que se supone que debería cuidarte y quererte.

Lo que debería ser y lo que es no siempre están alineados, ni en sintonía siquiera, por desgracia. Fingir lo contrario es, en mi opinión, negarte a ver la realidad por querer que sea diferente; no abrir los ojos al mundo en el que vives porque te gustaría que fuera otro.

Pero para cambiar el mundo en el que vivimos no tenemos que cerrar los ojos y autoengañarnos fingiendo una armonía que no sentimos, sino decir las cosas claras e ir a la raíz del problema, aunque sea difícil e incómodo, y te perciban como problemático por sacar a relucir los problemas que ya estaban ahí de antes, solo que

escondidos en capas y capas de autoengaño y mentiras autocomplacientes que llevaban ahí años y años.

Y, si resulta que la raíz está tan podrida que no puede salvarse, como creo que me pasa con Juan, no creo que merezca la pena perder más el tiempo con algo que solo me trae dolor e intenta sabotear mi imagen de mí mismo, de lo que soy, sea consciente o no.

También le dije a Isak hace no mucho que pienso que a veces los padres nos enseñan a no querernos si no somos lo que ellos esperan de nosotros, aun sin darse cuenta.

Me dijo que ellos lo hacen lo mejor que pueden, que es como les han enseñado nuestros abuelos. Y yo le dije que muy bien, pero si "lo mejor que pueden" es ser abusivo, manipulador y cruel con tu hijo, no es responsabilidad mía aceptar toda esa mierda como un regalo cuando es eso: mierda. La mierda no es aceptable de tu padre de tu madre de tu cura ni de nadie en este mundo. No hay título existente que sobrepase nuestra dignidad, nuestro derecho a ser tratados como seres humanos y sintientes.

Y si nuestros abuelos no fueron capaces de enseñar mejor que eso, no es cosa mía, suene como suene, recoger el trauma intergeneracional y convertirlo en algo más humano. No es mi labor en este mundo arreglar a nadie, más aún cuando muy a mi pesar ya lo he intentado durante años y no ha servido para nada más que para generarme estrés y ansiedad adicional a niveles hasta peligrosos para mi salud.

Merezco más y mejor que eso y si no he tenido la suerte de recibirlo, tampoco voy a quedarme a ver cómo alguien que no me respeta intenta enseñarme a no respetarme tampoco a mí mismo, a olvidar lo que merezco y, aparte de ser maltratado, convertirme en

lo que quiere que sea. Convertirme en algo que odio. No voy a permitir que nunca nadie me haga eso. Sea quien sea.

En resumen, que no voy a aceptar más la mierda de Juan solo porque el padre de Isak esté tan zumbado de la cabeza que deje a Juan de persona decente en comparación. Me da absolutamente igual porque, aunque uno sea un lunático y el otro un neurótico, ambos son crueles y malos padres, y ambos fallan en la misma acción y más importante función hacia sus hijos: quererlos tal y como son. O como muy mínimo, respetarlos.

Eso es algo en lo que parece que Isak y yo no estaremos nunca de acuerdo.

A veces me hace sentir como que exigir respeto a mi dignidad es pedir demasiado; ser un niñato intransigente que espera más de lo que merece.

Ha llegado a un punto en el que saltan chispas con estos temas, y los evitamos y buscamos a partes iguales, pero de distinta forma.

No hablamos de la familia aunque queramos, ni evitamos hablar de ella aunque no podamos. Pero está siempre ahí, aunque no lo parezca, acechando, presente en nuestros sueños, en nuestros miedos, en nuestras dudas, en lo que somos y no queremos ser y en lo que queremos ser y no podemos. La familia es un tatuaje que no es fácil de borrar. Sobre todo cuando tus motivos, tu razón y propósito; hasta tu propia vida, son un secreto.

Con cariño,
Alberto

24 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Hace como diez días encontré un vuelo barato a Dublín, y de allí a Edimburgo, y me lo autorregalé por mi cumple. Isak se vino conmigo.

De puertas para afuera, iba yo solo a explorar Reino Unido e Irlanda. Como siempre he sido un espíritu libre, tampoco es que levantara sospechas. Sinceramente no sé qué dijo Isak como excusa en el club, a veces prefiero no preguntar sobre algunas cosas y dejar que sea él quien me cuente, si se siente cómodo haciéndolo. La cosa es que el viaje fue una fantasía.

Primero fuimos a Dublín, donde nos tumbábamos con mantas en los parques a leer, con cisnes (o patos grandes, era una cosa rara) campando a sus anchas alrededor nuestra. Pasábamos horas tirados en cualquier césped, hablando, entrenando, leyendo, tumbados juntos, o solo compartiendo el silencio.

Fue la primera vez que ninguna parte de mí tuvo el más remoto miedo a que nos vieran, la primera vez que ni la más remota parte de mi mente andaba buscando excusas y pretextos para justificar, en caso de que alguien no deseado nos viera, por qué estábamos tan juntos. Era la única vez que pude concentrarme en disfrutar de su presencia sin más, sin la sombra de terceras personas haciéndome sentir que lo que hacíamos estaba mal. Fue algo indescriptible.

Visitamos algunos de los parques más icónicos del país, como Phoenix Park, donde había un montón de ciervos enormes que, a diferencia de los de Suecia, eran sociables y no salían corriendo cuando te veían, incluso se acercaban a nosotros. Uno casi me ataca e Isak sacó su vena defensora / escudo humano, que consistía en básicamente ponerse delante de mí para que le atacara a él. Después de ese pequeño incidente, nos tumbamos en el césped junto a los ciervos dándoles de comer pan integral, que nos dio una mujer muy simpática que había allí, y perdí la noción del tiempo.

Más tarde, volvimos a la ciudad para ver el atardecer cenando en la terraza de un McDonald's, al lado de un puente que tenía unas vistas muy bonitas. Luego dimos un largo paseo por el lago (o lo que fuera) que hay en esa zona de la ciudad mientras anochecía, tomando un helado, hasta llegar a casa.

Al día siguiente fuimos a Howth, a ver acantilados. Es como una especie de isla formada solo por acantilados, o algo así. El caso es que fue precioso. Hacía frío, viento y llovía, pero no importaba. Las vistas eran increíbles, era como estar en un trozo de tierra, solos, en mitad del océano. Bueno, era literalmente eso. Me sentía en paz, estando con él allí, incluso más que unos días antes en el centro de Dublín. Me sentí tan en paz, de hecho, que me asusté un poco por solo llegar a sentirme así de en paz con él estando en una isla desierta llena de acantilados.

En fin, entre una cosa y otra también pasamos horas en librerías. Sé que lo hacía por mí, porque a él los libros no le gustan tanto, pero cuando vio lo feliz que era yo allí, me decía "jag e glad föratt du e så glad" y ahí nos quedábamos tres horas más. Yo, enseñándole todos los libros que significaban algo para mí, los que me gustaría leer, la importancia de la literatura, todo lo que muchos libros me han hecho aprender, y demás. Mientras él me escuchaba atentamente, como de costumbre, sonriéndome con esa dulzura suya tan característica, que me decía entre líneas que no le importaba una mierda lo que le estaba contando en sí pero le importaba que me importase. Y eso me bastaba.

También visitamos gimnasios, dice que le gusta conocer cómo son en distintas ciudades y tal, así que entramos a dos, uno en el centro y otro a las afueras. En mi línea de cheap hoe de siempre le dije que cogiéramos las pruebas esas gratis que dan de algunos días en varios gyms dando emails distintos y así podíamos ir a todos los que

quisiera sin quedarnos tiesas (así llevo 3 años con las pruebas mensuales gratis de Amazon Prime). Pero acabó pagando el día en esos dos, que eran 5 libras (un timo, sí, pero el niño estaba cabezón). Y yo, pues para variar un poco—e ir con él—los pagué también.

La última noche en Dublín, mientras estábamos tumbados en la cama mirando el cielo a través del ventanal, antes de coger el vuelo a Edimburgo, tuve uno de esos momentos de epifanía, o como se llame, en los que te das cuenta de ciertas cosas.

Me sentía vivo.

Más vivo que nunca.

Sentí que era eso lo que llevaba toda la vida esperando, aun sin quizá ser consciente de ello. Todo lo demás redujo radicalmente su importancia. Ya no me importaba ser nada más de lo que era en ese momento.

Me sentí simplemente bien siendo quien era, estando donde estaba. Y me olvidé por esa noche de gimnasios, de miedos, de inseguridades, de mi nariz, de láseres, cremas ni cualquier mínima aspiración a cambiar lo que venía natural a mí o quería hacer.

No sé si tiene sentido, pero mientras nos estábamos abrazando en esa habitación de Airbnb perdida por las afueras de Dublín, mirando por ese ventanal que daba directamente al bosque (aún con miedo de que un jabalí salvaje lo atravesara por la noche y viniera a por nosotros), mientras sentía el pecho de Isak sobre mi oído, escuchando el silbido del aire entrar y salir de sus pulmones, no quería absolutamente nada más.

Siempre he sentido que necesitaba prosperar en todos los aspectos de mi vida (sea aprendiendo 87 idiomas, viajando a otros 87 países, y sacándome otros tropecientos grados, entre otras) pero hasta esa pretensión de excederme, desapareció. No es que no

quisiera lograr nada más en mi vida por sentir esa euforia, sino que sentí que independientemente de si lograba o no cualquiera de esas cosas, no cambiaría lo que soy. Lo que quiero ser. Y lo que somos y sentimos cuando estamos juntos. No quería que avanzásemos más allá de ese abrazo, de sentirle así de cerca.

Creo que una parte de mí quería—y quiere—revivir esa especie de ritual de relaciones común en el que las cosas van más despacio, como se suele conocer la gente hetero en la preadolescencia y adolescencia, ya que nunca antes viví eso. Y no quiero que esa pasión o ganas de sentirnos nuble todo el proceso de experimentar lo que es sentir nuestras pieles, nuestras ganas, nuestros latidos, y nada más.

Olernos, desearnos, besarnos, ver una película y dormir y amanecer abrazados, como si cualquier distancia es mucha para evitar sentirnos. Pero nada más.

No es que sea particularmente purista yo, pero no sé, creo que cuando el momento es tan bonito, tan intenso, que me recuerda a todo lo que siempre me moría por tener y no tuve, no quiero que acabe.

Una parte de mí quiere fingir que tenemos trece, catorce años y estamos siendo unos niñatillos pillines que mienten a sus padres para dormir juntos abrazados, viendo una peli, sintiéndonos vivos.

Por la mañana, me desperté mientras él dormía, y aun dormido me seguía abrazando. Fue una fantasía. Fue, también, la primera vez que no tuve miedo mientras me abrazaba de manera tan íntima porque sabía que, como en la isla, no había posibilidad de que su padre, madre, amigo o nadie viniera a "descubrirnos" y lo que sea que eso pudiera desencadenar en una familia árabe cristiana ortodoxa, ver a su hijo "normal" (hetero) abrazando así a otro hombre.

Y me paré realmente a preguntarme qué debe pensar una persona para que ver a dos personas que se quieren fundidas en un abrazo, con cara de ser felices, de no querer ser otra cosa ni estar en otra parte, genere tal rechazo.

Qué les hace pensar que está mal. Sé que estamos en 2019 y se supone, o eso se suele pensar, que esta conversación la dejamos zanjada por alguna parte de principios de esta década, pero la verdad es que no es así.

Tirarte piedras, agredirte, o incluso insultarte, no es la única manera de rechazar y maltratar a una persona. No es la única manera de ocasionarle un miedo terrible por disfrutar plenamente de su vida al saber que, de ser "pública" esa parte de su vida, personas que le quieren le tratarían diferente. Le tratarían peor, por no decir como el culo, o que directamente ni le tratarían ya que cito a su padre "yo mismo mataría a un hijo maricón", "lo entregaría a satán con mis propias manos" y demás. Todo un poeta el señor.

Pero en serio, estuve pensando mucho en que quiero disfrutar de Isak sin esconderme, sobre todo cuando no hacemos nada malo.

¿Por qué tenemos que escondernos?

Ni que fuéramos terroristas.

No sé si decir esto es egoísta por mi parte, pero el que se esconde en realidad es él, y yo me añado a su huida, a su miedo, aun sin sentirlos.

Pero claro, no se puede tener una relación normal entre dos chicos con alguien que finge ser hetero, es tontería. Me da asco solo de pensar vivir una vida fingiendo atracción por un sexo que no me atrae, o repulsión hacia algo que me gusta.

¿Te acuerdas cuando en el insti al principio fingí que estaba enamorado de ti para que me dejaran en paz?

No sé, incluso eso fue diferente.

Teníamos 12 años, y las expectativas de que te guste alguien eran mucho más fáciles de simular. Con decir "Creo que me gusta un poco Sofie" ya estaría. Pero con 21 años que tiene, sus amigos quieren hablar de tetas, culos, "reventarse" a, hacer trío con, liarse con no sé cuántas, etc., y a él no le queda otra que seguirles el rollo (o cambiar de amigos, pero esa es una batalla perdida).

El caso es que quiero vivir con esta libertad toda mi vida, no solo unos días en un país extranjero donde nadie nos conoce.

¿Acaso es mucho pedir?

¿Tener lo que todo el mundo tiene?

Darnos la mano, ir al cine solos, mirarnos, besarnos, abrazarnos… No es que no podamos hacer ya algunas de estas cosas, pero yo quiero poder hacerlas sin miedo. Quiero que él pueda hacerlas sin miedo.

Sé que no es cosa mía, es su viaje con su sexualidad, con su familia, su fe y su vida, pero inevitablemente me afecta, y estos días juntos lo he sentido más que nunca. Yo quiero esta vida. Y sé que él en el fondo, también; le he visto más feliz que nunca.

Pero a veces hay que hacer cosas que nos duelen, aunque el resto de personas no las hagan, y sea una mierda, pero es así, o sino te quedas ahí estancado sin vivir tu vida. A veces todo es tan complicado.

Otro día te escribo sobre Edimburgo. Quiero hacerte sentir lo que sentí, y ahora mismo no tengo esa energía.

No sé si por no haber dormido o por seguir aguantando tantas cosas. Pero cuando lo averigüe, te cuento, también.

Con cariño,
Alberto

25 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Era lo segundo.

En fin, los siguientes días los pasamos recorriendo todo Edimburgo, que es una fantasía. Es muy pequeño, pero la ciudad es como un cuento de hadas, la verdad. Tiene una magia y un encanto en cada rincón que no creo haber visto en otro sitio. El tiempo es una mierda y hay cementerios para dar y regalar, pero supongo que de alguna manera esas cosas son también parte de su esencia tan gris y tan húmeda, a ratos como de castillo encantado.

Pasamos mucho tiempo en unos jardines que creo que se llaman Princess Gardens, pero tampoco me hagas mucho caso. Visitamos la galería nacional de Escocia (tú sabes que todo lo que sea gratis yo me apunto), hicimos muchas fotos alrededor de los castillos y las calles tan encantadoras de la ciudad y también acampamos por horas y horas en Waterstones, como no podía ser de otra forma. Nada más llegar esta vez, Isak me quiso comprar un libro, pensando quizá que nos iríamos antes o algo.

Qué poco sabe mi cari de la queen y las librerías.

Procuré no enrollarme tanto como en las de Dublín, pero es que son una fantasía, en serio. Los libros son más baratos que en Suecia y en España, y hay muchas más promociones. Las librerías están llenas de asientos, una atmósfera tranquila y agradable en la que ver libros es toda una experiencia. La gente se sienta horas a leer allí, tranquilamente, y no es algo raro, nadie les dice nada. Si le preguntas algo a algún empleado, te cuenta detalles y te da información súper interesante y random que, al menos a mí, no me han dado nunca antes cuando preguntaba por libros (y es algo que llevo toda la vida haciendo). No sé, es como que sienten pasión por

lo que hacen, y se nota. Ojalá tuvieran esas librerías en Málaga o en Estocolmo. Hubiera pasado allí media vida vaya.

Total, el último día escalamos una cima para ver las vistas de la ciudad, se llamaba Holyrood. Fue intensito, pero mereció la pena. Una vez llegados a la cima, las vistas eran increíbles. Era como estar en el cielo, lejos de la tierra, de lo mundano, de todo lo que no fuéramos nosotros. Había una plataforma a la que podías subirte para estar aún más alto, y, cuando subimos, me sentí como la Rose de Titanic en la escena del barco con Jack.

En la plataforma con vistas a toda la ciudad hacía algo de brisa, pero no frío. Estábamos arriba, disfrutando las vistas, sonriendo como idiotas, cuando sin esperarlo me abrazó con fuerza por detrás y apretó sus labios en mi cuello. En ese momento te juro que sentí como si todas las cosas que alguna vez perdí en mi vida hubieran encontrado su camino de vuelta a mí. Fue increíble. Lo sentí en todo mi cuerpo. Desde la espina de mi espalda al dedo índice del pie izquierdo. Una sensación de escalofrío, de vértigo, de vida. Me sentí a salvo, pasara lo que pasara, por estar con él.

Mientras bajamos ya estaba oscureciendo, y sacamos los sándwiches de la mochila para ir comiendo por el camino. Tardamos dos horas en bajar (más del doble que en subir), estábamos como ensimismados en el momento, en nosotros mismos. Nos mirábamos, parábamos, nos besábamos, hablábamos, nos sentábamos en cualquier roca a mirar el cielo. No hacía falta decir nada. Creo que esa fue la primera vez que de veras sentí que estaba enamorado de Isak.

Esa última noche, acabó algo intensa.

Estábamos haciéndolo por segunda vez, entregados al momento totalmente, él estaba encima de mí con su mano sobre mi cuello. Y de repente coge y me da un bofetón.

Le solté una hostia que me dolió hasta la mano. Fue como acto reflejo, como despertar de un sueño. La cosa es que sin siquiera pensarlo mi mano ya estaba en su cara. La verdad es que fue graciosa la situación, la cara de desconcierto que puso conforme lo tenía encima, ambos tocándonos la cara. Pero me enfadé mucho.

Me lo quité de encima y le dije que fuera la última vez que me hacía eso sin pedirme permiso, y él me dijo que le había dejado la cara roja del tortazo, que simplemente se lo podría haber dicho. Yo le dije que él también me lo podría haber preguntado en lugar de abofetearme de buenas a primeras, y quedó la cosa algo tensa. Pero al rato lo hablamos más tranquilos y lo solucionamos.

La cosa es que a mí no me hubiera importado, quizás, habiéndome preguntado y decidiendo sobre si me apetecía en ese momento o no. Pero como entiendo que es normal, me molestó que lo hiciera así, por venirse arriba él solo y sin tener en cuenta si yo querría o no. Y si no es normal me la suda, me molestó igual.

En fin, el caso es que preferí irme a dormir obviando lo de la hostia, pensando en todas las cosas que acababa de sentir con él en la montaña. Creo que él hizo lo mismo, porque después de lavarse los dientes, me sonrió y me preguntó que si podía abrazarme. Luego me pidió perdón por lo del tortazo y yo a él también.

Y así acabó nuestra última noche de enamorados en Edimburgo. Con ajetreo siempre, como la vida misma.

Qué te voy a contar.

Al día siguiente, en el avión de vuelta desde Edimburgo, me cogió la mano debajo de la chaqueta y me dijo “bahbak ktir”. Es la primera vez que me dice que me quiere en público y, aunque tú sabes que yo suelo ser de llorar poco, me costó lo mío retener una lágrima.

En lugar de eso le agarré con fuerza la mano, me acerqué algo más a él y le susurré “ana kaman bahbak, älsk”.

Durante el vuelo, mientras Isak dormía, me acordé mucho de nuestros choques, discusiones y demás imperfecciones que separan un viaje perfecto de uno de verdad. Una persona perfecta, de una real. Y no podía parar de pensar en que quiero mucho a Isak.

No un Isak perfecto. Sino al de verdad.

Concretamente, al mismo que tenía durmiendo a mi lado justo en ese momento, con la boquita entreabierta y la mano aún agarrada a la mía, bajo la protección de la chaqueta.

Con cariño,
Alberto

27 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Ayer, mientras esperaba fuera, en una calle de Marbella, a que Isak cogiera la cartera de su coche, un grupo de tres chicos que pasaban por ahí se empezaron a acercar a mí de aquella manera tan conocida, tan marcada a fuego en la historia de mi vida. Cuchicheos, la palabra maricón, sus gestos, las miradas, el pavoneo al acercarse, la medio mueca de suficiencia, la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, el asco en los ojos. Un adelanto de algo que podría ser mucho menos sutil, menos psicológico. De algo que formó cada uno de mis días en ese instituto sueco.

Cuando Isak salió del coche, a quien claramente no habían visto, fue gracioso el momento en el que sumaron dos más dos y supieron lo que más les convenía, la manera en la que cambiaron el rumbo, fingiendo no estar a punto de hacer lo que estaban a punto de hacer, hablando entre ellos, mirando sus móviles, observándonos solo de reojo, apartándole la mirada a Isak.

Él me preguntó que quiénes eran esos tontos y le dije que ni idea. Pero pensé en ese momento en el que sentí el alivio y la paz de su presencia, literalmente, en hasta qué punto mi atracción por los chicos fuertes y altos era una simple atracción o tenía algo más detrás. Me pasaba igual con Liam. Era el chico más grande del instituto creo yo. No tan alto como Isak, tienen cuerpos diferentes, pero son los dos unos tanques, de los típicos sobre los que todas mis amigas suelen decir "uy no, ese cuerpo es demasiado".

A mí me hacen sentir a salvo. Pero no a salvo de ser yo, de poder expresarme, reírme, hacer mis bromas, mis maneras, y demás, con ellos. Sino literalmente, a salvo. Seguro. Protegido, aun siendo todas esas cosas. Es como que ya he pasado el tope de ser humillado y maltratado, el tope que al menos mi mente y mi juicio, para estar sanos, aceptan. El problema es que ese tope a la sociedad le suda las narices. Y es como que tengo que encontrar, con mis decisiones, maneras de construir la vida que quiero, que desde luego no es una vida de abusos, de vivir con pies en el cuello. No es algo que decida de manera consciente, eso lo tengo claro.

Y creo que cuando he comentado anteriormente estas cosas sobre sentirme a salvo con un chico, por las connotaciones del amor romántico tan arraigadas a nuestra cultura, incluso yo mismo acabo malinterpretando lo que realmente quiero decir.

Lo cierto es que no sé si es sano o no, y creo que tampoco me importa. Solo sé que es lo que siento.

Tampoco tengo necesidad de diagnosticar cada cosa que siento o me atrae como una patología. Supongo que todos somos quienes somos por algo, y cuestionar los porqués no implica que ese algo esté necesariamente mal.

Yo me siento bien así, y no le hago daño a nadie. Supongo que eso es lo importante.

Con cariño,
Alberto

28 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Isak me ha estado ilustrando mucho referente al cristianismo.

Sigo siendo agnóstico, no nos equivoquemos, pero me gusta saber. Además, al fin y al cabo, toda mi familia es cristiana y yo me he criado siéndolo también, pasando cada domingo en misa y rezando cada noche un credo y padrenuestro, aun sin elegirlo.

Sea como sea, me gusta conocer las distintas vertientes que el cristianismo tiene y así saber hablar con más propiedad. Algo que yo ya sabía (después de años viviendo en Södertälje donde, como sabes, la mayoría de la población es asiria) es que los syrianer son cristianos y generalmente los árabes son musulmanes, y a menudo no se llevan muy bien. Y que hay cristianos que se consideran árabes y cristianos que, por serlo, entre otras cosas, no se consideran árabes. Por lo tanto, hay árabes cristianos y musulmanes.

El caso es que me ha estado hablando más del cristianismo ortodoxo, que es lo que él practica, junto a su familia y, aunque él me lo pinta como una fantasía, yo no puedo evitar percibir el daño que le ocasionan todas esas creencias. Es como si Isak no lo viera. No sé. Él ya sabe lo que yo pienso, así que yo tan solo le escucho y procuro no juzgarle porque sé que significa algo muy grande para él, y las veces que le he dicho en el pasado algo al respecto, no se lo ha tomado muy bien. Pero me preocupa profundamente.

Me gustaría que entienda que puede tener fe en lo que sea que crea y aun así ser él mismo y no sentirse mal por lo que es. Pero

mientras más descubro la iglesia ortodoxa más descubro que eso es lo contrario de lo que esta predica. Me encantaría que le quitasen ese aspecto a la religión; tan solo dejar la fe, la humanidad, y quitar la expectativa de ser algo distinto a lo que se es. Me parece triste porque algo que debería liberarte te acaba encadenando. Y pienso que no debería ser así.

Con cariño,
Alberto

29 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

He descubierto un nuevo mundo cuando Isak está dentro de mí.

Ya había experimentado el sexo antes, obviamente (tú sabes que este culo mueve montañas) pero con él es distinto. Cuando está dentro, siento una vulnerabilidad, una confianza en él y una intimidad que no había sentido nunca antes. Crea un vínculo tan profundo, tan puro y real, el sentirle en mí, que va muchísimo más allá del placer en sí de la sensación física y el estímulo sexual. Siento como que conectamos, que somos uno, cuando le dejo entrar de una manera tan profunda y literal en lo que soy, dentro de mi cuerpo.

Siento que él también percibe lo especial que es por cómo me abraza, por el cuidado, el cariño, el respeto que tiene hacia cada centímetro de mi cuerpo, que parece multiplicarse a medida que más profundamente le dejo entrar.

Me siento un poco Anastasia Steele contándote esto, pero pienso que es importante y quería que lo supieras.

Antes de morirte, necesitas que alguien a quien quieres y que te quiere te lo haga por detrás. En serio. Y luego me cuentas si no es lo mejor que te ha pasado en la vida.

Con cariño,
Alberto

30 de noviembre, 2019

Querida Sofie,

Estos días estoy teniendo mucho tiempo para pensar (todo el tiempo que Isak se pasa en los entrenamientos de Tränare aquí en Marbella, básicamente).

El domingo pasado mientras hacía limpieza en mi cuarto, encontré mis apuntes de psicología y me quedé leyendo mi ensayo de cognitivismo que hablaba de cómo el amor es una fuerza que sobrepasa todas las otras. Un sentimiento que arrasa con los demás sentimientos, que eclipsa todo a su alrededor y nubla el juicio. Cómo nos da y nos quita tanto. La felicidad que nos puede llegar a hacer sentir, pero también el vacío que puede dejarnos. Los celos, y todo lo que viene entre medias.

Quiero muchísimo a Isak, pero a veces siento que cuando estoy con él, no le veo. No veo lo que somos. Solo lo que me gustaría que fuéramos. No veo lo que me gusta de él, sino lo que me gustaría que fuera. No veo lo que dice, sino lo que me gustaría oír en su boca, como si decidiese elegir a mi antojo qué palabras recoger de todas las que dice, e ignorar todo el resto. Igual con todo, quizá.

A veces sueño las palabras que no me dice, las que tengo que adivinar porque no salen de su boca. Lo que me gustaría que dijera. Y otras mi mente tiende a olvidar los detalles, a mezclar los recuerdos entre lo que soñé y lo que oí. Entre quien es, y quien me gustaría que fuese.

No sabía que podía querer tanto a alguien en silencio, pero a veces dudo sobre si se puede querer a alguien, desarrollar ese amor, con ese pensamiento y prejuicio intrínseco que te dice que quereros de esa forma está profundamente mal.

A veces me pregunto si es posible. Si no estoy perdiendo el tiempo jugando a vivir la vida que me gustaría, a medias. Si es posible crear algo sano, puro, auténtico, en un nido de vergüenza y miedo. De si, inevitablemente, todo lo que creemos de este nido de miedos tendrá el sello de la vergüenza, estará tocado por el lugar de donde proviene, tan impuro, tan lleno de inseguridad y autosabotaje. En si seríamos capaces de crear algo verdaderamente bonito, aun queriendo. Algo que pueda verse, mostrarse, tocarse, sentirse, definirse de algún modo. Algo real, y no una ilusión. No un conjunto de miedos que apenas forman dos personas. Un puñado de inseguridades aplastadas juntas como si fueran arcilla e incapaz de dar forma a algo verdadero. A algo visible, siquiera.

Cómo se puede crear algo tan bonito sin creer siquiera en su belleza. Sin creer que mostrarlo ocasionaría algo más que más dolor y miedos, porque no merece otra cosa. Como si no mereciéramos otra cosa.

Él me dijo una vez, hace unas semanas, que lo nuestro es un amor discreto. Pero yo no creo que exista tal cosa.

El amor no debe esconderse nunca.

Y no sé qué estamos haciendo mal, si escondernos, o no querernos lo suficiente.

Con cariño,
Alberto

1 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Últimamente Isak y yo hemos estado hablando de los partidos políticos en Suecia y en España, un poco a modo de comparación. Resulta que sus tíos, que son syrianer (su tía es refugiada y su tío nació aquí porque proviene de la diáspora), votan a Sverigedemokraterna, que como sabes es racista y antiinmigración, dejando siempre que puede a los inmigrantes de ladrones, o, de una forma u otra, ciudadanos de segunda.

Creo que esto ejemplifica que siempre ha habido y habrá gente gilipollas en cada colectivo. Lo de sus tíos me recordó a lo que he estado aprendiendo en la universidad a través de estudios de género.

Dentro del movimiento sufragista de las mujeres por el voto, había muchas mujeres que querían evitar conseguir el voto (fuera por complacencia hacia los hombres, no estar listas, sentirse inferiores o lo que fuese).

Dentro del movimiento por los derechos LGBTQ hay mucha homofobia y transfobia y personas gays que no querían ni quieren que los gays puedan casarse porque dicen que es "antinatura", sea por falta de inteligencia o de nuevo complacencia hacia la sociedad que les inculca eso.

Y también hay personas negras que son racistas, que se convierten en policías y (esto es lo importante) perdura el histórico

abuso de poder racista contra otras personas negras, y una larga lista de etcéteras.

Creo que hay gente subnormal independientemente de su color de piel, sexo o identidad. Por eso es un error asumir que alguien tiene razón por ser gay y por ello de alguna manera representa a todo el colectivo o algo así con cada cosa que dice o hace. La gente debería ser "juzgada" por su experiencia, sí, pero también por su empatía, su humanidad, su conocimiento, su perspicacia, su habilidad para analizar el tema a tratar. Y no que les den carta blanca en ciertos temas considerados "gay" por simplemente serlo.

Creo que en ocasiones esto es lo que los homófobos hetero estaban deseando desde el principio; ver a gays invalidándose entre ellos al quitarse mutuamente importancia y peso a sus respectivas historias, sus experiencias y a su propia voz, para poder luego gritarte en la cara "¿VES? Los problemas de los que hablas están todos en tu cabeza porque sois unas dramáticas; este tío también es gay y no se queja".

Yo no sé tú abe, pero yo no he venido a este mundo para ser un ejemplo de todo lo que está bien. Como si mi propósito en esta vida fuera ser un robot que representa a millones de personas y debe hacer solo de todo lo que es "correcto", evitando siempre lo que no. Como si alguien pudiera definir qué es correcto y qué no, para empezar.

En medio de esta conversación, una vez más, Isak me ha soltado la pulla de que no comparte que no le hable a Juan, y yo le he respondido que yo tampoco comparto que él deje que su familia dicte su vida.

Después me disculpé porque, aunque era verdad, tampoco soy nadie para ir diciendo cosas difíciles y de manera insensible a personas que quiero pero que piensan diferente a mí.

Pero te juro que a veces es que me irrita demasiado con el rollo de la familia, y no puedo contenerme, sobre todo sabiendo que nada de lo que vivimos es normal y sano por culpa de la suya. En gran parte, al menos.

Por otro lado, también le he contado que aquí en España los nazis también han llegado a la política, cuyo casi único argumento es forrar hasta los colchones de banderas de España, como si eso fuera a solucionar crisis económicas y conflictos socioculturales.

Y que Juan (cómo no) les apoya. No solo eso, sino que como ya te conté, hasta me llegó a decir que yo debería hacerlo también ya que, según él, yo sé mejor que nadie que "los inmigrantes hacen bullying". Será porque no le he dicho 8000 veces ya que el más inmigrante allí era yo.

Le he contado también a Isak que, cuando aún le hablaba a Juan, con cualquier cosa que le dijera sobre el racismo o la homofobia, ya me estaba pintando de radical de ultraizquierda o algo, de comunista, usando en mi contra cuando compartía enlaces y peticiones en redes sociales contra el racismo y la homofobia, y cosas así. Otras veces, directamente insultándome. Siempre dejándome claro la misma postura; como si creer que las personas no deberían vivir vidas de mierda por su color de piel (o cualquier otra cosa) me hiciera todas esas cosas.

No se lo digas nunca, pero a una parte de mí le gusta que no estemos de acuerdo en muchas cosas.

No quiero rodearme de gente que piense exactamente igual que yo. Me gusta que desafíen mis creencias y me ayuden a ver la humanidad y puntos de vista en personas con quienes nunca me entendí. Supongo que hay algo de familiaridad en eso.

No hablo de cosas que no quiero justificar, como la homofobia o discriminación, sino de otros matices que, de no ser por él, a veces me sería más fácil no entender. De ver terrenos más grises, que no lleven siempre del blanco al negro.

No sé si me explico, pero creo que tú me entiendes.

Espero que él también.

Con cariño,
Alberto

2 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Anoche Isak y yo discutimos (una vez más) sobre el tema de la familia.

Él piensa que la familia biológica es una especie de entidad semi-sagrada, completamente ajena al resto del mundo y estándares sanos, a la que se le puede permitir literalmente cualquier cosa, hasta que te destrocen la vida, sin ningún tipo de rabia ni rencor posible por tu parte porque "son familia".

Y por ahí sí que no paso.

Según él, ser familia lo justifica todo, y todo vale, porque algo detrás, más fuerte, os une. Puedo darle la razón en el aspecto de que los lazos familiares son más fuertes muchas veces que los no familiares, básicamente porque se suele compartir muchas más cosas con una madre, padre, o hermana, que con un compañero o conocido, a lo largo de toda una vida.

Pero a veces nuestros familiares nos traicionan, nos hacen daño una y otra vez y, aun teniendo la oportunidad de aprender y dejar de hacerlo, eligen no hacerlo.

A veces nuestros familiares no nos aceptan, no nos quieren como somos, y por lo tanto, no nos quieren.

A veces esperan y asumen que cambiaremos para amoldarnos a lo que esperan de nosotros, particularmente nuestros padres, como si, por ser nuestros padres, pensaran que nuestras vidas les pertenecen.

Y es cierto que muchas veces estos conflictos pueden ser simplemente naturales y pasajeros, pero muchas otras no, y para el que recibe ese trato, y especialmente tiene en estima la opinión de sus padres, puede ser una lacra extra que termina por destruir su esencia, su autoestima, su luz.

A veces los padres cometen errores horribles, sí, pero otras veces esos errores no son puntuales, y no siempre merece la pena perdonarles porque simplemente sean nuestros padres, aunque sigan y sigan y sigan y no piensen parar de hacernos daño. Es ahí donde está la línea entre cometer errores horribles y destrozar la salud mental de tu hijo o hija solo porque no les entiendas, o pienses que deberían ser algo diferente a lo que son.

No todo es tan complejo como pueda parecer, en realidad, yo creo que muchas veces basta con ver cómo se sienten los hijos hacia sus padres. Si confían en ellos, si se sienten cómodos en su presencia, si los padres notan que sus hijos les quieren y disfrutan del tiempo que pasan juntos. O, por otro lado, si sus hijos les huyen, les temen, si perciben un rechazo y falta de comodidad cuando están juntos; una falta de confianza en ellos. Esto puede verse como algo más complejo o más bien simple. Al fin y al cabo, no es *tan* difícil percibir cuando una persona no se siente bien / cómoda / ella misma junto a otra.

Otra cosa es que la persona que lo provoca decida autoengañarse deliberadamente y seguir siendo feliz en la mentira de que la culpa

no puede ser de sí misma, como padre, ya que estos, siempre saben más que sus hijos.

Isak es una persona totalmente diferente cuando está con su familia; la manera en la que las palabras se arrastran de su boca dejándose la mitad del sentido en su garganta, la ausencia en su manera de sostenerse, como si estuviese aquí y a la vez en otra parte, las pequeñas traiciones a sí mismo cada vez que en lo más cotidiano de las conversaciones, finge. Es simplemente otra persona. Y no precisamente una más libre.

A todo esto, estos días he tenido muy presente lo que me contaste este verano sobre un podcast sobre "the theory of the three legs". Y cómo decían en el podcast que las personas son mejor definidas por esas tres piernas, pudiendo tener una, dos o las tres en casos excepcionales. La primera, kindness (ser educado, respetuoso, amable, comprensivo). La segunda, humour (ser divertido, gracioso, saber cómo tomarse las cosas). Y la tercera, depth (inteligencia y profundidad emocional). Recuerdo cómo comentamos lo raro que es encontrar a alguien que sea un tres, a alguien con las tres piernas. Y cómo nos dijimos casi a la vez que éramos la primera persona que nos vino a la mente con las tres piernas.

Yo creo que Isak también las tiene. Y, aunque choquemos a veces, me siento afortunado de tenerle. Me siento profundamente feliz y afortunado, de haberle encontrado. De habernos encontrado.

Lo había casi olvidado pero, ese mismo día de julio en el que hablamos por primera vez de la teoría de las tres piernas, a la tarde, Isak me contó que en Irak (lo que un día fue su país de origen) el gobierno estaba haciendo persecuciones extraoficiales para matar a la máxima gente gay que pudiera. Me dijo que le había llamado su

padre Youssef ilusionado para contárselo, añadiendo que así deberían hacer en Estocolmo también.

Él siempre dice que no le afectan (o hace como si tal) las cosas tan estúpidas y crueles que dice su padre, pero yo no creo que sea verdad. Después de contármelo, me sonrió, una sonrisa como de circunstancia, que parecía casi pedir disculpas por palabras que él no había dicho.

Y mientras más lo estoy pensando, más estoy convencido de que, ese día, se nos olvidó añadir lo especialmente difícil que es tener y mantener las tres piernas cuando vives con alguien que no quiere verte andar. Que antes de que crezcan, de que salgan siquiera, te las corta.

Con cariño,
Alberto

3 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Estas semanas con Isak, durante nuestras idas y venidas, nuestros entrenamientos, discusiones y reconciliaciones, se han intensificado mucho mis ganas de compartir trozos de mi vida, de quien he sido, y no esconderlos. He estado pensando en publicar mi diario, pero no el diario poético que fue *eighteen*, sino mi diario literal, el que escribí día tras día viviendo en Estocolmo.

Me intimida la idea de expresar con eso unas ideas que ya quizá no sean las mismas que tengo ahora, ni las que tenga años más tarde, pero tengo claro que es importante reflejar las cosas por lo que son en el momento, y no por lo que nos gustaría que hubieran sido. Tengo claro que hablan de lo que fue y no de lo que es. De

quien fui y no de quien soy. Y también tengo claro que será malinterpretado, como siempre, pero también ayudará, posiblemente, a personas que sientan algo parecido.

Lo he hablado muchas veces con Isak; lo de *eighteen* fue poderoso. Y aún está solo empezando. La fuerza de levantarnos unos a otros y darnos fe con nuestras historias es algo que me conmueve profundamente y me parece una virtud y una ventaja increíble. Hay tantas personas que me han pedido una versión narrativa de *eighteen* sin saber que ya existe, que fue lo más importante desde el principio. Creo que aunque me aterrorice en parte exponerme así, exponer a ciertas personas así, lo que sale de eso es mucho más importante, y más puro, de lo que queda atrás, de lo que podría potencialmente generar de forma negativa.

Pero lo positivo gana de sobra a lo negativo. Recibo muchos mensajes así; este es de anoche, me lo mandó una chica de Barcelona por MD en Instagram:

> Hola. Igual nunca llegues a leer este mensaje, pero bueno, solo darte las gracias. Mi hermano, que ahora tiene 13 años, con 6 años yendo al cole, sufrió bullying por el simple hecho de que era un chico que bailaba. Entre uno de los muchos insultos que recibió "maricón" era siempre el primero, y el pobre llegaba a casa sin saber qué significaba la palabra, y cuando se lo explicabas se enfadaba en que eso fuera un insulto (estoy muy orgullosa de él). El problema llegó cuando dejó de ser tan fuerte porque se le fueron acabando las fuerzas y solo con 6 años tuvimos algún que otro susto debido al comportamiento de los otros niños hacia mi hermano. Me compré hace nada tu libro *eighteen* al enterarme de tu historia, mi hermano ya se lo ha leído entero dos veces en tres días, se siente súper identificado y está muy orgulloso de poder ser un luchador. Gracias a tu libro en casa nos ha contado cosas que no sabíamos, de verdad que te lo agradezco de corazón. Mi hermano es aún pequeño para saber a quién ama y a quién no. Siempre me dice que tiene miedo de cagarla o de decir cosas que no tocan en ese sentido, pero que después de leer tu libro le da igual, que lo que sea, será, y que quiere ayudar a gente que lo haya pasado mal como él. Muchas gracias de verdad.

Me suelo poner a leerlos junto a Isak (cuando no son muy íntimos), y es que de verdad que me llegan al alma. Creo que Isak se emocionó al leer la traducción de este mensaje en particular, aunque no estoy seguro del todo, porque no es tan expresivo en ese sentido.

Pero, sentir que, el hecho de que yo comparta mis experiencias, inspira estas cosas en personas que ni siquiera me conocen, me hace sentir que todo, aun a pesar de los efectos colaterales en mi privacidad y en mi vida, en Juan, la familia, e incluso en algunos aspectos hasta Isak, merece la pena.

Pienso que hay un poder enorme en contar nuestras historias, en vivir nuestras verdades. Le pese a quien le pese.

Con *eighteen* nunca quise señalar a nadie. Creo que cualquiera que lo lea lo tendrá claro. Nunca quise decir, ni dar a entender siquiera, la etnia de quien me hiciera bullying, aunque a menudo eso llevara a muchos a pensar que eran los mismos suecos, cosa que no me gustó que sucediera, y a veces aclaraba cuando ocurría.

No quiero contribuir a que Isak, su familia, y las cientos de miles de otras familias como él que viven en todo Estocolmo, sin nada más que su lengua, costumbres y religión como patria; sin estado, sin país al que realmente llamar hogar, al que realmente sentir que pertenecen, fuesen atacados sin ser conocidos, siquiera. Nunca quise contribuir a reflejarles como pertenecientes a una historia única de extremismo y cosas negativas, cuando sé que no solo hay de todo, sino que a menudo son mucho más que eso. No quise siquiera mencionar proveniencias ni etnias.

Pero creo que, aunque me sienta orgulloso de la abstracción y pureza de *eighteen*, en todo lo que está consiguiendo y todos los institutos y hogares adonde está llegando (ahora lo están usando como lectura obligatoria en muchos institutos de España también),

quiero trabajar, en la medida de lo posible, en empezar a resaltar a través de otros trabajos los problemas y situaciones que se plantean con los choques culturales tan fuertes que ocurren a través de las diásporas. Particularmente la diáspora asiria y la diáspora árabe, que son las que vivo desde hace tantos años tan de cerca.

Es decir, este choque cultural genera una homofobia extrema. Isak y yo no podemos ni darnos la mano. Ni besarnos. Ni parecer remotamente nada más que amigos y ni siquiera cercanos. Vive, y ahora vivimos, con el miedo de que su familia se entere. De que sus amigos se enteren. De que el mundo se entere de lo que somos. Y creo que un problema no puede solucionarse sino se afronta.

Se lo comenté a Isak y le encantó la idea. En general ya sabes que yo soy muy espíritu libre con mi arte, pero sí que me importa su opinión en este caso siendo él parte del grupo de personas siendo representadas. Dice que tengo la sensibilidad necesaria para hacerlo y, según él, nadie que conoce lo haría mejor.

Otra cosa que pienso mucho es cómo contar una historia obviando la identidad de las personas involucradas para protegerla, ya que a veces eso es tan importante. Cómo abstraer el mensaje, el propósito, la esencia; por encima de los nombres. Dar a conocer las historias, sin señalar, sin atacar, sin innecesariamente exponer ni juzgar.

Evidentemente yo no soy nadie para señalar, castigar, juzgar, ni empujar a alguien a ser o hacer algo que no se siente preparado para ser o hacer, pero sí puedo procurar educar, dar a conocer distintas perspectivas y elegir qué rol decido tomar en todo eso, y qué no, para conmigo mismo.

Esto, aunque me duela, me recuerda a menudo que son ya varios años desde que Isak y yo nos conocemos, aunque no en estos términos, y no sé si me queda energía para cerrar una etapa

complicada en la que aprender a quererme y respetarme eligiendo estar en otra que me enseña lo contrario. Parece casi que lo busco, aun inconscientemente.

No sé.

Le quiero, le conozco y me conoce bien, y me hace sentir como en casa, pero una casa que es cómoda y apacible solo con las luces apagadas. No me siento cómodo con luchar para sentirme en paz entre la homofobia para ahora de alguna manera volver atrás al estar con él. Sé que esta es una de las pocas cosas en las que no me entiendes. No estoy seguro de si alguien lo hará. A veces me lo pregunto, de veras, si alguien lo haría.

En fin, mañana ya por fin salimos para Madrid Isak y yo, y la verdad es que creo que lo necesitamos, aunque no vayamos a dormir en el mismo sitio por no complicar más las cosas. Se hospedará en un Airbnb, un poco lejos de casa de mis primas. Él tiene que volver ya a Estocolmo la segunda semana de diciembre, y coge el vuelo desde Barajas, así que solo estaremos "juntos" allí en Madrid como una semana. Yo me quedaré hasta casi finales de mes, y será sobre todo el resto de tiempo el que aprovecharé para reunirme con mi editora, moverme por círculos culturales y literarios y trabajar en la reedición de *eighteen* en español con Espasa.

Con cariño,
Alberto

5 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

No me hizo falta más de un día para moverme por Madrid como pez en el agua. Tengo mi línea de metro y la de Isak memorizadas

de primera a última estación. Él estará aquí unos diez días y yo casi tres semanas. Luego Isak volverá a Estocolmo con su familia y yo, antes de ir a Suecia, iré a Málaga para pasar parte de las navidades con la mía (biológica), aunque la verdad es que no quiero.

Esta tarde Isak y yo fuimos a patinar sobre hielo a una pista que ponen en el centro en diciembre. El hielo era como un trozo de plástico en el que más que deslizarte, andas, pero bueno es lo que hay. No es Estocolmo ni estamos a menos 20 grados como para que sea el mismo hielo de allí, la verdad. Nos hemos caído los dos porque somos muy bestias y porque los patines que alquilamos eran, si es posible, peor que el hielo. Ha sido la primera vez, desde que volvimos de Edimburgo, que creo que he sentido el peso del factor público relajarse entre nosotros.

Lo he pensado y es que en realidad Madrid es lo más parecido a intimidad pública que hemos tenido hasta ahora, quitando el viaje. Quizá lo siento más así también porque Madrid tiene un aire de hogar que Edimburgo y Dublín no tenían.

En Málaga él tiene ya demasiados conocidos con lo del programa de PT Tränare Sverige cada noviembre, que lleva haciéndolo 3 o 4 años. Por otro lado, en Estocolmo, tiene a toda su familia. Y en esas dos ciudades es donde nos hemos movido siempre.

No había enfocado esto así, pero creo que él también lo ha sentido porque, esta tarde después de caerme de culo patinando, me ha dado la mano para ayudarme a levantar, y no la ha soltado después. Es verdad que teníamos chaquetón, bufanda y gorros, y parecíamos dos muñecos michelín más que dos personas—no nos tapábamos tanto ni en Estocolmo—pero hasta eso me ha valido.

Después hemos estado en el Fnac (ya conoces mi obsesión insana con el Fnac) y nos hemos quedado viendo libros y música hasta que cerraron. Luego comimos un helado (sí, en diciembre, nótese lo

suecos que somos) mientras paseábamos por Sol hasta llegar a la estación de Callao donde cada uno cogió su línea, y nos fuimos a casa, yo a la de mis primas, y él a su Airbnb.

Quiero dormir en el apartamento que tiene alquilado todo lo que pueda, pero no sé qué decirle a mi prima. Quizá que es una amiga, ya que tengo amigos aquí. Pero aun así tendría que ser los mínimos días posibles. No sé. Me da mucho miedo liarla y que alguien se entere por mi culpa.

Con cariño,
Alberto

7 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Entre otras tramboladas varias, estos días Isak me ha ayudado a reabrir el agujero de la oreja que me hice el mes pasado pero que se me infectó y se cerró, y tengo la oreja como una morcilla de Burgos, con lo bonita y fina que era. Espero que se baje pronto porque me da hasta fatiga salir a la calle así, es exagerado. A él le ha hecho mucha gracia la situación porque dice que es que siempre me pasan cosas muy raras. Y la verdad es que razón no le falta. Pero creo que me viene de familia.

Lo demás todo bien.

Siento que estoy disfrutando de cada momento.

Con cariño,
Alberto

12 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Madrid está siendo increíble.

Isak y yo hemos estado en todas partes ya, incluso se ha venido conmigo a algún evento literario que tenía estos días o alguna cosa con mi editorial, y he dicho que era Liam (que por cierto también está aquí en Madrid y lo veré estos días después de casi dos años).

Hemos visitado el Retiro, patinado sobre hielo y en línea, paseado por todos los parques que hemos encontrado, entrenado (un poco a mi pesar) casi cada día, comido más pasta y pizzas de las que recuerdo y tomado café (sin tomarlo) en cafeterías varias.

Este viernes pasado también fuimos a una manifestación sobre el cambio climático de Greta, y fue increíble la energía que había en la protesta. Ver a tantas personas unidas en contra de algo tan importante; tanta gente tan joven y tan convencida, tan determinada, a crear un cambio. Fue algo que no olvidaré en mucho tiempo. Isak y yo fuimos casi que de incógnito, no teníamos ninguna pancarta ni estamos afiliados a ninguno de los grupos que lo organizaban. Tampoco estábamos integrados en ellos. Así que nos limitamos a estar allí, de pie, sonriendo como tontos viendo todo lo que se estaba logrando y esperando hacer bulto frente a las decenas, sino cientos, de cámaras que grababan la protesta.

Decidimos que queríamos apoyar y seguir más el movimiento Fridays For Future y nos compramos el libro de Greta de *No One is Too Small to Make a Difference.* También empezamos a seguir en redes sociales a todas las organizaciones involucradas que encontramos, y a firmar algunas de sus peticiones. Pasamos esa noche viendo sus vídeos, sus fotos, empapándonos de su mensaje, y sintiéndonos, juntos, parte de algo mucho más grande que nosotros.

Hace unos días, me vine arriba y me hice las uñas, aunque no me duraron mucho porque me estresé bastante teniendo que sacar del bolsillo todo el rato la tarjeta del metro (hasta me cargué una) y me las quité ayer. Pero me gustó que, por primera vez, había salido a la calle con Isak y con las uñas, cosa que no había pasado nunca antes y que, de alguna forma, sentí que nos unió aún más.

También nos montamos en las canoas esas del parque del Retiro y siendo sinceros, dejé que él remara porque me tiene un poco hasta el pusi de tanto ejercicio y no podía más con las agujetas. Esa misma noche, él buscó un sitio precioso que ninguno conocía (no sé si te lo he dicho antes pero mi cari es rastreator), como una especie de mirador, y por la noche subimos allí a ver las luces de la ciudad.

Hubo más que besos en el mirador, lo que quizá fue un avance, ya que estábamos literalmente en la calle, aunque fuese una especie de montaña, fuese de noche, y estuviéramos solos (o eso espero).

Además ya le he empezado a decir claro que no voy a estar siempre con las lavativas y los enemas esos, que voy a quedarme con los intestinos más resecos que un polvorón. Y además paso de estar pasando hambre cada vez que nos veamos para no "mancharle" (que ni eso, porque aparte de que no mancho, usamos siempre protección). Que meterla es muy fácil, pero recibirla (y sobre todo con lo que tiene ahí el niño) no tanto. Él no se corta un pelo de comer, beber y hacer lo que le da la gana, y luego solo un agüita y listo. Pues entonces yo igual. Y sino le gusta a tomar por culo, pero el mío no. Las lavativas y esas mierdas ya me las haré en su cumple y fechas de esas si se porta bien abe.

Es que de verdad te lo digo tía, yo sé que tú de eso especialmente no tienes ni idea, pero es un coñazo, y sobre todo injusto. Al principio, o cuando estábamos juntos por unos días y tal pues mira. Pero mientras más recurrente es el vernos y más rutina se convierte

el acostarnos pues no me renta limitar tanto mi vida por el sexo vaya. Creo que quizá incluso eso pudo ser uno de los motivos por los que tardé tanto en tirármelo y me hice tanto la interesante.

No sé, es que nunca he oído a nadie hablar de eso, incluso las pocas páginas que sigo en insta de gays y memes y tal tan solo hablan de lavativas y enemas como algo obvio, pero nunca de tener una pareja y que uno tenga que estar siempre limitándose y el otro nada.

Muchas veces, incluso, escucho a esa misma gente de estas páginas gays hablando de lavativas soltar cosas como "y queremos estar siempre limpios para nuestro chico" o demás comentarios y connotaciones que dan a entender que mi mayor aspiración sexual es, sin ninguna duda, no "manchar" a mi chico cuando lo hacemos. Y nada más lejos de la realidad.

Aparte que a mí nadie me ha explicado nada del tema y por más que busque y lea no encuentro referencias ni modelos a seguir en ningún sentido.

Tú sabes que yo tengo obsesión por la limpieza y el orden, y mi cuerpo siempre está impolutamente limpio por respeto a mí y a la otra persona. Pero esperar que algunos chicos gays nos sometamos a una limpieza intestinal cada vez que tengamos relaciones, no es higiene, no es sano, y es directamente delirante. Si no quieres enfrentarte a la posibilidad de mancharte de lo que hay en los intestinos de todas las personas en este mundo, no la metas en un culo. No es un jardín, no vas a encontrar flores ahí. Es como pretender dar un beso a alguien y esperar que no haya saliva en su boca; esperar que se someta a un procedimiento para secarse toda la saliva de la boca cada vez que se vayan a besar, por "higiene". El cuerpo humano no es una película porno, pero a mucha gente parece que se le olvida.

¿Y sabes otra cosa que me jode? Que pienso que esto tiene mucho que ver con la homofobia. Tengo decenas de amigas que practicaron sexo anal y nunca se esperó que usaran enema porque el sexo hetero, y las mujeres, son socialmente deseables. Los gays sin embargo, siento, tenemos que compensar nuestra supuesta perversión moral incluso durante nuestras prácticas más íntimas, no permitiendo que un posible resto intestinal revele (o ejemplifique) la suciedad que nos define. Y no me da la gana.

La cosa es que, hablando de estas cosas, él se ha reído, como siempre, y me ha dicho que no le importa mientras siga dejándole hacerme el amor (que me suena cursi hasta escribirlo, pero hija en sueco y con su voz todo suena mejor). Yo le he dicho que eso es porque no he empezado aún abe, y al final terminamos hablando de otras cosas.

Antes de irnos cada uno a nuestra casa, casi de la nada, nos abrazamos, me dio un beso en la frente y me dijo sonriendo "shukran habibi". Yo le devolví la sonrisa, abrazado a su pecho y sin entender del todo por qué me daba las gracias.

Pero ahora que te escribo, estoy sintiéndome agradecido también.

Con cariño,
Alberto

16 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Hoy es el último día de Isak aquí en Madrid, y yo he tenido un examen online de la historia de las ideas a través de la literatura de 5 horas. Di que sí. No sé si lo suspenderé o no pero no he estudiado una mierda. He estado demasiado ocupado viviendo sin darme

cuenta de cómo los días volaban. Aunque bueno, luego soy la típica repelente que dice eso y saca matrícula. Pero soy así de payasa, qué le voy a hacer.

El caso es que después del examen (que en otras cosas serán muy light, pero en exámenes los suecos se ponen intensitos) quedé con Isak y fuimos a tapear por el centro, al teatro y luego al cine. Cuando estuvimos en el teatro debo admitirte que me sentí un poco como una señora de 45 años, porque fuimos a ver lo que pillábamos por tener la experiencia teatro en Madrid (con él digo, yo con mi prima he ido varias veces ya porque tiene bonos para dar y regalar). Pero no sé, ha estado guay, sobre todo, el hacerlo juntos.

Nos veremos en Málaga entre la primera y la segunda semana de enero, y luego yo espero estudiar en Estocolmo el semestre que viene, aunque sea los cursos del segundo período escolar que empiezan a final de marzo.

Una parte de mí tenía ganas de seguir explorando todo esto sin él, y echarle de menos. Creo que a veces todo es mejor cuando las personas se echan de menos en lugar de aborrecerse por toparse con lo que es, y no con lo que nos gustaría que fuera y pensamos que es cuando estamos lejos y la realidad no puede abrirnos los ojos.

Con cariño,
Alberto

23 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

Madrid me hace sentirme libre. Vivo. Supongo que necesitaba ese respiro. Lo siento cuando cojo el metro, lleno de gente diferente

sumergida en sus propias movidas. Cuando paseo por la estación central, ojeando libros en el Fnac de Callao, pensando en cómo Isak y yo nos dimos la mano aquí sin miedo (o con menos). Reuniéndome con mis editores, escogiendo colores, diseñando, escribiendo, negociando contratos editoriales, conociendo a tantas personas del mundo editorial, a tantos escritores, yendo a conferencias, paseando por el río con mis primas… No sé.

El otro día, después de un año y medio, volví a ver a Liam en Callao, que está viviendo una temporada en Madrid sacándose un título de entrenador personal. Pasamos la tarde juntos, hasta la madrugada casi. Estuvimos viendo libros, él se compró uno de filosofía y yo uno de psicología cognitiva. Me dijo que algún día mi libro *eighteen* estaría en todas las librerías, y vendríamos juntos al Fnac y se lo compraría conmigo. Luego fuimos a por un helado y nos contamos nuestras vidas.

Después de ponernos un poco al día fuimos a mirar tiendas y le ayudé a elegir unas camisetas y unos pantalones (no sé si te acuerdas que en Estocolmo yo era su personal shopper básicamente). Luego fuimos al Five Guys a cenar, y, después, nos tomamos un helado mientras paseábamos por el centro, riéndonos, aún contándonos nuestras vidas, y hasta casi peleándonos.

La verdad es que parecía como si no hubiera pasado el tiempo, aunque no haya sido tanto. Al escribirte todas las cosas que hemos hecho yo mismo me he sorprendido, porque literalmente lo he sentido como si hubiera durado cinco minutos. Me ha recordado a la manera en la que a veces se me pasaba el tiempo volando cuando hacíamos cosas allí en Suecia, cuando pasábamos las tardes de invierno en Espresso House viendo nevar, o las mañanas juntos en un gym en el que solo me sentía a salvo con él. Y a cómo no cualquier persona puede hacerte sentir de esa forma.

También, si te soy sincero, me ha hecho sentir que no somos lo que yo sentí que fuimos. No somos la pareja que me habría gustado que fuéramos cuando vivía allí y sentía que no tenía a nadie más que a él, que no había ningún otro chico, en quien confiar. No siento ni un cosquilleo cada vez que se quita la camiseta, cosa que hizo unas cuantas veces el otro día mientras se probaba ropa. No quiero que me abrace todo el rato, y, si quiero abrazarle, simplemente le pregunto si puedo. Me siento más relajado con él, sin expectativas, ya que toda la tensión y toxicidad que dominaban mi vida en aquellos años ahora no es más que un recuerdo doloroso.

No es que Liam y yo no seamos la pareja ideal. No somos una pareja, a secas. No estamos hechos el uno para el otro, ni nuestros cuerpos juntos son poesía ni nada por el estilo. No porque seamos menos, o porque eso sea nada malo. Sino porque somos algo diferente. No hemos dejado de estar en contacto estos años, nos hemos mantenido al día de todas las cosas importantes en nuestras vidas, nos hemos reído, escrito, apoyado, felicitado, mandado audios eternos diciendo tonterías (sobre todo yo), mandado fotos, vídeos, recuerdos, nos hemos alegrado de nuestros logros y apoyado mutuamente en lo que no lo han sido, nunca perdiendo el contacto.

Somos mucho más de lo que entonces creí que fuimos. Somos amigos.

Con cariño,
Alberto

25 de diciembre, 2019

Querida Sofie,

A mi pesar, ya estoy de vuelta en Málaga. Y las navidades están siendo difíciles con la situación con Juan, como de costumbre.

Como ya sabes, tengo una relación muy complicada con biodad, y a veces siento como si no debiera ser así, como si fuera mi culpa y fuese yo el que lo hace mal y crea esa situación. He avanzado mucho en entender y aprender que fingir que algo es diferente a lo que es no va a convertirlo en eso; que por mucho que quiera creerme que tengo los mejores padres del mundo, es la verdad de sus acciones lo que voy a terminar sintiendo.

No sé si será solo mi entorno, las cosas que veo, los libros que leo, pero es como que no siento que haya espacio en ninguna parte para tener una relación distante y fría con tus padres. Es como que eso es incorrecto y no puede ocurrir, aunque ocurra.

No querer estar con ellos, que no te apoyen ni te traten bien siquiera. Siento que todo lo que veo es esta figura familiar idílica, y todo lo que se salga de ahí, es necesariamente turbio e indeseable. Cuando a veces, sin quererlo, te ves a ti mismo ahí porque es donde te ha llevado la vida que has vivido.

Ya no quiero seguir fingiendo que vivo una vida diferente a la que vivo, que tengo unos padres diferentes a los que tengo. No tengo el apoyo, ni el respeto, siquiera, que me gustaría tener. Y por ello no siento nada especial hacia Juan más allá de lo que pueda sentir hacia alguien a quien le tengo un aprecio especial por el paso del tiempo y poco más. Quizá ni eso.

No me quiero seguir sintiendo culpable por no quererle, o no quererle más que eso, ni por no echarle de menos, y no querer estar con él. Por no solo no querer parecerme a él, sino tener miedo a que eso ocurra, y querer no tener nada que ver con Juan. Porque todo eso que siento es lo que ha sembrado a pulso faltándome el respeto y denigrándome año tras año. No quiero sentirme mala persona por

decir la verdad. Por expresar lo que siento con respeto, sin intención de dañar a nadie. Pero decirlo. Aun cuando esa verdad es percibida como un insulto.

No sé qué pasará mañana, y no es que yo desee esta situación, pero ya no voy a seguir, aparte de permitiendo que me hagan daño, haciéndomelo yo también por meterme a mí mismo a presión en un molde en donde no quepo por ningún sitio. En un molde de un padre biológico amable y respetuoso que no tengo. Y que, si alguna vez lo ha sido; si alguna vez lo tuve, ya ni puedo recordarlo.

Yo sé que tú me entiendes.

Y al hacerlo me haces ver que no está mal sentirlo. Que hay espacio para algo que difiera de la norma, si ese algo es la verdad. Si ese algo es mi verdad. Me haces tomar en serio mi verdad y no querer ajustarla a la verdad de otros que nada tiene que ver con la mía.

Sé que esto suena a broma—como el 99 por ciento de las cosas que hacemos—pero ¿te acuerdas cuando el otro día hablando por FaceTime nos empezamos a llamar dad, pappa y papá en todos los idiomas? Pues realmente pienso que tú eres más padre de lo que nadie ha sido conmigo.

No conozco a nadie aparte de ti que me haya hecho sentir tan radicalmente bien siendo absolutamente lo que era. Desde el día en que nos conocimos hasta ahora. Sin falta. Sin enfados que terminen en crueldad para después culpabilizarme de ella, ni insultos hacia todo lo que hiciera que estuviera en contra de lo que creyeses.

Min älskade jävla pappa. Supongo que tú eres el padre que me hubiera gustado tener, uno con quien sentirme en paz y no en una guerra continua que me quita tanta energía desde que tengo uso de razón. Alguien que quiera todo lo que soy por lo que ya soy, no por lo que pueda beneficiarle o hacerle quedar mal a él. Un padre que

no me insultara, ni me dijera maricón de mierda porque "eso es lo que eres". Un padre que me escuchara y me entendiera y no quisiera solo entenderse a sí mismo. A quien le importase cómo me siento más allá de qué pensarán de lo que hago. Alguien que se preocupe de lo que soy y no lo que parezco. Uno a quien me sale amar, y no alguien con quien tengo que forzar un amor que no siento. Tú has sido mi familia, mi núcleo, la persona con quien siempre podía quitarme todas las máscaras sin que me juzgaran, sin que las usaran en mi contra. Contigo siempre he podido respirar.

Como ya sabes, por eso te escribo, pappa.

Y por eso no dejaré de hacerlo nunca.

Con cariño,
Alberto

IV

No sé si busco un novio o un arma—
a veces parece todo lo mismo.

—ALPHA

19 de marzo, 2020

Querida Sofie,

Perdona por haber estado tan ausente estos últimos meses. Sé que tú también has estado muy liada con el trabajo y tu primer semestre en la uni, así que supongo que no hemos tenido tanto tiempo para echarnos de menos. Quiero contarte una cosa importante que no te dije antes, y se siente raro que haya pasado tanto tiempo sin contártelo. Supongo que aún tenía que procesarlo. No estoy seguro de haberlo hecho todavía.

El segundo domingo de enero, Isak y yo estábamos tomando un helado en la zona de Elviria mientras veíamos el atardecer en la playa. Él había venido a pasar solo el finde y alquiló una villa en Marbella para los dos. Llevábamos sin vernos casi que justo un mes, desde que pasamos esa semana juntos en Madrid.

No sé por qué fue, ya que siempre tenemos mucha precaución con acercarnos mucho, tocarnos demasiado, o besarnos en público. Pero ese finde había algo diferente en nosotros, que no hablamos, pero creo que ambos sentimos. El caso es que no tuvimos tanto cuidado como solíamos tener.

No sabíamos cuándo íbamos a volver a vernos después de ese fin de semana, porque él tenía un campeonato de bandy desde principios de febrero, además del trabajo. Pues bueno, el domingo a mediodía, cuando ya habíamos pasado el finde juntos en la villa, y horas antes de que saliera su avión, estuvimos juntos en una playa cerca de donde él hacía lo de entrenamiento personal con el club sueco.

Pues estábamos los dos en esa playa, cuando amigos suyos del Tränare Sverige aparentemente se habían acercado mientras nosotros estábamos sentados de espaldas al paseo, mirando el mar. Venían a saludarle y nos vieron juntos. No estábamos haciendo nada especialmente comprometido, pero yo estaba abrazado a su espalda con mi cara posada en su pecho y él me estaba acariciando el pelo.

No sabría decirte si todo fue exageradamente rápido o lento, porque lo sentí de ambas formas. Fue algo raro. Se quedaron a cuadros y él se levantó rápido, ensanchando los hombros, agravando la voz, endureciendo los gestos y con su risa nerviosa, sudando del nerviosismo, diciendo que yo era un amigo que acababa de llegar de fuera y no sé qué.

Yo me quedé mirando cómo ponía una voz que no era suya, cómo hacía gestos, usaba palabras que no parecían salidas de él. En cuanto acabó su interpretación y los chicos se fueron, me dijo, nervioso, que tenía que irse ya, que me llevaba a casa. Se supone que íbamos a pasar la tarde juntos antes de que saliera el vuelo por la noche, pero como podrás imaginar eso no ocurrió. No quise forzar una conversación que sabía que él no estaba preparado para tener así que me limité a mirarle con una mezcla de ternura y tristeza mientras él conducía, pensando en que eso sería todo.

A la hora de llegar a mi casa, después de muchos mensajes borrados, le escribí para decirle que estoy aquí para lo que necesite. Pero para mi sorpresa, ya me había bloqueado de todos lados.

No he vuelto a saber de él desde entonces.

Han pasado más de 2 meses.

Supongo que una parte de mí estaba esperando a que lo que él tanto temía acabase ocurriendo. En parte es un alivio dejar de esconderse. Le echo de menos y me acuerdo de él a menudo, sobre todo porque ya no tengo a alguien a quien abrazar y con quien

sentir que las cosas, aunque no lo parezca, van a salir bien. A ratos me enfada que me haya apartado de esa manera tan repentina e inhumana, otras veces me compadezco de él, otras de mí mismo, otras quiero estar solo y otras con cualquiera. En definitiva, estoy bien y lo seguiré estando. También tengo miedo por él.

Es una mierda lo del COVID, no puedo seguir yendo a pasear a la playa, a leer, o a estar allí con los perros, simplemente a sentir que puedo respirar. Pero, en fin, peores cosas ha traído evidentemente. Creo que una parte de mí ha agradecido la sensación de no poder hacer nada, y que no dependa de mí. También me he quedado encerrado en mi pueblo en Málaga, que no era mi plan. Quizá suena mal socialmente, pero, estar encerrado aquí, viendo cada día cómo, por las noticias, anuncian más y más muertes, me ha hecho ganar perspectiva de lo que viví con Isak. La vida es demasiado efímera, demasiado poca cosa, como para vivirla a medias.

También he vuelto a escribir. He escrito, por primera vez, sobre mi país, sobre mi gente, lo que siento al respecto, la unión y la pérdida. Me voy a poner aún más a tope con los estudios y matricularme en un máster también lo antes posible. Total, ya que no puedo salir a vivir mi vida, la vivo dentro.

Con cariño,
Alberto

22 de marzo, 2020

Querida Sofie,

Sé que la circunstancia no ayudó, y no le culpo, la verdad. No tuvimos demasiada suerte de que "nos pillaran". Pero te juro que una parte de mí sintió un alivio enorme cuando nos vieron. Y, por

horrible que pareciera que lo que tanto llevábamos evitando, se hiciera realidad, de alguna forma me quitó un peso de encima. Seguíamos vivos y juntos ¿no? No nos había tragado la tierra de repente ni habíamos perdido la voz, un brazo, o yo que sé. Estaba todo en nuestra mente, o eso quise creer.

Lo que si me quitó más de lo que pensaba fue su reacción. Quitarme de su vida de un minuto a otro, después de tanto, o tan poco, pero después de haber compartido algo, por mucho o poco que fuera.

Cómo pudo pensar que eso ayudaría en algo, que todo lo que teníamos podía desaparecer por ser expuesto. Vi lo peor de él. Lo que vi no fue nada parecido a lo que había visto (o había querido ver) de él durante todo este tiempo. Parecía casi un mecanismo de supervivencia.

Casi como, ante una situación innecesariamente dolorosa y dramática, tener que elegir entre su vida, toda su familia y lo que le han enseñado (aunque involucre despreciarse a sí mismo), su religión, su iglesia, el sentido de comunidad, de propósito, que le proporciona todo eso, y yo. Claramente no me ha elegido a mí.

Y, si te soy sincero, creo que me ha hecho un favor.

Con cariño,
Alberto

25 de marzo, 2020

Querida Sofie,

Una de las cosas que la cuarentena ha traído tiene que ver con mi relación con Juan, ya que con las universidades y fronteras cerradas, me ha obligado a verle más por primera vez en mucho tiempo.

Desde enero, no me sentía bien teniendo tantas emociones negativas referente a él, cosa que, últimamente, sentía que se había acrecentado cada vez más por el constante "esfuerzo" de ignorarle, de no interactuar en absoluto con una persona que, por otro lado, no para de intentar forzar interacciones públicas entre nosotros.

Y, como dejé de hablarle por sentirme mejor, y no otra cosa, decidí que eso ya no funcionaba.

No quería seguir luchando tantas guerras. Quería que al menos una de ellas cesara, o llevarme la falsa ilusión de eso, al menos. No sabía qué pasaría o qué no, y tampoco estoy seguro de saberlo ahora. Pero no me gustaba lo que estaba siendo entonces, y quise cambiarlo.

Los primeros meses "ignorándole" me sentí libre, como que mi vida volvía a ser oficialmente mía y mi salud mental mejoró radicalmente. Pero creo que ese ciclo ya se cumplió, o simplemente cambiaron los factores que sostenían mi salud mental. Y hay que saber cuándo cambiar de una fase que, a pesar de haber cumplido su propósito cuando era necesaria, ya no lo sigue cumpliendo. No porque él haya cambiado ni mucho menos (al menos que yo vea) pero siento que lo que antes era liberación se había convertido en veneno. Me ahogaba el odio, y no me quiero pasar la vida odiando a nadie.

Como lo ponía la poeta Waheed, quiero que la emoción sea un país en el camino hacia la persona que quiero ser, pero no el destino. No quiero ser esa tensión y rencor. Y, aunque no tuviera claro qué era exactamente lo que vendría luego, sabía que eso ya no se sentía bien.

Así que, desde enero, Juan y yo volvimos a hablar, después de tantos meses sin hacerlo.

Con cariño,
Alberto

1 de abril, 2020

Querida Sofie,

De todo lo que fuimos, Isak se ha convertido en una nube, a veces más lejana, otras plena tormenta, que siempre anda por encima de mi cabeza. A veces siento que la olvido por completo, otras vuelve más fuerte de lo que lo había hecho en semanas y no me queda otra que esperar a que se vaya. No sé si la cuarentena ayuda o no a todo esto. Lo que sí ayuda definitivamente es la uni. Tengo mil cosas que hacer (es lo que tiene estudiar una carrera en año y medio) y entre eso y entrenar, me mantiene bastante ocupado.

Además, he vuelto a escribir.

Cuando pasó eso con Isak, antes de que nos confinaran, iba todos los días a una playa donde apenas hay nadie en esta época del año, y me sentaba a ver el mar. No era mi intención realmente escribir o crear nada, pero acababa pasando inevitablemente.

Empecé a ir a la playa a raíz de que, a finales de enero, tuve un ataque de ansiedad por primera vez en años, y estuve sin poder apenas dormir varios días. Acabé yendo al médico y me dijo que me medicara, pero no quise hacerlo. En lugar de eso, empecé a ir al mar todos los días. Una vez más, el mar se ha convertido en la mejor medicina.

Sentía, y siento, que tengo tanto que decir que no ha salido nunca, que cualquier estímulo que me conecta conmigo mismo hace

que salga todo a borbotones. He seguido pensando en publicar mis diarios de todo lo que pasó en Estocolmo, en una novela.

La llamaría *queen*.

Todo esto me está manteniendo la mente lejos de Isak.

Creo que ir al mar, leer historias que me hagan sentirme visible, compartir mis experiencias, crear algo con ellas, escucharme a mí mismo, educarme, escuchar a otras personas; me da perspectiva de donde estoy, de por qué me siento de la manera en que lo hago.

No siempre funciona, pero me tranquiliza saber que, a diferencia de Isak, todas las cosas que estoy creando y construyendo no se levantarán una mañana y decidirán desaparecer.

Con cariño,
Alberto

5 de abril, 2020

Querida Sofie,

No sé si me equivoco, pero creo que Juan está por primera vez en mi vida, respetando (o algo parecido) mi espacio personal, o al menos intentándolo.

Es algo de lo que no me quejo porque lo último que necesito ahora es a nadie dándome la tabarra con jueguecitos mentales y amenazas. Quizá fui más consciente de su presencia cuando no le hablaba que estos últimos meses, desde enero que, aunque mayormente le ignore, no tengo en mente el no decirle una sola palabra ni prestar la mínima atención ni energía a su existencia.

Creo, también, que necesitaba odiarle todo lo que lo hice hasta el punto de no querer mirarle a la cara ni intercambiar palabra con él durante tantos meses. De otra forma seguramente habría acabado

enquistado ese odio hacia él para siempre. O hacia mí mismo, por no expresarlo.

Dentro de lo podrida que está nuestra relación, creo que ahora está algo más descongestionada, como sin tanta tensión, sin tanta pretensión y expectativa, simplemente "fluyendo" cada uno por un lado. Pienso que a veces es lo mejor, dejar ir las expectativas de lo que debería ser y aceptar simplemente lo que es, por muy distinto que sea a cómo nos gustaría que fuera. Aunque siempre se puede trabajar en arreglar lo que no nos guste. Siempre y cuando sea posible, está claro.

La noche que Isak me bloqueó volví a poner el móvil en sueco.

Con cariño,
Alberto

10 de abril, 2020

Querida Sofie,

Creo que lo que pasó con Isak desencadenó una tristeza en mí que va mucho más allá de él.

Me paso noches enteras mirando al techo, sintiendo cómo pasa cada minuto, luchando por forzarme a descansar, a cerrar los ojos y no pensar, sin éxito.

Otras, lo consigo, para despertarme en medio de la noche apartando un cojín que creí que era su cuerpo. O simplemente con lágrimas en la cara, o con una fuerte presión en el pecho. Aunque no sé hasta qué punto todo esto tiene que ver con él.

He estado refugiándome estas semanas en el deporte con las pesas que tengo en casa, haciendo dominadas colgado de la puerta

de la calle, y cosas del estilo. Estoy haciendo más deporte que nunca. De hecho, he cogido varios kilos de músculo.

Siempre pongo una cara neutra en cualquier cosa que haga, sea universidad, seminarios, conferencias, o reuniones; todo online ahora.

Creo que una de las cosas que más me duele es no poder expresar realmente lo que siento en mi día a día, más allá de estas cartas, y tener que fingir que todo lo que hemos tenido no ha sido más que un sueño, una ilusión que solo nosotros conocemos. A veces hasta yo mismo me lo creo.

A veces siento que estas cartas son lo único que me queda de lo que fuimos, junto a un puñado de regalos y fotografías, destinadas a morir en mi recuerdo, a que nadie más que yo las vea nunca.

Si te soy sincero, creo que más que Isak, me duele que el mundo me quite la posibilidad de ser libre, de amar en voz alta. Eso es lo que me mata, siendo Isak un vaso a través del cual se vierte y refleja ese sentimiento, más que la raíz del mismo.

Con cariño,
Alberto

12 de abril, 2020

Querida Sofie,

No me apetece elaborar mucho sobre Juan, porque por experiencia sé que cada día es una persona distinta e igual que le da la vena comprensiva al día siguiente te suelta insultos, humillaciones, chantajes, amenazas, o actitudes pasivo-agresivas junto a comentarios de "sabía que no merecía la pena esforzarme contigo" o cosas del estilo. Pero entre los pocos pasos adelante y

muchos hacia atrás que ha significado siempre su forma de actuar, puede ser que, quizá por primera vez desde que yo pueda recordar, estas semanas, creo que esa balanza es ligeramente hacia delante.

Finalmente tantas conversaciones de horas y horas que hemos tenido durante años, quitarle de mi núcleo por tantos meses, de mi vida, dejar de hablarle, y demás, han servido para algo.

Creo que haber dejado de considerarle mi padre siquiera; de hablarle, responderle, verle, durante tantos meses ha sido lo más determinante, el punto en el que por primera vez ha llegado a sentir que tenía que hacer algo para evitar que esto acabara así. Que no eran mis "mariconadas" y se me pasaría, o que se me "quitaría la tontería"—como él suele decir—si no me hacía caso. Parece que todo esto le ha hecho a alguna parte de su ser hacer click con al menos los puntos más básicos y humanos.

Por ejemplo, ayer Juan hizo un comentario negativo de la ultraderecha homófoba a la que lleva apoyando desde que salieron.

Recuerdo cuando, unas semanas antes de que dejase de hablarle, hace cerca de un año, me dijo que tenía derecho a votar a la ultraderecha homófoba si le daba la gana y yo le respondí que yo tenía derecho a quitarle de mi vida completamente si me daba la gana a mí. Y cómo se rio en mi cara.

Supongo que este último año se le ha ido quitando la risa, y ha empezado a pensar más allá de sus narices e intereses, para variar.

Quizá ha comprendido que no puede pretender que yo me sienta bien y cómodo con él, exigiéndome, como hacía, que respete su libertad de votar homofobia si le daba la gana, cuando lo que vota va en contra de mí, de quien soy. Parece haber captado que ese voto es un tortazo en mi cara, un escupitajo que me demuestra lo poco que le importo.

Es en parte simbólico. No le voy a aplaudir por dejar de votar a estas alturas a un partido homófobo porque su hijo biológico no lo considere ya ni padre, la verdad. Sigue dejando mucho que desear, y sigue siendo insuficiente para lo que cualquier hijo se merece. Lo que cualquier persona, se merece. Sigo sin sentirme bien ni cómodo con él. Sigo sin sentir que tenga padre.

Pero menos es nada.

Con cariño,
Alberto

19 de abril, 2020

Querida Sofie,

Juan ha estado últimamente hablando del perdón y seguir hacia delante.

Yo creo que tenemos maneras muy distintas de verlo. Me da la sensación—y por lo que le conozco—que él lo ve todo como un sinónimo: perdón, unión, seguir adelante. Como que no hay que mirar atrás, que lo pasado es pasado. Tiende a irritarse bastante, de hecho, cuando hago referencia a cosas que ocurrían a menudo hace unos meses, antes de dejar de hablarle, y que llevan muchos años ocurriendo. Y él es como si no quisiera oírlo, como si fuera una ofensa para la "nueva persona" que es desde hace unas semanas, el recordarle lo que ha sido tantos años.

Yo no tengo intención alguna de recordarle nada para "remover mierda", si es que eso tiene sentido siquiera, sino para que reconozca las cosas que han pasado, algo que no parece tener mucha intención de hacer y que no parece entrar en su plan de mirar hacia delante.

Pero no se puede mirar hacia delante obviando las consecuencias que tu comportamiento ha tenido en la vida de otra persona, particularmente siendo esa otra persona la persona que quieres que te perdone, con la que quieres "mirar hacia delante".

El perdón, la unión, el querernos, el poder mirarnos sin odio siquiera, solo es posible a través de asumir responsabilidades por nuestras acciones. No podemos fingir que aquí no ha pasado nada y que cualquier intento de aclarar todo el daño que se ha hecho, de poner las cartas sobre la mesa; de arrancar de la espalda todas las puñaladas que se han dado, no es válido porque no apoya esa "unión".

Esa unión será falsa si no se sostiene en la verdad de los hechos, de cómo ha actuado cada uno, y no de cómo nos gustaría que hubieran sido las cosas.

Sé que Juan ahora está empezando a buscar esa "unión", el seguir hacia delante y básicamente empezar un nuevo capítulo dejando atrás todo lo que ya ha pasado. Pero cuando todo lo que ya ha pasado ha afectado tanto lo que es hoy, muchas relaciones en mi vida, para con mi familia, incluso la percepción de otros círculos familiares sobre mí, no puedes tirar todo eso al tejado porque no te interesa y atacarme por "remover la mierda" y aferrarme al odio y al rencor simplemente porque te diga que te responsabilices de lo que has hecho.

No pretendo odiar ni a él ni a nadie para siempre, tan solo poder mirar siempre hacia delante en mi vida con las cosas claras, tal y como han sido, y no con una cortina de humo sobre la mierda que no gusta pero que he tenido que tragarme igual, solo porque sea muy incómodo de asumir o de hablar las cosas como son. Merezco algo mejor que eso, y no voy a consentir que nadie, directa o

indirectamente, me haga partícipe de una dinámica que alimente lo contrario.

Entiendo que debe ser duro haber insultado, juzgado y humillado tanto a un hijo; haberme llamado maricón y mentiroso al poco de enterarse de que en el instituto en el que estudiaba me han amenazado de muerte por ser gay. Haber llamado maricón de mierda a alguien a quien tanto se supone que quieres, no haber apoyado en privado lo que sí hacía en público, y dar marcha atrás tras haber jugado tanto tiempo al juego de "todo es culpa de mi hijo, que es horrible".

Pero dejar de hacer eso no es suficiente.

No después de todo lo que me ha afectado y lo sigue haciendo. Después de una década en la que ha hecho pensar a tanta gente que, en efecto, todo siempre era mi culpa, que era tan egoísta, tan mala persona; lo peor que conoció en su vida. Que era un maricón de mierda por hacer lo que yo quería, lo que yo sentía que estaba bien, o simplemente alguien insoportablemente horrible y egoísta por no someterme a lo que le diese la gana hacer. Las cosas, al menos conmigo, no funcionan así.

No sé qué puede hacer o no para deshacer lo que ha hecho, o mejor dicho reconstruir lo que lleva tantos años destruyendo. Pero sé que, desde luego, no será con un abrazo y un "hala, a partir de ahora miramos hacia delante". Ni aunque fuera verdad. Ni aunque eso juegue en favor de su querida narrativa a la que lleva tantos años aferrándose; de que soy tan cruel y horrible mientras que él es un pobre padre con las mejores intenciones que no sabe qué hacer con un hijo tan "difícil".

Sé que la dinámica aquí funciona así; tipo "ay qué rencoroso/orgulloso es este niño, perdónale y ya" como si tuviese algo que ver con rencor u orgullo, como queriendo decir "suelta ya

el drama". Que esa es mi imagen para muchas personas que le rodean, que les rodean, en gran parte porque es la imagen que ha contribuido tanto tiempo a construir a pinceladas—más fácil aún, conmigo viviendo en otro país.

Sé que quizá haya gente que se pase la vida viéndome así, y cualquier cosa que yo haga, por muy mala o buena que sea, siempre será percibida a través de esa lente de lo que han aprendido a ver que soy.

Pero Sofie, de verdad te lo digo, siento que ya es que me da igual. Que piensen lo que les dé la puta gana de mí. Que me llamen mentiroso, maricón, egoísta, mala persona, manipulador, y todo lo que les dé la gana llamarme. Que vean todo eso en mí aun cuando nunca esté en ningún otro sitio aparte de sus ojos. Que vivan y mueran pensando todo eso si quieren.

Eso hace tiempo ya que ha dejado de importarme. Yo tan solo quiero conocerme a mí, verme a mí sin todas esas lentes que otras personas han creado de lo que soy o no, o lo que debería ser o no.

Creo que a veces tenemos que elegir en la vida.

Sea entre nuestros padres, hermanos, amigos, familiares, o nosotros mismos.

Sea entre sus percepciones sobre nosotros, o las nuestras propias.

Sea entre cómo nos percibe el sitio en el que estamos, y cómo nos percibimos nosotros mismos.

Y yo elijo, en las tres ocasiones, la segunda opción. Y no me siento mala persona por ello, menos amigo de mis amigos ni que quiera menos a aquellos a quienes quiero.

No me siento mal por ponerme primero y decirlo.

Aunque me repita mil veces más lo que lleva años diciéndome: "nunca nadie va a quererte siendo como eres" o "te vas a morir solo".

Pero el problema para Juan no es que yo me ponga a *mí* primero, sino que no le ponga a *él*.

Juan siempre se puso a sí mismo primero, es lo que siempre le enseñaron, y eso mismo esperaba que hiciéramos los demás: anteponer su felicidad a la nuestra propia.

Con cariño,
Alberto

21 de abril, 2020

Querida Sofie,

He estado pensando en lo que te dije de Juan el otro día, en lo que pasó con Isak, y en cómo esas dos cosas se solapan de una forma u otra en relación con cómo me he estado sintiendo estos últimos meses. Y, de una forma más extensa, en quien soy.

No puedo evitar sentirme como una especie de profesor, tanto en lo que fue mi relación con Isak como con Juan. Como que siempre asumía y asumo el rol de comprender, de explicar, de entender, pero rara vez se me ofrecían a mí esas explicaciones, esa comprensión, ni esa empatía siquiera. Siento como si, por ver cosas que quizá otros no ven, he sido una especie de luz de la que se han nutrido cuando les ha servido para algo, cuando les ha sido conveniente y rentable. Y se han deshecho de ella cuando no.

Creo que todo eso me ha hecho, en resumen, darle una gran parte de mi tiempo y mi energía a personas que están en un ciclo vital, en un momento de sus vidas, de su crecimiento, totalmente distinto al mío. Que he paralizado mi propio crecimiento por ello, por no saber cuánto es suficiente, ni dónde se traza la línea entre la empatía y el autosabotaje.

Y quiero que deje de ser así. No me quiero pasar la vida educando a nadie. Para que luego, además, prácticamente nada de lo que haga sea realmente apreciado, como cuando Juan achaca todo lo que ha aprendido sobre aceptar a las personas siendo ellas mismas, el respeto al espacio personal, la asertividad adolescente y mucho más a sus "años y experiencia", diciendo que no tiene nada que ver conmigo ni las conversaciones de horas, además de la salud mental que me ha costado explicarle, mostrarle, ser, todas esas cosas hasta que las entendiera, a lo largo de mi vida. Sin contar, además, con todo lo que me ha quitado el que no lo hiciera antes, y que soy una persona diferente por no haber contado con ese apoyo de la que habría sido de haberlo tenido.

Estoy aprendiendo que en algún momento hay que dejar ir la sensación de que por alguna razón mi labor es educar a gente que no tiene interés en aprender. Las personas no son idiotas, y saben lo que hacen. Es simplemente frustrante esperar continuamente que alguien sea algo que no es, pero es doblemente doloroso sacrificar tu paz mental para ser la guía de esa persona hacia la "luz", hacia el crecimiento, despojarse de lo malo y abrazar el cambio. Especialmente sobre su visión de ti. Y cuando ni siquiera tiene intención del cambio en sí, sino de la manera en la que ese cambio pudiera hacer que le percibas como algo diferente a lo que en realidad es.

Es decir, exprimir los potenciales beneficios que ese cambio podría proporcionarle, sin importarle el espíritu y razón del cambio en sí. Y yo quedarme ahí como puente, preparado para ser pisado y luego consolado por mí mismo por la ilusión de un cambio que no existe realmente, pero siempre albergando la esperanza.

Siento que no merece la pena.

Con cariño,
Alberto

1 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Anoche, por primera vez, Isak me escribió.

Cuando vi su mensaje, debo admitir que una parte de mí tenía la esperanza de que su familia por fin lo supiera.

De que le quisieran tal y como es, o que fuera más valiente y se aceptara y quisiera a sí mismo, aunque su familia no lo hiciera.

De que estos últimos meses hubieran sido un trance, una pesadilla, mejor dicho, de la que despertarnos ahora juntos y que en algún momento de nuestras vidas recordaríamos entre risas.

Pero no.

Tan solo ha pasado el tiempo y con él una parte de su miedo, el más desgarrador, el que parece que le impide respirar. Y ahora quiere volver a vivir antes de que vuelva. Y yo pues, una vez más, resulto ser el puente entre su miedo y la vida que quiere vivir.

Pero yo no quiero seguir siendo el puente en ninguna parte. Quiero estar o no, no vivir con un pie en la puerta esperando a ser empujado fuera si obliga la ocasión.

Me ha dicho que lo siente.

No ha cambiado nada, ni tiene intención de hacerlo. Tampoco ha decidido aceptar quien es. Ni lo que fuimos. Ni el hecho de que su familia es agua en su garganta. Sigue viviendo con miedo, y entiendo que asume que ese es su destino, su única forma de amar, en voz baja. Dice que tiene miedo porque nunca ha sentido por nadie lo que siente por mí. Me ha parecido curioso; un chico tan

fuerte, tan grande, tan rudo, tan lleno de miedos, tan diferente a lo que todo el mundo ve, tan incapaz de gustarse a sí mismo aun con todas esas capas de cremas, proteínas, músculos y ropa de marca. Apagué el móvil, me quedé pensando, y me pregunté, realmente, cuál de todas esas cosas será la que más siente.

Me hubiera encantado haber tenido energía para responderle. Haber recibido su mensaje cuando aún lo esperaba. O, directamente, no haber necesitado que nada de lo que pasó desde el incidente hubiera ocurrido. Pero la verdad es que me quedé en blanco al leerle. Y, por mucho que en otro momento me hubiera gustado responder, ya no sabía ni qué decirle. No sabía si había algo que decir, siquiera.

Con cariño,
Alberto

2 de mayo, 2020

Querida Sofie,

He descubierto que le echo de menos pero no le quiero en mi vida.

Echo de menos lo que Isak y yo fuimos, todo lo que vivimos juntos, lo que crecí y aprendí a su lado y lo que sentí que él también creció. Cuando veo algunas de nuestras fotos, vídeos, y mensajes, sonrío, a veces con los ojos empañados, pensando en toda la vida y la intensidad que sentía en el momento. Cómo sentía entonces que realmente no había sensación que superase lo que sentía cuando estaba con él.

Pero eso no me hace olvidar cómo son las cosas, aunque a veces está casi cerca.

No me hace olvidar que su vida entera está construida en contra de quien es y no tiene intención de romper ese patrón. No tiene intención de ser otra cosa más que un chico "normal", hetero, a quien le gustan las chicas y que acabará, como su familia tanto desea, creando un hogar junto a una. Y puede que hasta sea feliz en su mentira.

Yo, literalmente, no puedo darle lo que me pide, no puedo ser lo que espera que sea, sin quitarme a mí mi esencia y dignidad de ser fiel a quien soy. Siento que no puedo permitirme perderme a mí mismo, pero sí que puedo perderle a él. A veces supongo que es cuestión de priorizar en este tipo de decisiones. En el fondo sabía que tarde o temprano acabaría. Aunque debo admitirte que no pensé que sería así de repentino.

Con cariño,
Alberto

4 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Creo que una parte de mí, estos últimos meses, ha sido cegada por el odio. No sé cómo explicarlo. Es como que, durante mucho tiempo, he dejado de permitir todas las cosas en mi vida que he considerado dañinas porque sentía que me ahogaba y no tenía energía ni tiempo para poder explicarle al mar que me agarraba hacia abajo por qué debía dejarme ser, soltarme.

Solo podía pensar en nadar hacia la superficie.

Sentir el aire llenando mis pulmones.

Llevo meses sin tener tiempo ni energía para preocuparme por si al agua le ofendiera eso, por si mi falta de compasión hacia cómo se

sentía fuera injustificada. Lo cierto es que me alegro de haberlo hecho así. No lo imagino de otra manera; contentando al agua que me ahoga y al aire que me salva a partes iguales. Me acabaría habiendo ahogado igualmente.

Estoy empezando a sentir cosas diferentes ahora que me siento, quizá aún como un náufrago perdido, pero agarrado a un mástil de esos en mitad del océano, pudiendo al menos respirar, observar, pensar. Ahora que puedo respirar siento que por fin hay espacio en mí para esa dualidad. Y, el no haber tenido espacio para ella antes, siento que, aunque no podría confiar en que me ha salvado, definitivamente me ha ayudado a sobrevivir.

Siento que nadar con fuerza a la superficie a buscar aire cuando te estás ahogando es tan natural como sentir odio y furia profundamente cuando te están asfixiando y oprimiendo colectivamente.

El agua que te ahoga, es agua en tu garganta.

No el bueno de tu padre, ni la simpática de tu madre, ni tu querido amigo de la infancia. Esos que cometen errores pero que "merecen" comprensión. Si te estás ahogando; si te están ahogando, son agua en tu garganta de la misma manera. Y apartarlo, nadar lejos, no es más que, en cada caso, la respuesta natural a la situación.

La cosa es que siento que, gente de la orilla, incluso muchos que nunca han pisado el mar, o incluso que lo constituyen, me señalan de fuera, mi manera violenta y desesperada de patalear, de buscar aire, mis últimos esfuerzos contra cualquier cosa que me quitase el respirar, y me tachan de absolutamente cruel.

Es absolutamente cruel ahogar a alguien por forzarle a que forme parte de tu océano, y señalarle de cruel si, sabiendo que se ahogará si se queda, decide marcharse a toda costa.

Pero nunca será algo cruel luchar por la vida y la dignidad de uno mismo. Cosa que los que nunca tuvieron que hacerlo, nunca lo sabrán. Por eso yo sé que tú lo entiendes. Por eso siempre te escribo.

Me alegra sentir que estoy en un lugar mejor para cerrar un capítulo con tantas emociones tan fuertes. Y verme capaz de dejar espacio a la empatía colectiva y a la compasión, en general, de una manera que últimamente no siempre me sentí capaz de sentir. Es como que todo esto me va formando, llevando, arrastrando, y yo a la vez empujo nadando, hacia la isla donde quiero estar. Donde quiero ser.

Últimamente, también he estado pensando en que creo que es un problema dar por sentado que las personas asumimos y tomamos algunas conversaciones en igualdad de condiciones.

Yo nunca estaré en igualdad de condiciones (es decir, libre de malestar, una angustia ansiosa en todo mi cuerpo, nerviosismo, y rabia), en una conversación, por ejemplo, sobre los derechos humanos de personas como yo.

Porque sé lo que se siente, porque llevo toda mi vida sintiéndolo, y porque no voy a permitir que eso se siga perpetuando.

Y ante tal conversación, me veo en la situación de debatir sobre algo que me remueve todos mis traumas, todo mi dolor, mi infancia, el instituto, Isak, Liam, el bullying, la policía y lo que pasó en los baños.

Nunca podrá compararse todo esto a alguien hetero y ajeno a todas estas cosas, por ejemplo, en el otro lado de la misma conversación. Esa persona no tendrá toda esa carga emocional adicional, y tenderá a tener mucha más facilidad para abstraerse y desenvolverse en un tema que para él puede ser igual que hablar de chirimoyas, bicicletas, o el tiempo. Tenderá, también, a tener mucha

menos empatía, conocimiento y humanidad al respecto. Pero el caso es que no estaremos en el mismo sitio, aun hablando exactamente de lo mismo.

No sé.

A veces no podría decir ni por qué me estoy ahogando exactamente.

Intento que todas estas palabras, que tantas vueltas, me hagan olvidarme de lo que me hicieron en ese instituto. Y cómo sus manos, sus dedos, su boca y otras partes de su cuerpo me tocaban. Y cómo sus manos, su boca y otras partes de su cuerpo entraban en mí, y sentí que sería la última vez que alguien lo haría, tuviera las intenciones que tuviera. Y el miedo que tiene Isak me resulta más familiar de lo que creo que él pudo entender. Cómo las manos, la boca, y otras partes del cuerpo de Isak fueron las primeras manos, los primeros labios, el primer cuerpo; el primer hombre, en el que confié en toda mi vida. El único al que dejé entrar en mí sintiéndome a salvo.

Y cómo ese mismo miedo hizo desaparecer su cuerpo antes de que tuviera tiempo siquiera a despedirme.

A veces no sé qué cosas veo y qué cosas no. Donde empieza la realidad y acaba el trauma. Y solo recuerdo su risa. Sus gemidos, y sus manos en mi boca. El sonido del pestillo al cerrarse y el agua del grifo corriendo. Mi corazón acelerándose. Y sentir la puerta tan cerca y tan lejos. Y la de cosas que entraron dentro de mí en ese momento, para las pocas que salieron. Cómo sentí que Isak significaba todas esas cosas que ya creía perdidas, volviendo a mí. Cómo me devolvió tanto de quien soy, que ya creía perdido. Aun sin darse cuenta.

Creo que la terapia nunca me ayudó una mierda. Al sentarme en esa silla sentía que la experiencia pasaba a ser un diagnóstico, que

nadie realmente lo entendía, aunque seguramente no fuera cierto. Aún me pregunto si alguien lo entiende. Si soy yo el complicado, o ha sido la vida. Solo sé que nunca me visualicé con dieciocho años, y cuando llegué sentí que de alguna forma había llegado a una meta, superado las expectativas sobre mí mismo. Que incluso había hecho trampas para seguir aquí y ese no era mi destino, adonde pertenecía.

Y cuando Planeta me ofreció el contrato solo pensaba en si la publicación seguiría adelante cuando el autor se muera. Y en si merecía la pena vivir para eso. Y si te soy sincero tampoco me veo a los veintiún años. Ni a los veinticinco. Y juraría que no estaré aquí para los treinta. Siento que hay demasiadas cosas que me empujan a soltarlo todo, aunque nunca te lo diga y solo lo lleve dentro. Aunque a veces hasta yo lo crea.

Es cuando el dolor me despierta por la noche, y no puedo dormir, ni comer, ni estar despierto, ni respirar, que siento que es la hora. Que siento que no querría hacer otra cosa más en esta vida antes de que acabase, y todo ha ido al revés de como debiera desde el puto principio y ya no hay manera de arreglarlo.

Alberto

5 de mayo, 2020

Querida Sofie,

¿Sabes la diferencia entre no querer vivir y querer quitarte la vida? Anoche por primera vez quise quitarme la vida. Quise dejar de estar aquí para siempre. Y te lo juro que pensaba que no volvería a ver el sol de nuevo. Que sería la última noche.

Cogen tu cuerpo. Tu vida. Juegan con ellos como les parece. Y te dejan tirado en un baño de instituto sangrando agua hasta que te das cuenta de que tu vida. Tu esencia. Tu ser. Tus metas. Nunca serán más que sueños.

Estoy convencido de que no somos monstruos.

Hay humanidad en todos nosotros, hasta los más salvajes y despiadados. Y eso es lo importante. Saber eso, irme a dormir, y tenerlo claro, es lo que más paz me da casi siempre.

Es decir, creo que todas las personas somos ambas cosas, buenas y malas. Como con todo, existen los extremos, y habrá un muy pequeño porcentaje de personas realmente crueles, perturbadas, e incapaces de empatizar en la menor medida, que causarán un mal enorme. Y habrá personas con una sensibilidad especial unidas a una baja autoestima que les hará pasarse la vida sirviendo los sueños y egos de los demás para sentirse útiles, y serán percibidas casi como un bien social. Pero serán minorías. Serán personas específicas cuya crueldad premeditada e incompetencia (en el primer caso) harán daño a miles, sino millones, como estos políticos de ultraderecha que están saliendo en España, o Donald Trump—su ídolo.

Pero eso no habla de toda la humanidad, es una pequeña minoría. Las personas que les siguen de hecho, a menudo, aparte de ser relativamente pocas, no significa que sean monstruos. A menudo son ignorantes. Suelen ser poco empáticos. A veces autoengañándose para creer lo que les conviene, y casi con certeza desconocen lo que es estar en los zapatos de las personas diferentes

a las que la sociedad castiga directa o indirectamente, sea por ser gay, afeminado, una persona de color, o lo que sea.

No significa que las personas solo puedan ser buenas, o malas. Pienso que deshumaniza enormemente a las personas dividirlas entre buenas y malas, a menudo según el juicio personal de lo que consideramos como bueno o malo nosotros. Yo creo que, como digo, con pequeñas excepciones de personas excepcionalmente crueles, todos somos un poco de ambas. Y también creo que la humanidad, la empatía y la educación puede unirnos.

Creo que hay cosas que no deben cuestionarse nunca, porque le arrebata la humanidad a otras personas, y eso no debería estar abierto a debate.

Por eso odio cuando se hace esa distinción con la gente diferente; aun siendo en contadas veces necesaria, por ejemplo: los derechos gays. Las vidas trans. Los problemas de personas negras. Cuando son derechos humanos, vidas humanas. Problemas de humanos. Esa es la raíz y el origen. Yo no voy a pelearme con nadie por su visión política en cualquier otra cosa que no sea la humanidad de las personas. Como se suele decir, la libertad de uno acaba donde empieza la del otro. No tenemos derecho a decir "no estoy de acuerdo con el matrimonio *gay*" porque es no estar a favor del matrimonio, a secas. Añadir "gay", "trans", "negro" o lo que sea al final, se convierte en una excusa, un constructo social, para negarle un derecho humano a alguien haciendo parecer que está pidiendo un privilegio.

No voy a aceptar, absoluta y radicalmente, a nadie quitándome o quitándole a otra persona sus derechos humanos en el nombre de "opiniones políticas respetables y libertad de expresión" que es una manera larga, en este caso, de deletrear "odio". No voy a permitir que el odio siga haciendo tanto daño, que le quite tanta dignidad, a

tantas personas. Cueste lo que cueste. Y por encima de todas las cosas.

Con cariño,
Alberto

6 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Sinceramente, estoy empezando a apreciar realmente lo que he sido, lo que me ha pasado y traído a ser lo que soy.

Siento que no sería una persona tan introspectiva de no ser por todo lo que ocurrió en Estocolmo, todo lo que ha pasado con Juan y, en general, todo lo que lleva pasando desde que tengo uso de razón y he crecido en una sociedad hetero como chico muy gay. Creo que, de haber sido uno más, no habría tenido esa fricción constante con tantos de mis compañeros que me hacían replantearme a quién quería a mi lado. No habría tenido ese conflicto interno con mis padres biológicos, que nunca me entendieron y para quienes siempre fui un enigma indescifrable. Ni me habría preocupado tanto por entenderme a mí mismo.

No habría valorado lo importante que es el respeto de haberlo dado por sentado, de no haber vivido una absoluta y total falta del mismo, como durante mis años en el instituto en Estocolmo. No sería nada siquiera parecido a lo que soy hoy, no vería tantos matices en la vida, no la sentiría tan intensamente, no querría tan profundamente a la gente a quien quiero, no me sentiría tan vivo, al menos en parte, de no haber sido gay. De no haber sido yo.

Creo que ser gay trae muchas más diferencias y aspectos que definen la vida de una persona más allá de la sexualidad y con quien

decides compartir tu vida. Creo que define una parte importante de lo que eres, no por ser gay, sino por cómo la sociedad te percibe y te trata por serlo en tantos aspectos diferentes. Y me gusta. Haberme sentido tan zarandeado de tantas maneras por ser así me ha abierto los ojos una y otra vez para ver claramente qué quiero ser, qué no, y qué no me importaría probar. Me ha quitado los prejuicios, el miedo a equivocarme, a decepcionar a seres queridos, y, lo más importante de todo, me ha enseñado el valor de ser yo mismo con la cabeza alta en un mundo que denigra y menosprecia tantos aspectos de lo que soy.

Soy consciente de que esta es mi experiencia y propia forma de vivirla, y no es extrapolable a todo el mundo, pero sí que creo que tiene que haber muchas personas que sientan algo parecido. Al fin y al cabo, todos vivimos en algún tipo de sociedad (aunque yo vaya y venga entre unas y otras tan distintas, y en la complejidad de mi experiencia se vea reflejado).

No sé, me hace sentir parte de algo. Algo que ha sido usado para hacer daño a las personas pero que en muchos casos no lo ha conseguido del todo, y las ha hecho más fuertes a la vez que las ha dañado.

Por primera vez en mi vida, quiero seguir siendo parte de ese algo. No siento la nostalgia de lo que habría sido haber nacido en lugar, o mejor dicho en el cuerpo, de mi hermana. O simplemente haber sido hetero. Creo que ha dejado de interesarme intentar ser algo tan diferente a lo que soy, a lo que realmente siento. Por primera vez, lo siento como una especie de elección. No de ser gay, por supuesto, sino de no despreciarme lo más mínimo por ello, pero de verdad. De querer ser lo que soy, y no cambiarlo, aunque pudiera. Es un camino, supongo, el de vivir cómodo al cien por cien

en cada centímetro de tu piel, de tu esencia, tu ser, cada detalle de lo que eres, por mucho o poco que te guste.

Es un camino gustarte, quererte y respetarte en todos los aspectos, y a su vez hacerte respetar. Y, por qué no, gustar y querer también. Pero estoy deseando recorrerlo junto a las personas que cumplen el requisito mínimo de su respeto, apreciación y cariño. Y alejarme, aun con una sonrisa, de todo el que no sea capaz de ofrecerme siquiera eso, sea quien sea, aunque me quede tan solo en mi propia compañía. Porque lo que yo pienso sobre mí, lo que yo soy, es más importante que lo que toda mi familia biológica y grupo de amigos juntos pueda siquiera acercarse a ser hacia mi autopercepción. Y no quiero que eso se me olvide nunca.

Por eso te escribo.

Con cariño,
Alberto

7 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Creo que me siento más en paz sin Isak.

Me hacía sentir libre en parte, al recordarme que la vida también tenía esa intensidad, esa lujuria guardada para mí.

Pero me atrapaba a partes iguales.

Era una libertad llena de rabia, de enfado, de rencor por darme algo que a partes iguales me quita. Mientras más tiempo paso sin él más en paz me siento, a pesar de echarle de menos en todos los sentidos, idiomas y significados posibles de la palabra.

Es algo raro.

Mi cuerpo le echa de menos. Mis emociones, mis recuerdos, una parte de mi vida, también. Pero la racionalidad que tanto me mueve muchas otras veces, lo que me llama a seguir entendiendo y cuestionando la vida, me dice que esto es lo mejor que podría pasar y que el único resultado alternativo posible a esta ruptura era una ruptura más adelante por aparentemente otro motivo, pero proveniente de la misma raíz.

Isak no se quiere.

Y una parte de mí le compadece por ello. Por cómo se nota en cada parte de su cuerpo, querer ser algo distinto a lo que es. Alguien distinto a quien es. Otra le odia por lo mismo. Es inteligente, sensible, generoso, educado, atento, dulce, inquieto, divertido y profundamente bueno. Me da pena que no sea capaz de ver todo lo que es. De que no le sea suficiente con todo eso. Y a la vez odio con todas mis fuerzas que una persona tan inteligente sea capaz de ser engañada en creer que vale menos, o merece menos, por sentirse atraído a otros hombres.

Sé que no es tan sencillo, o una parte de mi mente al menos lo sabe. Pero a la vez sí que pienso que lo es. Creo que a veces es cuestión de dejar ir. Ser tú. Gritar "soy así, y al que no le guste que no mire".

A mí me gusta.

Sé que a ti te gustaría.

A millones de personas en este mundo, les gustaría.

Ojalá eso fuera suficiente. No entiendo por qué tiene que tener a su lado a todas las personas que no les gusta ni les gustaría nunca. Aunque sé que en el fondo, en parte es porque ni a él mismo le gusta.

Aún no he respondido a su mensaje. Pensé que cambiaría de opinión conforme pasaran los días, pero la verdad es que sigo

sintiendo que no me queda nada que decirle.

Con cariño,
Alberto

9 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Últimamente me siento bien y tal, pero una parte de mí no puede evitar preguntarse qué hubiera sido de nosotros, de lo mío con Isak, si yo hubiera sido capaz de apreciar lo que me daba en lugar de desear lo que no. Si hubiera puesto mi energía en todas las cosas que sí se atrevía a ser, y no pensar en ojalás y en posibles alternativas que nos harían más felices. Cosa que en sí misma me hacía infeliz.

No puedo evitar recordar lo feliz y eufórico que fue el verano pasado con él, donde no teníamos tiempo ni para pensar, solo compartíamos las horas, nos reíamos hasta que nos doliese la tripa, cogíamos el coche para ir a cualquier sitio y ninguna parte, creábamos recuerdos sin pensar en ellos como tal. Solo estábamos vivos, y disfrutábamos de estarlo juntos.

Creo que fue lo más puro que tuvimos, lo más cerca que alguna vez estuvimos de ser nosotros, juntos, antes de que cada uno tuviera que volver a sus vidas en septiembre. Antes de que tuviéramos tiempo de pensar en qué significaría para otras personas, para la fe, para las expectativas.

Lo más parecido que sentí al verano fue cuando estuvimos juntos en Reino Unido, a veces también en Madrid. Cuando me sentía más de vacaciones que en alineación con mi propia vida, era solo entonces cuando sentía que había hueco para él, para un nosotros.

Parece como si fuera imposible adaptarle más allá de ese rol, y quizá de eso se trató todo desde el principio. Querer forzar lo que, aunque quisiéramos, no podía encajar. Al menos tal y como era.

Lo que parecían los mejores meses de mi vida no los pasé escribiendo. Los pasé riendo, gritando, besando, viviendo, junto a él. Los pasé sin contar fechas ni eventos porque estaba demasiado ocupado viviéndolos, y ya tendría tiempo de escribirlos luego cuando hubiese hueco en mi mente para algo más que toda esa euforia que me hace sentir estar con él.

Creo que por eso nunca escribiré sobre los mejores momentos de mi vida. Son algo demasiado puro, demasiado abstracto, para poner en palabras. Son algo diferente, donde no se piensa, solo se es. Querer atrapar eso en un folio es pretencioso y surrealista; simplemente no es el lugar al que pertenece. Creo que esa es la cosa; esos momentos no pertenecen a ninguna parte, persona o lugar. Solo ocurren, solo pasan.

Y por eso son tan especiales.

Con cariño,
Alberto

10 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Isak me ha llamado.

Y me ha dicho que tiene novia, pero que quiere volver. Sus palabras han bailado entre querer volver y querer "att kyssa dig och krama dig", "känner dig" y "vara inom dig en gång till". Evidentemente, sigue siendo "hetero" de puertas para afuera y no

tiene intención de cambiar eso. Así que la propuesta era, como lo nuestro, secreta. O, como diría él, "diskret".

Me he sentido bien hablando con él, recordando todo lo que nunca he llegado a olvidar, todo lo que llevo pensando desde todos los ángulos posibles, estos últimos meses encerrado en casa. Estaba paseando a mi perro mientras hablábamos, por el terreno ese con césped donde a Khiara siempre le encanta corretear, y sonreía como un tonto, de una manera que solo me había hecho sentir él.

Sin embargo, no me he visto capaz de seguirle.

De "saltar".

Le he dicho que yo también le he echado de menos (como si acaso no lo siguiera haciendo) pero que no puedo "volver". Por primera vez le he dicho lo que no tuve ocasión de decirle, de procesar, antes de que se fuera y me apartara tan violentamente de él y de su vida de un momento para otro. Le he dicho que, a pesar de quererle, no puedo seguir siendo su secreto. No puedo ser el puente que une quien quiere ser, con quien acaba siendo. La vía de escape, que se supone que te salva. No puedo salvarle, aunque quiera, ni ayudarle a que se encuentre, sin perderme a mí. No puedo hacerle feliz, sin hacerme infeliz.

Le he dicho que siento que siempre hemos empujado nuestros propios límites, siempre hemos desafiado, aun inconscientemente, hasta donde estábamos dispuestos a llegar el uno por el otro.

Él, hasta dónde estaba dispuesto a dejarse ser, a cuánto estaba dispuesto a renunciar, por mostrarse, abrirse, sentir, lo que todo el resto de su vida más allá de mí le había enseñado que estaba profundamente mal.

Yo, hasta dónde estaba dispuesto a aceptar y abrirme a un amor a medias, ignorando la sensibilidad de mi naturaleza, solo completo a solas, a escondidas del mundo, lleno de vergüenza, de miedos, de

tantas cosas tan ajenas a nosotros y a lo que yo realmente creía correcto, de tal manera que quedarme, exponerme continuamente a eso, a veces se convertía en una manera de fallarme a mí mismo. Una y otra vez.

Le he dicho que nos merecemos sentirnos completos, sea juntos o no. Y he notado, por primera vez, algo parecido a ese nudo en la garganta y esa voz pausada que preceden al llanto, en su voz. Tras unos segundos eternos en silencio, me ha dicho que no es tan fácil, y le he dicho que yo nunca dije que lo fuera. Y que le quiero, muchísimo, y eso no cambiaría, pero también me quiero a mí, y sin su disposición a hacer algo al respecto de su situación, yo no podía quedarme en su vida. Luego, Isak solo me dijo "akeed… yanni det e allt" casi como una pregunta. Pero, después de unos segundos en silencio, añadió "wallah Alberto, I loved ya more den I loved myself". Y colgó.

Una parte de mí se quedó divagando en la idea de que quererme a mí siempre fue más fácil que quererse a sí mismo.

Perdí la noción del tiempo que estuve sentado en un banco junto al césped, con Khiara paseándose sola junto a mí, a ratos lamiéndome, a ratos persiguiendo gatos, a ratos acariciando su cara en mis piernas. Yo pensaba en el día en que nos conocimos, en todas las cosas que hemos sentido, en la primera vez que nos vieron juntos y, aun fingiendo ser amigos, sentí que una distancia invisible entre nosotros se había roto, y que así sería cómo seguiríamos rompiendo el resto.

Y cómo de lentamente acabé descubriendo que no sería así, que las distancias, los muros invisibles que nos quedaban por romper, ya estaban rotos, y lo que quedaba no era más que lo que había. Y sentía, ya con lágrimas en los ojos, en las noches que me iba a dormir, después de hablar con él, un nudo en el estómago sabiendo

que eso no era lo que yo quería realmente. Que no estaba bien haber pasado tantos años en guerras con mis propios demonios, mi padre biológico, mi entorno, lo que se esperaba de mí y no soy, las expectativas y el miedo, la vergüenza, el instituto, para ahora esconderme por los demonios de la persona a la que quería.

Y en cómo le quería tanto que casi no me importaba, aun haciendo frío, y estando solo. Y también, en cómo, evidentemente, me olvidaba del más profundo de esos pensamientos cuando estaba con él.

En cómo me abrazaba y sentía que tenía a un superhéroe protegiéndome del mundo, de mí mismo, de todo lo que pudiera hacerme daño. En cómo él también se llegó a sentir así conmigo, a su manera. Pensé en lo determinante de hacer las cosas "a nuestra manera" y que esas maneras sean tan diferentes que ni el amor lo reconcilie.

Pensé en todas esas cosas mientras pasaba la tarde, sin moverme, hasta que un coche de policía se acercó a decirme que me quitara de ahí ahora mismo, que no está permitido sentarse en los bancos en la pandemia, aun estando la calle vacía y al lado de mi casa. Y que dónde vivía, que iban a multarme. No sé cómo al final no me multaron con lo enfadados que parecían, supongo que solo les apetecía, como en el pueblo acostumbran a hacer, empujar un poco más de la cuenta, un poco más de lo necesario, para llenar lo que sus uniformes, de otra manera, no ocupan.

Cuando acabe la cuarentena voy a sacar todas nuestras fotos, junto muchas otras de amigos y amigas, para no levantar sospechas ni en el chico de la papelería, y voy a colgar alguna en mi cuarto. Si me preguntan diré que es un amigo de Suecia.

Y, si no me preguntan, podré disfrutar tranquilo de la certeza de que fue mucho más.

Con cariño,
Alberto

15 de mayo, 2020

Querida Sofie,

No quiero recordar a nadie como lo peor que me ha hecho, aun cuando ya no estén en mis vidas. Creo que es cruel e injusto, y a la vez, en parte, inevitable.

Es decir, sé que tú por ejemplo no es que tengas la mejor opinión de Isak, y lo entiendo, porque de lo bueno y lo malo, lo malo suele calar más, llamar más la atención, que las cosas buenas. Pero lo bueno también importa, también define.

No solo me ocurre con Isak, también con mi hermana, y hasta con Juan.

Si muriera mañana, no quisiera recordar todo el daño que me hicieron cuando, en el caso de mi familia biológica, me menospreciaron, humillaron, o llamaron maricón de mierda. Y, en el caso de Isak, cuando no se sintió orgulloso de nosotros, de lo que tuvimos, lo que fuimos.

Porque hay mucho más.

Isak, Juan, y mi hermana, son mucho más que todas esas cosas. Quiero acordarme de las veces que Juan creyó en mí, aunque a veces la niebla del rencor no me deje verlo. De las veces que mi hermana quiso entenderme y ver más allá de lo que en mi familia biológica pensaban de mí, y no las que no lo hizo. Y quiero acordarme de las veces que Isak fue capaz de ser él, y no solo las veces que el miedo le ganaba.

Puede que las circunstancias fueran en parte de las razones que más peso tuvieran para que estas personas acabaran inclinando más la balanza hacia un lado que otro, pero eso no les quita lo que fueron, lo que sintieron, cuando trataban de cambiar y, por un momento, lo consiguieron. Lo que sentirían por dentro al intentar romper el patrón de lo que solían ser siempre, para atreverse a ser algo nuevo. Crecer fuera de la caja donde han sido siempre. Aun cuando después de hacerlo acaben en el mismo sitio. Ya no son la misma persona, porque lo quieran o no, ya han salido. Quiero recordar eso de las personas, siempre. Las veces que han salido, y no todas las veces que se han quedado dentro, atrapadas.

Quiero aprender a celebrar ese coraje, y no castigar la falta de consistencia o perseverancia. No sé. Creo que además eso hace que las personas crezcan más; cuando se confía en ellas, en lugar de esperar siempre lo peor, augurar la puñalada antes de recibirla siquiera.

Es solo que me gustaría sentirme siempre así, y no solo cuando estoy calmado, en paz, o nada considerablemente grave perturba cómo me siento. Me gustaría vivir en este remanso de serenidad en todo momento, y no solo cuando sea capaz. Pero supongo que estoy trabajando en ello. Y tampoco pasa nada.

Con cariño,
Alberto

17 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Siento que he tenido demasiado odio hacia todo lo que me recordase a lo que me oprimía, aun no siendo particularmente ese

algo la cosa que me oprimiera. Que esas ideas han chocado con las de otras personas y en el proceso no ha habido entendimiento ni mediación donde ambos podríamos haber, no cedido, ni estado de acuerdo, sino quizá haber escuchado más abiertamente.

Sé que siempre intento y he intentado no faltar el respeto a nadie, pero creo que a veces eso no ha sido suficiente. Que a veces no es cuestión de no faltar el respeto solamente, sino de no esperar siempre lo peor de las personas que se parecen a otras personas que sí que hicieron lo peor. Creo que lo malo de todo esto es que, como con la familia de Isak, se termina diciéndole a la otra persona: esto es lo que eres y no espero nada más de ti. En lugar de abrir la mínima posibilidad a una ruta alternativa, a un cambio, a crecer y no generalizar a individuos.

Supongo que me recuerda un poco a mi trauma con los chicos, cómo siempre he dicho que no puedo confiar en los hombres porque de lo mal que muchos de ellos me trataron a lo largo de mi vida, inevitablemente ya siento que todos van a hacer lo mismo. Cómo me cuesta tanto abrirme a ellos, confiar, solo porque una parte de mí está convencida de que su naturaleza es negativa, depredadora, acosadora, cobarde y cruel. Cuando eso no es cierto.

No importa cuántos chicos así haya conocido porque no quiero que esa mentira sea mi manera de verles a todos. No importa las casualidades que me hayan llevado a pensar de esa forma. Evidentemente eso no es comparable a sistemas mayores, como el racismo y homofobia estructurales, por ejemplo, pero sí a cómo me siento por dentro acerca de grupos de personas que entiendo que piensan distinto a mí. No sé si tiene sentido.

De hecho, creo que como ya te he dicho otras veces, me hizo bien sentir toda esa ira hacia lo que me sentaba mal. Pero creo que es algo pasajero. Que no es el estado en el que nadie quiere vivir.

Quiero y voy a seguir luchando por todo lo que no es justo. Es solo que, después de la tensión y la intensidad de la emoción, quiero poder tomar esa misma lucha desde un lugar más lleno de paz que de odio. Creo que el odio me consume más y me da menos a largo plazo, aunque a corto plazo pueda llegar a ser inevitable y hasta necesario. Quizá incluso sano. Creo que es algo de lo que hay que salir, al menos yo quiero hacerlo. No sé si tiene sentido, pero es lo que siento ahora.

Creo que es difícil cuando alguien te falta el respeto continuamente, pararte a valorar el aprecio que te tiene, o lo bueno que ha hecho por ti, por mucho o poco que sea. Para mí ambos conceptos no han sido compatibles, el ser insultado y tratado mal y a la vez forzarme a sentirme—y mostrarme—agradecido por todo lo bueno que Juan ha hecho por mí. Sé que no soy el único que se siente así, aunque a veces (demasiadas) lo parezca.

Si te digo la verdad, no me arrepiento de haber puesto todas las distancias que me han hecho mantener mi amor propio y dignidad a raya cuando él las amenazaba, fuera consciente de ello o no. Para mí, elegir ser yo, antes que complacer con (o amoldarme a) su expectativa de mí, ha sido siempre lo más importante.

Supongo que todo es un proceso, y así como el odio tan fuerte que sentí hacia él durante tanto tiempo acabó por ir apagándose poco a poco, quizá en todo esto termine cabiendo un margen para algo menos insano, más "familiar" y humano, de lo que ha sido. De lo que puedo recordarlo.

Espero que llegue el día en el que no exista nada de lo que me hace ser incapaz de, más que ver, apreciar, lo bueno de Juan. Por mucho o poco que sea.

Lo mismo, pero al contrario, es lo que siento que me pasa con Isak. A veces siento como si no pudiera hacer nada malo, o

cualquier cosa mala que hiciera fuese tan eclipsada por todo lo bueno que es—o que quiero que sea—que se convierte en irrelevante.

Con cariño,
Alberto

19 de mayo, 2020

Querida Sofie,

Juan está progresando, supongo, en sus recientes (y nuevos, y sorprendentes, y repentinos, y sobre todo inesperados) esfuerzos por formar parte de mi vida.

La verdad es que me sorprende y a veces me agrada, pero sobre todo me da paz. Estaba harto de vivir en una guerra, en un espacio lleno de tensión, prejuicios, echarse cosas en cara, homofobia y ataques a diestro y siniestro porque sí. Y sobre todo tanta hipocresía.

Resulta que desde enero ha estado yendo a un psicólogo (la mitad del tiempo online) que le ha dicho y repetido muchas veces algo parecido a que, aunque yo sea diferente y mire y vea todo diferente a como él lo haría, debe dejarme ser. Nada que no le lleve yo diciendo más de siete años, pero como de costumbre alguien de fuera tenía que venir a repetirlo para que lo considerase.

El caso es que está intentando hacerme ver que le importo, un poco tarde pero, en el fondo, creo que no en el punto de no retorno.

Me ha comprado un ordenador para la universidad, y se me saltaron las lágrimas cuando me lo dio, pensando en el dinero que ha tenido que costarle. Creo que es la primera vez que recibo un regalo como este de mi familia directa, así porque sí.

Supongo que está aprendiendo a expresar de la forma más sana que sabe que ha cambiado y está poco a poco dejando atrás a la persona que fue hacia mí.

Y, aunque tengo muchos sentimientos negativos después de una vida siendo insultado, maltratado y tachado de la mala persona culpable de todo lo que es disfuncional en mi familia, una parte de mí necesita esa paz. Aunque sea mentira, efímera, o vuelva atrás igual que viene hacia delante. Y no porque seamos "familia", y por ello merezca mi perdón, sino porque necesito dejar de vivir en guerra.

Supongo que menos es nada. La verdad es que no actúo como si nada porque ni lo siento ni creo que ayude a nadie, ya que no sería la primera vez que me hago el simpático y me trata aún peor al día siguiente porque mi simpatía deja vía libre a su victimismo. Pero creo que todo es un proceso. Te iré informando de cómo va todo, pero sí que es cierto que no tiene nada que ver cómo eran las cosas hace un año a como lo son ahora.

Por otro lado, en plena cuarentena se rompió el sofá, y no había sofá porque Juan estaba ahorrando para comprar uno estos meses. Y bueno, tú sabes que Juan siempre lo compra todo origen cien por cien español, alpha, hetero, neutro y todo lo que te puedas imaginar que encaje en lo "normal".

Pues esta misma semana levantaron algunas restricciones por la pandemia en los comercios de muebles, entre otros. Y ayer compró un sofá rosa.

Con cariño,
Alberto

1 de junio, 2020

Querida Sofie,

Llevo unos días en los que no me siento yo. Como ya sabes, hoy ya hace una semana desde que la policía en Estados Unidos mató a George Floyd asfixiándole con la rodilla al cuello en mitad de la calle, a plena luz del día y con tantas caras y cámaras mirando cómo Floyd se apagaba.

Siento que se han roto un millón de barreras entre lo que creía saber sobre el racismo y lo que estoy sintiendo, viendo, estos días. Me despierto pensando en ello y me voy a dormir pensando en ello. He dejado de seguir a todas las personas que se han mostrado indiferentes de una forma u otra, en redes sociales, incluso a las que han hecho amago de sumarse a la causa cuando, conociéndolas, sé que contribuyen a esa historia única y deshumanizadora de la gente negra ellas mismas.

Algo que ha resonado mucho en mi mente, que he leído por parte de muchos amigos suecos (de ojos azules, tez blanca y pelo platino), ha sido la frase "I understand that I will never understand". Y me he dado cuenta de que no me identifica. Que sí lo entiendo, porque en una medida mucho menor y diferente, he experimentado racismo—aunque sé que mi experiencia nunca se acercará al nivel de violencia y deshumanización que sufren las personas negras.

Me ha recordado a cuando Chimamanda dijo eso de que el racismo es como una especie de catarro que no todos sufren igual; ya que algunos síntomas son mucho más severos (según lo oscura que sea tu piel) y mucho más sutiles y suaves (mientras más clara sea tu piel). Pero que, aunque la experiencia cambia exageradamente, lo que para gente como Isak y como yo puede ser que se asocie lo que se percibe como árabe, a terrorista o peligroso, o a veces nos puedan retener más de la cuenta, o que el segurata de la tienda nos persiga sin motivo, o las abuelas se agarren el bolso

y se cambien de acera si le preguntamos por la hora, en personas como George Floyd puede acabar con su vida.

Y me he dado cuenta de que no es suficiente informarse, como cuando Isak y yo nos pasamos la noche en su apartamento en Madrid buscando artículos y organizaciones sobre Fridays For Future, después de haber ido a esa manifestación.

Que no basta con ser una especie de Wikipedia andante. Que hay que pararle los pies al racismo. Al igual que con la homofobia, porque se llevan vidas, y hay tantas otras vidas que no se llevan, pero que hacen miserables.

Y que no es suficiente con ser no racista, y mirar para otro lado cuando separen a alguien del grupo, lo traten diferente por su color de piel, porque no vaya contigo. Mirar para otro lado, y decir "yo ni con unos ni con otros" cuando deshumanizan y matan a un hombre desarmado en mitad de la calle, cosa que, de haber sido blanco, no habría ocurrido. Mirar para otro lado, simple y llanamente, cuando tratan peor a algunas personas, solo porque no te afecte a ti. Es enfermizo que algunas personas estén más en peligro en este mundo, que lo tengan mucho más difícil en tantos aspectos de su vida, simplemente por sus características raciales. Por ello el mundo es un lugar peor, algo menos seguro.

Y por eso también, no basta con mirar para otra parte y tímidamente desasociarte de los problemas que a otros destrozan la vida, pero a ti no te tocan de cerca.

Por eso no es suficiente con ser no racista.

Todos deberíamos ser antirracistas.

Con cariño,
Alberto

3 de junio, 2020

Querida Sofie,

Ayer, viendo las noticias, todo lo que está pasando en Estados Unidos, George Floyd, Breonna Taylor y demás, lloré por primera vez en meses.

Y mientras lo hacía, no pude evitar recordar que nunca llegué a ver a Isak llorando.

A veces incluso parecía que no sentía las cosas por cómo no las expresaba, por cómo se limitaba a endurecer la expresión y tirar para adelante, a ser un hombre, a no dejar que su propio ser le limpiara de vez en cuando.

Y me pregunto cómo podría yo haber llegado a lo más profundo de una persona que no se permite a sí misma limpiarse, sacarlo, llorar, sentir el dolor cuando viene.

Todo era el gimnasio y sexo. Le sugerí muchas veces que escribiera o buscara cualquier forma que sacara lo que tenía dentro, pero siempre me sonreía y me daba un abrazo o me besaba, dándome a entender, o directamente diciéndome, que él estaba perfectamente. A veces también me guiñaba un ojo, y me insinuaba que el sexo lo arregla todo.

Pero nunca me ha reconocido no estar bien a pesar de tener la familia que tiene. Creo que le hace sentirse fuerte, el no hacerlo. Pero, al menos yo, nunca he percibido como fortaleza la incapacidad de mostrarse vulnerable.

Sé que muchas veces se mostró vulnerable conmigo, que me dejó que le hiciera las uñas y le pintorreara la cara entre otras cosas, me habló de cómo se sentía cuando estábamos juntos y solos, más libre, más él, más como le gustaría ser todo el tiempo.

Pero siempre eran momentos puntuales en los que exteriorizaba así lo que yo significaba para él, y su cuerpo, sus lágrimas, sus emociones, no siempre acompañaban lo que sus palabras decían. No sé. Era como que lo sentía pero no se lanzaba a expresarlo, a realmente serlo.

También creo que, una parte de estas cosas, se impulsaba a hacerlas una vez yo había recorrido ya ese mismo camino por diez. Una vez le había expresado lo que yo sentía cien veces, por ejemplo.

O, en el caso de dejarme hacerle las uñas y tal, que eso era en parte porque yo siempre sería más femenino que él; que no le arrebataría nada el mostrarse menos hipermasculino conmigo. Sobre todo "obligado" por mí.

Pero llorar es otra cosa. Es algo tuyo, viene de dentro. No puede llorar por mis ojos, ni esperar a que yo llore para él llorar un poco menos.

Llorar requiere conceder el control a tus emociones, a lo que está dentro de ti. No puedes manipularlo para controlar cuánto lo sueltas, cuánto lo sientes. Te entregas, lo sueltas, lo vives. O no lo haces.

Él siempre me ha abrazado si me sentía mal, las veces que lloré (que la verdad tampoco fueron muchas) o simplemente cuando necesitaba que lo hiciera. No tenía miedo de las emociones, las que no eran suyas al menos. Siempre ha respetado y entendido, o tratado de entender, las mías, mi forma de sentir. Pero no la suya propia.

Realmente me pregunto si podemos crear una intimidad real con alguien a quien nunca hemos visto llorar. Con alguien que no llora. Que no tiene suficiente intimidad consigo mismo para ello. Cómo puedo abrir esa puerta; traspasar esa barrera, cómo puede nadie hacerlo—si está cerrada desde dentro.

Ha habido veces, la más clara cuando hablé con él por teléfono la última vez, en las que he sentido que su cuerpo quería soltarlo, que le estaba pidiendo sacarlo, pero algo se iniciaba en él, algo se transformaba, y esa sensibilidad, esa humanidad, se iba por donde había venido conforme el "macho alpha" volvía.

Me pregunto si lloraría, después de colgar. Si habrá llorado desde entonces, desde que nos vimos por última vez. Si ha llorado lo que hemos perdido, si se ha permitido un luto más allá de ir al gimnasio y sacar pecho.

Me alegraría saber que lo ha hecho.

Con cariño,
Alberto

7 de junio, 2020

Querida Sofie,

He estado pensando mucho en el asesinato de George Floyd y la inacción e incluso justificación por parte de los grupos responsables ante ese asesinato a manos de policías, aun a pesar de la presión social.

Y aparte, el hecho de que esta semana empezó el mes del orgullo: justo se cumplen 51 años desde que empezamos a dejar de someternos a ser los monstruos enfermos que el mundo y la religión nos hacían parecer, aunque esa revolución sea muy relativa y aún haya tantísima gente que tenga que seguir escondida, sin vivir su vida. Pero he estado pensando en lo importante, aun con todo esto, que fue tirar esa primera piedra en Stonewall, aun pagando con la vida. En lo que ha desencadenado todo eso.

Y cómo ahora tantas personas están unidas en redes sociales y en todas partes, tanto de la comunidad LGBTQ como personas de color, dado el contexto social que estamos viviendo, y lo bonito que me parece aun con estas circunstancias de mierda. Cómo me contó Isak que en su familia censuraban tantos canales de información y redes sociales, cómo literalmente hacían imposible en su entorno y el de muchos otros como él, el tener acceso a esas comunidades, a algo que haga sentir a personas diferentes como algo más humano.

Y también he pensado en el coronavirus, y cómo se ha paralizado el mundo absolutamente con la pandemia.

He estado pensando mucho en todo lo que se ha estado haciendo para salvar las máximas vidas posibles, sobre todo a la gente muy mayor; con todos los esfuerzos a nivel global; tanto económicos como sanitarios como vitales, que se han tomado por evitar el máximo número de muertes.

Y no he podido evitar acordarme de cuando Isak me contó que, según la casa en la que naces, según la iglesia a la que vas, te conviertes en una persona u otra, porque te alimentan de una historia, u otra.

El semestre pasado en la universidad, estudié entre otras cosas dos cursos de estudios de género, y uno de ellos trataba casi exclusivamente de la pandemia del VIH y el SIDA, y el efecto que ha tenido en las vidas de hombres gay.

Pues bueno, estos días he tenido muy en mente todo lo que aprendí a lo largo de la carrera sobre el VIH y el SIDA. Y cómo no hicieron nada ante esa pandemia, dejando morir a, no solo cientos de miles, sino millones de jóvenes hombres gays que se iban apagando poco a poco.

Las tantísimas vidas que se han perdido, llenas de estigmas, de prejuicios y de dolor, vidas tan jóvenes, aún empezando, que

tuvieron que cancelar sus (siempre clandestinos) planes, bodas, eventos, estudios universitarios, sus historias, por un virus al que nadie quiso parar, al que la administración del presidente de EEUU, Ronald Reagan, encasilló entonces entre risas como "la plaga gay".

Cuántos millones de personas, toda una generación de hombres gay, que dejaron morir a manos del SIDA, ante indiferencia general y mofas de los pocos que se dignaban a tocar el tema.

Cómo pudo no importarles a los líderes mundiales de los años ochenta y noventa esta pandemia cuando empezó, solo porque afectaba desproporcionadamente a jóvenes gay, sobre todo hispanos y negros.

Cómo ya hablan de posibles vacunas para el COVID-19, que seguro llegarán pronto, y el SIDA sigue sin una, después de más de 30 años. Cómo nunca nos enseñan del SIDA, ni de sexo gay, ni de nada remotamente no hetero, en ninguna parte, y todo eso contribuye a que la ignorancia de las personas lleve a situaciones peligrosas con el virus. Y cómo sigue sin importarle a nadie, parece.

Cómo no evitaron, y siguen sin hacerlo, que millones de jóvenes mueran por SIDA. Que no tengan oportunidad de vivir sus vidas, antes de que empiecen.

Me pregunto qué les habría gustado hacer a todas esas personas con sus vidas antes de que se las arrebataran.

Quizá su ilusión era casarse.

No hacerlo.

Tener hijos, cuidarles, verles crecer, que les dieran nietos.

O no hacer nada de eso, y viajar por el mundo.

Dedicarse a su pasión.

Quizá solo querían enamorarse.

O hacer ambas cosas; vivir su vida, exprimir los años, envejecer junto a la persona a la que quisieron.

Crear un legado. Cambiar el mundo. Escribir un libro. Construir una familia.

Una vida entera de diferencia, de experiencias, de historias, de amores, desamores, altos y bajos, entre los jóvenes y los ancianos.

Con esto no te digo, obviamente, que ninguno deba morir antes de su propia vida se apague, ni joven ni anciano. Ni que haya que prescindir de ninguna forma de personas mayores (mayores me refiero 90 años, no 50), porque no pienso que eso sea así ni mucho menos.

Pero me parece un contraste llamativo, estas dos pandemias, una que mataba (y mata) a chicos jóvenes gays desproporcionadamente, de 18, 19, 20 años, y otra principalmente a personas en sus últimos años, su última década, de vida. Una que arrasa por donde pasa y se llevó la vida de cualquiera con quien entró en contacto, y otra que hace eso con el 0,6 por ciento de quien la padece.

Y cómo, aun así, es la primera, aun en contra del sentido común, la que es salvajemente ignorada, incluso motivo de mofas, y por la segunda se para el mundo, y al que se atreva a decir algo se le tacha de persona "sin corazón".

No hubiera estado bien ignorar ninguna, está claro, pero me parece un buen ejemplo, más o menos directo, sobre cómo, por un lado, históricamente los líderes mundiales solo han valorado las vidas de los jóvenes por encima de las de los ancianos y ancianas cuando estos no eran gays. Y, cuando lo eran, tan solo los han dejado morir, y seguramente se atreverán a llamar salvaje y despiadado a cualquiera que los cuestione, por mucha razón que tenga, y apelarían a una bondad social que ellos mismos no tienen.

Y, por otro lado, ya, más allá de las vidas de las personas, cómo el dinero viene lo primero para mucha gente que toma decisiones desde arriba. Y, cómo confinar a una sociedad es lo que sale caro,

cerrando negocios, paralizando la economía y demás, cosa que con el SIDA no tiene mucho sentido hacer, resultando en que la situación COVID se solventa lo antes posible, y de rebote "se salvan vidas" y el SIDA se ignora, y las millones de vidas perdidas, ya que no paralizan la economía, los viajes, los comercios, las empresas, y el país, se convierten en daños colaterales.

No me había llamado la atención tanto la falta de gestión de la pandemia del VIH antes de esta pandemia del coronavirus. Para mí supongo que era sentido común y lógico; no sabía que era posible hacer tanto por salvar vidas, ya que no lo había visto antes—hasta ahora.

Antes de yo nacer la pandemia del VIH ya llevaba muchos años en su máximo auge, y, aun mínimamente controlada y con mejores esperanzas de vida, todavía no ha sido frenada.

Nunca, nunca en mi vida oí a un profesor, a un familiar, padre, o amigo siquiera, hablarme del VIH, ni del SIDA. Solo pude aprender de él indirectamente, en biografías de Grindr, libros de psicología gay, y artículos estadounidenses en Internet (antes de elegir estudiarlo en la universidad). He tenido que buscarlo, que querer mirarlo activamente, para verlo. Nadie me lo ha enseñado, aun siendo este virus históricamente mucho más mortífero que el COVID.

Estos días estoy escribiendo para la uni un ensayo sobre hombres gays, la homofobia y el SIDA. Y he leído una referencia del psicólogo Walt Odets sobre los 28.712 casos reportados de hombres con SIDA solo en Estados Unidos al inicio de la epidemia, de los cuales 24.559 fallecieron. Cómo pudieron los presidentes mirar hacia otro lado, mofarse de *the gay plague* e ignorar tantísimas vidas que se iban perdiendo—y lo siguen haciendo—¿solo porque fueran de hombres gay y no de personas de "primera categoría"?

¿Solo porque sus prematuras muertes no paralizasen la economía?

¿Acaso sus vidas valían menos?

¿Los hubieran dejado morir también, de haber sido gente deseable; de haber sido jóvenes "normales"?

De España directamente mejor ni te hablo, porque de ahí sí que no he podido encontrar la más mínima referencia del momento del inicio de la pandemia del VIH, sino solo artículos en retrospectivo, mirando atrás hacia todas las horribles gestiones que no se hicieron, no reconociéndolas siquiera como nefastas, aun cuando afectan al presente de millones de hombres gays alrededor de todo el mundo. Aun así, ni eso parece lo suficientemente importante.

Ojalá hubiera podido ocupar el puesto de Ronald Reagan durante aquellos tiempos, haber tratado la pandemia como lo que era, y haber evitado tantísimas muertes innecesarias en todo el mundo. No solo se habría salvado toda una generación, ahora inexistente, de hombres gays. Sino que estos hombres gays, por primera vez, hubieran recibido un trato legislativo humano y digno, y no una muerte por la puerta de atrás, proveniente de "una plaga gay que ellos mismos se han buscado".

Cómo seríamos hoy, como comunidad; cómo serían nuestras vidas, si a lo largo de la historia no hubieran tratado siempre a los gays y a las personas de color como algo inhumano, enfermo, roto, sin valor. Qué diferentes serían las cosas si a la gente le importara lo que es justo, y no solo lo que nos enseñan convenientemente a que nos importe. Qué diferentes serían nuestras vidas, las de todas las personas en ella. Nuestro legado, nuestra memoria. Nosotros mismos.

Y tal vez, qué diferente habría sido mi historia con Isak.

Con cariño,
Alberto

5 de junio, 2020

Querida Sofie,

Últimamente tengo a Isak más presente que hace unos meses. Como si hubiera sentido una especie de liberación al principio, soltándolo todo al aire, y ahora me hubiera caído encima y no me dejara levantarme.

De haberme llamado hoy, no estoy seguro de qué le habría respondido. Y si me hubiera escrito anoche, no creo que siguiera pensando que no me quedaba nada que decirle.

Hace un par de noches estuve pensando en la vez que Isak me contó que su primo Alexander siempre decía que la gente gay (entendiendo por "gay" bisexual y todo lo que no sea hetero) no existe. Que somos una mentira, un invento creado para distraer a sociedades avanzadas, y por eso no hay "gays" en Irak, Siria, Irán y Egipto.

Me quedé pensando en si lo diría sintiéndolo, creyéndolo, o solo sería su dolor, su odio, el que hablaba. En si realmente pudo llegar a pensar que no existíamos, después de todas las veces que, aun siendo syrianer, ha visto anuncios, personas, *cosas* no hetero, por vivir en Estocolmo.

En si la gente funciona así, cerrando los ojos a lo que no quiere ver y viviendo su vida solo creyendo lo que se asemeja a lo que, según ellos, debería ser. En si yo también fui así alguna vez en mi vida, como cuando me acosaron y nunca quise verlo, hasta que un día tuvieron que escoltarme hasta clase y la policía estaba en todas partes.

En si no fui todo lo comprensivo que creí ser con Isak, y hasta qué punto vale anteponer lo que soy y quiero a lo que una persona puede dar de sí, puede ser, por sí misma. En hasta qué punto el

elegirse a uno mismo; el ser asertivo, puede ser cruel hacia otros, y en qué medida debería responsabilizarme de esa crueldad.

Supongo que es verdad eso que se dice siempre de que, en la vida, no se puede tener todo. Y, aunque hagamos daño enormemente a alguien en el proceso—aparte de a nosotros mismos—a veces tenemos que elegir.

Me encantaría saber si alguna vez alguien en la familia de Isak cuestionó, aun internamente, esas ideas. En si alguien alguna vez se preguntó si Isak podía ser algo más que hetero, algo distinto a lo que esperaban.

Recuerdo cómo mis padres biológicos siempre me decían, después de cualquier comentario en el que ridiculizaban lo que era y soy, que lo hacían porque no querían que me hicieran daño. Que los niños del pueblo pueden ser muy crueles. Como si no fueran a hacerme daño de todas formas y ese daño solo fuese a multiplicarse ya que no me aceptaban ni en casa ni en el colegio. Recuerdo preguntarme si, realmente, cada vez que comentaban lo ridículo y mal que estaba todo lo femenino o gay que soy o parezco, se iban a la cama satisfechos por sentir que estaban haciendo lo correcto como padres cortándome las alas en casa antes de que nadie se les adelantara fuera de ella.

Alexander es la misma persona que siempre "bromea" con que, si ve algún gay por la calle, lo matará. Y que en el juicio no le pasará nada porque dirá que tuvo *gay panic*. Recordar a Alexander reconociendo la existencia de la gente gay en sus amenazas, me resulta casi esperanzador, por horrible que suene.

Creo que a una parte de mí le gustaría saber que los padres de Isak, o alguien en su familia, al menos, puede contemplar la opción de que Isak sea diferente, aunque no se atreva a hacer nada al respecto o piense que ser abiertamente homófobo sea protegerle.

Que no todo venga del odio, que de saber quién es, le querrían, también.

Con cariño,
Alberto

20 de junio, 2020

Querida Sofie,

Hoy justo hace un año desde que tuve a Isak dentro de mí por primera vez.

Un año, desde que decidí mandar a la mierda mi miedo a abrirme a los chicos, dejar de desconfiar, mostrarme como soy, con ellos. Y entregarme, aunque eso significara perder algunas partes.

Y no podría alegrarme más de haberlo hecho.

Estos días no puedo evitar preguntarme cómo estará. Qué estará haciendo. Cómo se sentirá haciéndolo. Si seguirá con su novia. Si será feliz así algún día, o es todo mentira. Si ya es feliz. Qué significará para él ser feliz. Si lo que tuvimos cambió la percepción de felicidad tan estructurada y marcada que siempre tuvo.

Si seguirá pensando en nosotros. Si recordará el único verano que pasamos juntos, el mismo que los dos nombramos como el mejor de nuestras vidas.

Si antes de irse a dormir, recordará las veces que yo me dormía sobre él, subiendo y bajando junto a la respiración de su pecho.

Si soñará con nuestros viajes, como hago yo de vez en cuando. Con la primera vez que nos sentimos así de libres en Dublín y luego en Edimburgo, la primera y quizá única vez que de veras sentimos que este mundo podía ser algo seguro también para nosotros, al fin y al cabo.

Si esos recuerdos le dejarán con una sensación de vacío, de pena, de nostalgia, de alegría, de agua en la garganta. Si tendrá curiosidad por saber lo que podríamos haber sido. En qué podríamos habernos convertido de haber estado solos.

Nosotros.

Isak Baydoun y Alberto Ramos.

De si eso es lo que hubiera puesto en la invitación de nuestra boda.

De si habríamos tenido algún hijo, si lo hubiéramos apellidado Ramos o Baydoun, si le hubiera gustado leerle historias por las noches antes de dormir y hacerle sentir como que el mundo era suyo y le protegería de todo lo que le pudiera hacer daño, como un día me hizo sentir a mí.

De si hubiéramos envejecido juntos. Si hubiera venido a mi graduación. Al lanzamiento de mi libro.

Si hubiéramos creado algo que, al pasar los años, cuando nuestros cuerpos empezaran a fallar y solo nos fuese quedando el recuerdo de lo que vivimos, ese recuerdo nos hubiera hecho sonreír, haciéndonos sentir que solo tuvimos una vida y fue rápida, pero que la vivimos al máximo. Que la vivimos a nuestra manera. Que la vivimos juntos.

Me pregunto si se sorprenderá a sí mismo en cosas cotidianas y banales de su día a día con pensamientos de cosas que hicimos juntos. Si sabrá lo que ha significado en mi vida. Que ha marcado un antes y un después. Que mi piel todavía le recuerda con frescura. Me pregunto si yo también cambié su vida de la forma en que él cambió la mía. Si su piel también me recuerda.

Cada vez que pienso en su padre Youssef, en su madre, su iglesia, o hasta cualquiera de sus amigos, se me encoge el estómago. Cómo puede alguien destruir tanto, en el nombre del amor. En el nombre

de la fe. En el nombre de nada. Cómo pueden, tan fácilmente, acabar con todo lo que tenemos. Con todo lo que somos. Para después seguir juntos con sus vidas como si nada. Como si no estuvieran impidiendo que uno de ellos fuera libre.

Como si no tuvieran todos sus pies en el cuello de Isak, y los descansaran ahí plácidamente, y llevara así desde el día en que nació y hasta el día en el que mueran.

Me gustaría escribirle una carta.

Decirle todas estas cosas. Contarle lo que siento. Lo que siempre significará para mí. Cómo de feliz me hizo. Lo especial que es, independientemente de que ya no estemos juntos.

Pero no creo que lo haga.

Principalmente porque no tengo forma de hacérsela llegar sin asegurarme de que nadie más la descubra, de que nadie más se entrometa.

Esté haciendo lo que sea que esté haciendo hoy, en esta tarde de verano, solo espero que sepa lo que significó para mí este día, un año atrás.

Y lo que sigue significando ahora, un año después.

Si te soy sincero, nunca consideré a Isak una persona particularmente valiente. Supongo que, al estar siempre juntos, resaltaba mucho en mi mente el contraste de que yo soy abiertamente quien soy, y él se "esconde". Que eran muy evidentes las maneras en las que yo era yo mismo a mi manera y él siempre lo pensaba todo dos veces, dudaba, y muchas veces no hacía lo que realmente quería.

Siempre pensé que se ocultaba tras una máscara porque era, en parte al menos, cobarde, o no lo suficientemente valiente como para ser él mismo y que no le importase nada ni nadie más. Pero creo que el que me equivocaba fui yo.

Creo que siempre he visto a Isak como una especie de extensión de mí, como si para mí fuera obvio que nos sintiéramos igual hacia ciertas cosas cuando la realidad es que no las afrontábamos desde el mismo sitio, ni somos la misma persona. Por mi propia historia y experiencia, una parte de mí no concebía tener tanto miedo y ser valiente, pero no hice bien en pensar de esa forma. No hice bien en trasladar mi historia y experiencia a él, porque él tiene la suya propia, y es muy distinta. Pensar en eso, entenderlo, me ha hecho ver que las personas podemos ser muy valientes, aun llenos de miedos.

En todos los años durante el instituto que he vivido en las culturas asiria, árabe, cristiana y musulmana, nunca conocí a una persona atreverse a abrirse tanto al amor, a la vida, a sentir, a ser uno con otro chico, a experimentar, al cariño, al afecto, al sexo, a dejarse ser, como Isak lo ha hecho. Aun en silencio. Creo que todo eso requiere de una valentía brutal. La mayoría de personas en su posición, no lo hacen. Conocí, de hecho, a muchos chicos bi, gay y demás que eran syrianer y árabes, pero la mayoría nunca se atrevían a nada, como mucho a sexo sin compromiso y casi que tapándose la cara. Algunos no querían ni compartir su nombre. Había pánico en cada cosa que hacían y decían, aunque estuviéramos solos. Muchos ni eran capaces de besar, como si hacerlo requiriese una intimidad superior, demasiado gay, para lo que estaban dispuestos a ser, a "someterse". Para lo que llevaban una vida entera entrenados para rechazar.

Si comparo a Isak conmigo, que vengo de otro contexto totalmente distinto donde, aunque tampoco me hayan aceptado, no ha sido en absoluto en los mismos términos, pues puede no destacar por su valentía, o incluso parecer un cobarde. He creído eso por mucho tiempo. Pero como te digo; me equivoqué. Isak, en su contexto, en su historia y experiencias, es increíblemente valiente. Y

como su contexto, historia y experiencias son las que cuentan, Isak es increíblemente valiente, a secas. A pesar de todas las cosas que sacadas de contexto sugieran lo contrario.

De hecho, estoy empezando a pensar que Isak es de las personas más valientes que he conocido nunca.

Con cariño,
Alberto

23 de junio, 2020

Querida Sofie,

Creo que Juan y yo hemos recorrido suficiente como para poder mirar hacia delante, sin que eso signifique que nadie tenga por qué perder una parte de sí mismo. No nos equivoquemos, no es que no haya pasado nada y todo sea como realmente nunca ha sido, sino que todo eso ya no pesa tanto. Ya no pesa tanto estar en la misma habitación o estar en el mismo sitio durante más tiempo de la cuenta. No sabría como decírtelo de otra forma, aunque sé que tú lo entiendes de sobra.

Creo que ha pasado lo que tenía que pasar para que estemos donde estamos, para avanzar en la dirección en la que vamos ahora, y realmente sanar y "mirar hacia adelante" como decía Juan, afrontando poco a poco lo que ha ido ocurriendo, pero haciéndolo.

Durante mucho tiempo sentí que tenía una sola familia; tú. Pero puede que las cosas hayan cambiado, y ahora tenga dos. Mi familia electa, y la biológica también. No me siento bien con Juan, ni con el resto de mi familia biológica en muchas circunstancias, y no es que sea como si nada hubiera ocurrido. Pero siento que las cosas están cambiando, que están empezando a verme de verdad, después de

tantos años. A arrepentirse de todo lo que me han hecho y a empezar a llamar a las cosas por su nombre, aunque por ahora sea en susurros.

Y creo que, a una parte de mí, si las cosas siguen en esta dirección, ya no le importará que sigan en mi vida dentro de unos años. Que, si tengo hijos algún día, les llamen familia a ellos, también. Al menos eso siento ahora.

Y me siento feliz por ello.

Supongo que también me siento más en paz, después de todo.

Con cariño,
Alberto

24 de julio, 2020

Querida Sofie,

A principios de junio, Liam me preguntó si podía venirse a Málaga conmigo unos días este verano.

Le dije que claro que sí, aunque no le especifiqué fecha porque, como siempre, estaba a mil cosas.

Seguimos hablando a lo largo del verano y al final vino la semana pasada. No me había sentido tan bien, tan lleno, tan feliz, desde enero cuando nada de lo que ocurrió con Isak había pasado todavía. No recordaba siquiera sentirme tan bien cuando estaba con Liam en Estocolmo.

Ha sido como quitarme el mundo de los hombros, sentirme cómodo haciendo y siendo lo que quisiera. Hemos visto a conocidos, familiares, y amigos míos y, a menudo, por la relación que tenemos, muchos pensaban o directamente asumían que éramos novios, y nos trataban como tal. Parecerá una tontería, pero me sentí

sorprendentemente bien durante esa semana en la que estuvimos haciendo cosas juntos cada minuto, riéndonos, moviéndonos por Málaga, visitando playas, presentándole a mis amigos.

Por primera vez, me alegraba la idea de que alguien pensara que éramos algo más que amigos, en lugar de aterrorizarme. Me halagaba, me hacía sentirme bien, y a veces hasta me tenía sonriendo como un tonto.

Y te prometo que no me gusta Liam en ese sentido; ya no, aunque le quiera mucho y sea una persona muy especial para mí. Pero creo que sentirme así tenía más que ver conmigo, con Isak incluso, quizá, que con el propio Liam. Además, el hecho de que a él no le importara en absoluto que todos pensaran eso, que incluso bromeara con ello, y me hiciera bromas de folleteo y cosas del estilo, solo hacía que lo normalizara más en mi mente. Que me gustara más.

Si te soy sincero, no había pensado en absoluto en Liam visitándome, este último año al menos. Cuando me gradué en Södertälje, y pensé que no le vería más, sentí mucha tristeza y pensé en él casi cada día de ese verano. Pero ahora soy un Alberto completamente diferente, completamente ajeno a ese yo que se obsesionaba de esa forma con su amigo hetero *especial,* ese que siempre quise que fuera más de lo que era.

Incluso cuando me dijo lo de si podía visitarme, tardé como un mes en responderle con una fecha concreta, porque tenía tanto que hacer con la uni, los libros y mi vida en general, que no me cabía nada más. Pero ahora que se ha ido, me siento muy feliz de que haya estado aquí.

Además, mientras Liam estaba aquí, me llegó un email muy especial: voy a estudiar ciencias políticas durante un semestre en la Universidad de Harvard. Me he sentido muy bien de compartir ese

momento con él. Sé que las cosas, con el coronavirus, no son como antes, pero igualmente me parece una oportunidad increíble. Quién me iba a decir, cuando en el pueblo, los profesores de la ESO me tenían de tonto por no atender en su clase, o cuando vivía sin agua y apenas comida, robando para poder comer y también robando libros en Estocolmo para poder leer algo que no hubiera leído diez veces ya—que acabaría estudiando, aunque sea por un curso, en Harvard. Ni en diez vidas lo hubiera imaginado.

Siento que es un nuevo comienzo.

Pero de verdad.

Mientras miraba a Liam a los ojos hace solo unos días, en la playa de Nerja, he caído en que todo lo que alguna vez sentía por él más allá de la amistad, ha desaparecido.

Siento cariño, afecto, respeto, confianza y apoyo, pero ya no quiero que sea sólo él quien me abrace cuando me siento mal más allá de lo que querría que lo fueras tú, u otras personas a quien quiero mucho, pero como amigos. Ya no me duele que no me responda de la manera que espero, que no lo haga en absoluto, ni me imagino escenarios juntos que nunca ocurrirán. Ya no quiero que sea nada que no es, por mí, porque yo lo necesite, y cree una versión en mi mente que no existe sobre alguien que realmente me quiere y me aprecia, pero no como pareja.

Estos días he sentido haber roto una dimensión, haber soltado un peso, al poder mirarle a la cara y no sentir el mínimo nerviosismo en el estómago, la mínima preocupación sobre lo que pensará de mí, las mínimas ganas de impresionarle. Y me siento en paz.

Liam no es Isak, ni lo será nunca.

Pensé que me costaría entenderlo; que a veces tendría que recordármelo, pero no me ha hecho ni falta. Lo he sabido sentir en todo momento.

Isak es Isak.
Liam es Liam.
Y supongo que, en ambos casos, eso es suficiente.

Con cariño,
Alberto

EPÍLOGO

¿Por qué me sentía más yo mismo mientras tendía la
mano hacia él, a medio camino en el aire
que cuando ya le había tocado?

—Ocean Vuong

8 de octubre, 2020

Isak habibi,

Tú y yo éramos especiales.

Sabíamos bien que lo nuestro era algo demasiado puro para este mundo.

Gracias por toda la vida que me diste en unos meses. Ojalá te hubiera conocido en otro tiempo, otro sitio, otra vida. Y aún siguieras aquí como cuando hablábamos, disfrutábamos escuchándonos, mirábamos—y a veces tocábamos—el cielo por las noches, en cualquier parte. Y sentía que no quería estar en ningún otro sitio, que nunca me había sentido tan vivo como en ese preciso instante, contigo. Ojalá hubieras sabido lo que significabas. Lo que importabas. Independientemente de lo que yo sentí por ti. Sino por lo que eras, tú.

Me rompe entender que no quedaba espacio para tanto miedo en tu respiración, y nunca te culparé por ello. Siento que necesitaras desaparecer de tal manera que no hubo nada que te hiciera quedarte.

No he parado de pensar en ti. En lo solo que debiste sentirte cuando el frío vino a llevarse tu piel, tu aliento, tu cuerpo, tu sangre, tu vida, mientras te apagabas. Y en que después de tantos años, al final ya no quedara nadie más en la habitación, más que tú y tu dolor. Y decidieras acabar con los dos.

Me pregunto cuándo fue que lo decidiste. Dónde quedó tu corazón. La noche que lo hiciste. Cómo lucía la luna. Acaso era tan grande, que te viste en ella. Que decidiste darlo todo por perdido.

Cómo puede darse todo por perdido, con tu vida aún empezando. Cómo pudiste pensar que no eras importante. Que podías convertirte en niebla y recuerdos, como si nada.

Pienso en el frío que debiste de sentir antes de decidir que apagarte era la única salida. Todo el tiempo que llevaría ese frío colgando de tu pecho, aferrándose a tu mente, marcando tu vida, persiguiéndote cada noche antes de dormir.

En la sutileza con la que acabaron contigo, haciendo parecer que fuiste tú.

Pienso en qué me hizo no haber aguantado un poco más lo que entendí que ya no era mi lucha, por luchar contigo. En cómo tu vida fue más lucha que vida, aunque al final siempre sonrieras con esa encantadora mueca de tranquilidad y suficiencia, que incluso convencía de que todo estaba bien. Aunque nunca lloraras. No paro de pensar en cuánto había en ti sin salir. En cuánto se quedó dentro y no verá la luz nunca, y cómo quienes debimos ayudarte te dimos la espalda de una forma u otra.

En cómo nadie hablará de esto como lo que fue, sino como lo que se sienten cómodos aceptando individualmente. Aun con tu vida perdida de por medio. En cómo la vida es un poco eso, creer lo que nos conviene, o lo que creemos que nos conviene, bailando entre hechos y emociones. En lo banal de las expresiones coloquiales, y cómo comentamos nuestra primera noche juntos en Madrid, cuando creíamos que nuestra historia estaba solo empezando, que una vida no puede perderse mientras se siga respirando. En cómo decidiste dejar de hacerlo para siempre, y ninguna parte de ti contempló que podías salir de donde estabas, de lo que nunca fuiste.

No fui a tu funeral. Sé que es lo que hubieras querido. Me despedí de ti en mi habitación, dibujando tu rostro a carboncillo, escribiendo sobre todas las cosas que amé de ti, todas las cosas que significaste

en mi vida. Solo espero que tu padre Youssef entendiera finalmente que tu vida valía más que su miedo, aunque tu vida valga incalculablemente más que todos sus miedos. Solo espero que entienda que su querido dios no podrá nunca devolverte a la vida, cuando su humanidad y compasión, quizá, habrían podido.

No creo en la vida después de la muerte pero, si eso te hiciera encontrar otra oportunidad en la que por una vez antes de realmente marcharte pudieras experimentar la libertad de ser quien viniste a ser, estaría dispuesto a creer en ella. Creo que, de esa forma, todo habría sido muy diferente.

Quién sabe, quizá incluso seguirías aquí.

No te voy a olvidar nunca. Aunque los tiempos cambien y quieran venir a ensuciar lo que tuvimos. Lo que fuimos. Cuando el dolor llegue, sostendré nuestra primera foto junto a mi pecho cada noche hasta que se marche. Todas y cada una de las noches. Para convertir todo este llanto en tu amor, y entender que lo que fuimos nunca estuvo mal. Aunque nadie lo sepa. Yo no voy a olvidarme de quien fuiste cuando nadie más miraba y por un momento te olvidabas de fingir. Siento que fueran tan pocas las veces en las que sentiste poder ser tú.

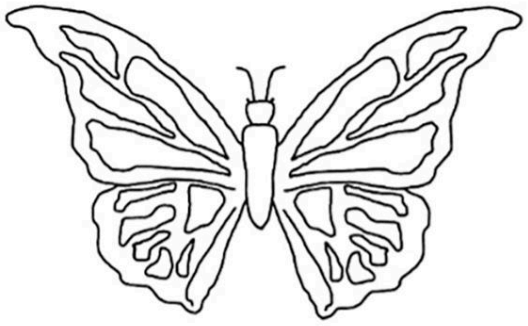
Te amo de la misma manera. Eso no me impedirá amarte por lo que eres. Aunque nadie más lo sepa.

Y siga siendo nuestro secreto.

Con cariño,
Alberto

In memoriam Isak Baydoun

كل ما أخذوه منا لا يزال هنا



brown
Alberto Ramos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta es una obra basada en hechos reales. Para preservar la naturalidad y espontaneidad del
texto, dado que este incluye ocasionalmente palabras en inglés, sueco y árabe, además de expresiones
del dialecto andaluz-malagueño, se ha omitido el uso de cursivas en esos casos, excepto
para énfasis concretos de pensamientos y citas sin comillas.

Diseño de la cubierta: © Alberto Ramos
Fotografía de la cubierta: © Edgardo Contreras / Getty Images
Fotografía del autor: © Contumaz

Diseño del libro por Alberto Ramos
Ilustración del interior por Alberto Ramos

Alberto Ramos, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-670-7850-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Nota del autor
I
II
III
IV
Epílogo
Créditos